



POESIAS

DE CORDOBA

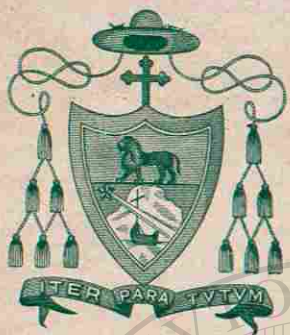


PQ7297

.C61

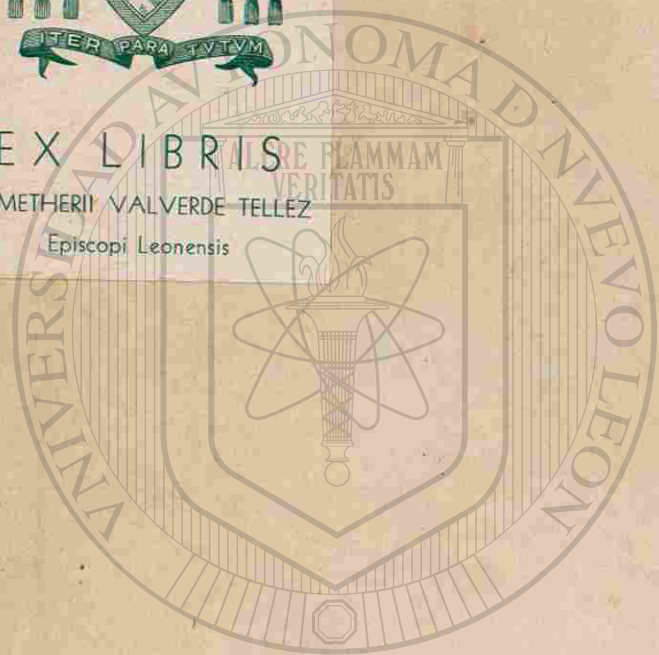
P6

003129



1080019301

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

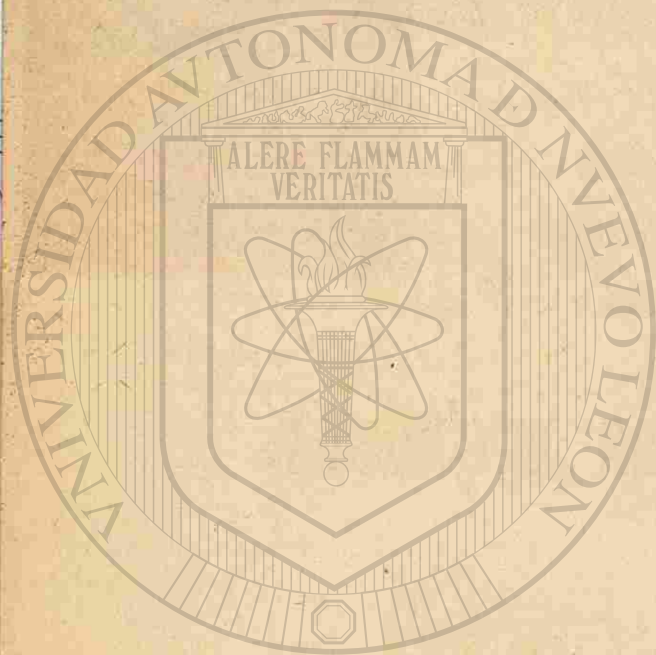


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A la muy recomendable Señorita
Margarita Carretero,
para que al recorrer estas su-
milles hojas en unión de su res-
petable llamamiento y de toda su fam.^{ta},
se acuerde del afecto y gratitud
de El Autor.

POESIAS DE CORDOBA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POESIAS

POESIAS

DE

Cirso R. Córdoba.



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

CHALCHICOMULA: 1874.

Tip. del Colegio de SAN LUIS GONZAGA.

FONDO VALVERDE Y TELLEZ
40439

PQ7297

.C61

P6

POESIAS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PROLOGO.

Las composiciones poéticas que se dan hoy á la prensa no son del género de aquellas que diariamente llenan los periódicos políticos y literarios.

O la amistad nos ciega, ó ellas encierran un verdadero mérito. Improba labor es juzgar las obras del amigo que está en nuestro corazón y que es dueño de sus afectos. Si alguna vez se pudiera predecir el naufragio de la imparcialidad, sería navegando por los agitados mares del sentimiento.

Empero no nos proponemos juzgar al amigo ni á sus obras. No contamos con la suficiencia de luces para ello, y tememos, dando lugar á que se nos tilde de parciales, perjudicar la causa mas digna del mejor de los éxitos.

Las poesías del vate michoacano, los desahogos líricos de Tirso, no necesitan del pobre impulso de nuestra palabra, ni de la mezquina autoridad de nuestro fallo, para ser leídas con interés, ni para ser recibidas con aplauso. Harto conocida es su inspiración en el mundo de las letras. Su lira ha resonado muchas veces cantando las bellezas de los tres dulcísimos amores que, según el parecer del Marqués de Valdegamas, son las fuentes de la verdadera poesía.

Ha cantado el amor de Dios, haciendo de la *caridad* la virtud mas sublime y mas simpática, enalteciendo sus triunfos y celebrando sus glorias; ha

003129

cantado el amor de Dios, consagrandolo á la *religion* sus mas suaves y regaladas armonías, y sus mas dulces, elevadas y conmovedoras notas; ha cantado el amor de Dios, poniendo el tesoro de sus mas nobles sentimientos, todo el calor de su estro y todo el fuego de su númen al servicio y á la órden de su Madre Inmortal, de ese tipo, rico hasta la saciedad, en gracias y hermosura, sublime en perfecciones, señalado en privilegios; de ese tipo divino, del cual el cristianismo tiene la personificacion, y cuya personificacion no tiene en ningunas otras religiones semejante.

Ha cantado el amor de la patria, elevándose en alas de un entusiasmo verdaderamente sagrado á las altísimas y oscuras regiones del porvenir, y sorprendiendo en ellas el triple secreto de su bienestar, de su prosperidad y de su felicidad; llorando con sus dolores, acompañándola en sus infortunios y lamentando con el tono de la elegía sus adversas suertes y sus desgracias.

Ha cantado el amor de la mujer, consagrandolo sentidas endechas, capaces de ablandar corazones de mármol ó de bronce, al desden de la amada y á la casta llama de la prometida, á la entusiasta pasion de la esposa y á la incomparable y santa ternura de la madre.

Por fuerza tienen que ser bellas las poesías de Tirso. Hijas del sentimiento, nacidas de un corazon que jamas se ha arrastrado por el fango ni se ha impregnado de sus miasmas deletéreos y pestilentes, están destinadas á interesar los sentimientos de los demas y á conmover dulcemente sus co-

razones, no ménos que á hacerles sentir los encantos de lo bello y á inclinarlos con una suave violencia á lo bueno. La belleza y la bondad son hermanas.

Sus poesías recrearán y serán para quienes las lean de alguna utilidad. ¿Qué mas puede ambicionar un hijo de las musas?

No son así las innumerables composiciones poéticas con que los periódicos políticos y literarios regalan diariamente á sus lectores. En ellas la belleza se hace consistir en la armonía material mas ó ménos feliz del ritmo. Se las estima bellas, con tal que suenen bien, aunque por otra parte nada digan que ponga interes ó asombro en la inteligencia, ni nada que cautive la imaginacion ó mueva en el corazon algo que pueda llamarse sentimiento.

Se piensa por los que escriben así que la poesía es tanto mas elevada, cuanto ménos es entendida, tanto mas cercana al bello ideal ó al ideal de lo bello, cuanto mas redondas son las andanadas de frases vacías de sentido que se surcen, cuanto mas desatinadas las metáforas y mas extravagantes las imágenes con que se las exorna.

El *gongorismo* para ellos es el *non plus ultra* de la perfeccion. Al arrimo de una grande inteligencia, pero no de un gran juicio, se le ha resucitado entre nosotros. ¡Cuántos cerebros ha trastornado la imaginacion colosal, mas sin freno, de Víctor Hugo! ¡Cuántas excelentes aptitudes ha extraviado y sacado fuera de sus quicios! Pudiéramos citar no uno sino varios jóvenes contemporáneos, dotados de imaginacion y de númen poético, que no

han podido dar un paso en las cumbres del Parnaso; y sin embargo los juzgamos capaces de ocupar en él un asiento de honor y hasta de gloria.

Pero nos extraviamos. Tirso no ha seguido a questa senda. Pertenece á la escuela clásica, no á la *gongórica*, á la escuela clásica que siente y sabe hacer sentir, no á la escuela clásica á que se niega el sentimiento y la facultad de comunicarle.

El autor de la *Epistola romántico-pulquérrima* no podia pertenecer á la escuela *gongórica*. El autor de la *Madre de Dios en el Calvario*, de la *Caridad*, de *Una Madre* y de *La vuelta al hogar*, está muy léjos de ese clasicismo de piedra que no se mueve ni conmueve.

Empero dijimos que no era nuestro ánimo ni nuestro propósito juzgar al amigo ni á sus obras. Lo único que entró en nuestra intencion, al escribir este, á que se ha dado por el cajista el nombre de prólogo, fué recomendar la lectura de las poesías de uno de nuestros mas antiguos y mejores amigos.

Los que obsequien nuestra recomendacion, que por cierto necesita de ser recomendada, no se arrepentirán. Las poesías de Tirso son como una copa de néctar gustosísimo. Basta paladear una de las gotas de sus bordes, para apurar hasta la última de sus heces.

RAFAEL GOMEZ.

LA ORACION DE UN ANCIANO.

(Traduccion de un anónimo frances escrito en prosa.)

En una hermosa tarde del estío,
Por el calor ardiente fatigado,
De mi modesta choza retirado,
Quise el céfiro blando respirar.

El sol resplandeciente, poco á poco
Dejaba ya los rojos horizontes,
Y las sombras bajando de los montes
Comenzaban los campos á enlutar.

Tocando sus zampoñas los pastores,
Las tímidas ovejas conducian;
Y los cansados bueyes dirigian
Sus lentos pasos al campestre hogar.

El silencio á turbar de la campiña
Solo venian de lugar distante
Los golpes que en el yunque resonante
Daba el tosco martillo sin cesar.

Sin sentirlo del pueblo me alejaba...
¡Se quiere tanto el solitario suelo,

han podido dar un paso en las cumbres del Parnaso; y sin embargo los juzgamos capaces de ocupar en él un asiento de honor y hasta de gloria.

Pero nos extraviamos. Tirso no ha seguido a questa senda. Pertenece á la escuela clásica, no á la *gongórica*, á la escuela clásica que siente y sabe hacer sentir, no á la escuela clásica á que se niega el sentimiento y la facultad de comunicarle.

El autor de la *Epistola romántico-pulquérrima* no podia pertenecer á la escuela *gongórica*. El autor de la *Madre de Dios en el Calvario*, de la *Caridad*, de *Una Madre* y de *La vuelta al hogar*, está muy léjos de ese clasicismo de piedra que no se mueve ni conmueve.

Empero dijimos que no era nuestro ánimo ni nuestro propósito juzgar al amigo ni á sus obras. Lo único que entró en nuestra intencion, al escribir este, á que se ha dado por el cajista el nombre de prólogo, fué recomendar la lectura de las poesías de uno de nuestros mas antiguos y mejores amigos.

Los que obsequien nuestra recomendacion, que por cierto necesita de ser recomendada, no se arrepentirán. Las poesías de Tirso son como una copa de néctar gustosísimo. Basta paladear una de las gotas de sus bordes, para apurar hasta la última de sus heces.

RAFAEL GOMEZ.

LA ORACION DE UN ANCIANO.

(Traduccion de un anónimo frances escrito en prosa.)

En una hermosa tarde del estío,
Por el calor ardiente fatigado,
De mi modesta choza retirado,
Quise el céfiro blando respirar.

El sol resplandeciente, poco á poco
Dejaba ya los rojos horizontes,
Y las sombras bajando de los montes
Comenzaban los campos á enlutar.

Tocando sus zampoñas los pastores,
Las tímidas ovejas conducian;
Y los cansados bueyes dirigian
Sus lentos pasos al campestre hogar.

El silencio á turbar de la campiña
Solo venian de lugar distante
Los golpes que en el yunque resonante
Daba el tosco martillo sin cesar.

Sin sentirlo del pueblo me alejaba...
¡Se quiere tanto el solitario suelo,

Do encuentra el alma bienhechor consuelo
Y se abandona á sus recuerdos mill!
Ya la noche reinaba; mas su aspecto
No al pecho de pavor estremecía;
Que con su canto indefinible hacia
De gozo puro el corazon latir.

Ni un celaje vagaba por el cielo,
Y su bóveda azul con luces bellas
Adornaba un ejército de estrellas
Que miraba en profunda sensacion.
Y á la luz apacible de la luna
Las fantásticas sombras resaltaban
De las vecinas selvas que engendraban
Melancólica y dulce inspiracion.

Todo callaba: el arroyuelo apénas
Por la fértil campiña atravesando,
Con débil eco de murmurio blando
El silencio llegaba á interrumpir.
Y al contemplar del mundo adormecido
La universal y sorprendente calma,
Sublimes pensamientos en el alma
De esperanza y de amor brotar sentí.

A la orilla de un lago cristalino
Y entre los sáuces que su linfa baña,
Solitaria y humilde una cabaña
Distinguí de la luna al resplandor.
Y fuéme grato en las tranquilas ondas
Ver retratarse el ancho firmamento,
Y los frondosos árboles que el viento
Levemente agitaba en derredor.

Silencioso evocando mis memorias
Vagaba absorto en la enramada umbría,
Cuando una voz de tierna melodía
De mí no léjos se dejó escuchar.
Lleguéme presuroso; sin rüido
Las verdes ramas separó mi mano,
Y un viejo venerable á mí cercano
Pude ver en la incierta claridad.

Su calva frente, su semblante noble,
La barba por el tiempo emblanquecida,
Y al impulso del céfiro mecida,
Causaban respetosa admiracion.
Bajo una encina arrodillado estaba,
Sus ojos hácia el cielo dirigía,
Y al Supremo Hacedor así decia
Del fondo de su tierno corazon:

“¡Oh tú, Señor, cuyo poder inmenso
Publica por doquier naturaleza
Con tanta maravilla y tal grandeza,
Que absorto queda el mísero mortal!
De lo alto de ese trono que circundan
Viviendo de tu amor brillantes coros,
Que tu gloria con cánticos sonoros
Celebran de su cítara al compás;”

“Por un momento vuelve, Padre mio,
A la tierra tu rostro soberano,
Y fija tu mirada en el anciano
Que aquí te adora con sencilla fe.
En medio del silencio de la noche
Uno mi voz al celestial contento:

Escúchala, Señor, porque es mi acento
Un humilde homenaje á tu poder."

"El universo que extasiado miro
Es el gran templo que en tu honor hiciste,
Y por rica techumbre le pusiste
Del cielo la magnífica extension.

El astro rey le alumbra por el dia;
Por la noche esas lámparas fulgentes;
Y los hombres que te aman reverentes
Los sacerdotes de ese templo son.

"¿Cómo es que en su delirio y en su orgullo
De tu existencia mófase el impío,
Cuando solo tu ciencia y poderío
Conservan de ese mundo el esplendor?

¿Cómo al ver esos globos rutilantes,
Esos mares de indómita fiereza,
Y la tierra, Señor, con su belleza,
El hombre niega á su inmortal Autor?

"Bendita, ¡oh Padre! tu bondad suprema,
Que léjos de la corte corrompida,
Me hizo nacer en soledad querida
Y apartó de mi pecho la maldad.

Hace ya un siglo que tu amor inmenso
De este retiro en la apacible calma,
Me dá el único bien, la paz del alma
En medio á la feliz mediocridad.

"Tú llenas con el trigo mis graneros;
Tú haces correr el agua en mis campiñas;

Tú das vigor á mis silvestres viñas;
Por tí fecundos mis ganados son.

Tu mano cubre mi apartado huerto
De regalado fruto y blandas flores,
Que no secan del Austro los rigores
Ni arrebatá impetuoso el Aquilon."

"Tú de mi dulce compañera guardas
Y de mis tiernos hijos la existencia:
Yo bendigo tu santa providencia
Que mi postrera edad consuela así.

Ellos las prendas son de mi cariño
Y solo anhela, oh Dios, el pobre anciano,
Ser el primero á quien tu augusta mano
El sueño funeral lleve á dormir."

"Antes que venga el aterido invierno
Bajaré de mis padres á la tumba...
¡Omnipotente Dios! cuando sucumba,
Cual sucumbe la encina secular,

Sé de mis hijos el amparo y guía;
Sé de mi esposa perennal consuelo;
Y tu mirada desde el alto cielo
Nunca deje sobre ellos de velar!"

Sin duda iba á seguir: mas de sus ojos
Dos raudales de lágrimas brotaron,
Y profundos suspiros se escaparon
De su amante y sensible corazón.

Celeste brillo reflejó en su frente;
Alzándose por fin, marchó tranquilo,
Y largo tiempo en el campestre asilo
Su ferviente plegaria se escuchó.

La ténue luz de la risueña aurora
 Los vastos horizontes sonrosaba,
 Y en el espeso bosque resonaba
 Un concierto de mágico placer.

El diligente labrador uncia
 Al arado los bueyes mugidores,
 Y en pos de los corderos triscadores
 Saltaba de contento el perro fiel.

Del seno de las ondas que rizaba
 Con blando halago el matinal ambiente,
 Coronada sacó la altiva frente
 De rayos de oro y de rubís el sol.

Entonces con el alma conmovida
 De aquella noche al inefable encanto,
 A mi albergue volví, y el nombre santo
 Bendije una y mil veces del Señor.



EN UN BOSQUE.

MEDITACION.

Lentas se mecen las erguidas copas
 De estos frondosos árboles: camina
 Envuelta en una nube blanquecina
 De la callada noche la deidad.

¡Retiro encantador, lugar querido,
 Cuánto embelesa tu apacible calma,
 Con qué insólito afán te busca el alma,
 Melancólica y bella soledad!

Grato es sentir en la abrasada frente
 De la nocturna brisa los halagos,
 Y cual suspiros misteriosos, vagos,
 Leves rumores en la selva oír.

Se ensancha el corazón, y poco á poco
 Se va inundando en plácido consuelo
 Mientras los ojos fijos en el cielo
 La grandeza de Dios miran lucir.

Otros en el festín y alegre danza
 Al hechizo de pérfidas mugeres
 Sofoquen entre risas y placeres
 De su conciencia el grito aterrador.
 Y en lecho de oro y púrpura el magnate
 Quiera en vano borrar de su memoria
 De sangre y luto la tremenda historia
 Que insomne mira con letal pavor.

Yo en el silencio de la selva umbrosa
A tí, Señor, levanto el pensamiento:
Haz que mi voz ligera como el viento
Llegue al pie de tu trono celestial.

En medio á su dolor, la dicha el alma
Pidió á los hombres, de amargura llena;
Mas no pudieron quebrantar su pena
Los débiles esfuerzos de un mortal.

Tú eres tan solo quien volverme puede
La dulce paz que sin cesar ansío;
Y llenar ese lóbrego vacío
Que se dilata en torno de mi ser,
Con un rayo purísimo y fulgente
De aquella luz de tus divinos ojos
Que el arcángel feliz, puesto de hinojos,
Contempla absorto en inmortal placer.

Como vuela pintada mariposa
De una flor á otra flor en los pensiles,
He vagado en mis años juveniles
Buscando la ventura con ardor.

Insensato de mí, ¿cómo en el mundo,
La paz del corazón hallar quería,
Cuando espina cruel mi mano hería
Siempre al tocar la suspirada flor.

Y yo, Señor, perdona mi locura,
Me olvidé de tu augusta providencia
Y tal vez iba á hundirse mi creencia
En ese abismo de angustioso afán.

“¿Por qué, por qué, clamaba en mi delirio,
El potentado en su palacio goza,

Y del humilde rústico en la choza
Gratas las horas transcurriendo van?”

“Goza el águila altiva en raudo vuelo
Del esplendente sol la lumbre pura;
Y el pajarillo canta en la espesura
A la hora del crepúsculo su amor.
Duerme tranquilo en su apartada gruta
Fiero el leon cuyo rugido espanta;
Y el pequeño reptil bajo la planta
La sombra encuentra y el vital calor.”

“¿Todos felices son! y yo tan solo
Provoqué del destino los enojos?
¿Por qué brota este llanto de los ojos?
¿Por qué no hay para mí consolación?”...
Así, Dios de bondad, mi torpe labio
A murmurar llegó con osadía
En el exceso de la pena impía
Que laceraba el pobre corazón.

Empero tú, Señor, que no te olvidas
Ni de la flor que entre las rocas crece,
Ni del insecto que fugaz se mece
En las alas del céfiro sutil:

Tú que á las aves cuidadoso vistes
De rico y hermosísimo plumaje
Y al lirio das el seductor ropaje
Con que en el valle muéstrase gentil;

Me tendiste tu diestra poderosa
Lleno de amor en el instante mismo

Que el vértigo espantoso del abismo
Comenzaba mi vista á oscurecer.

Y entónces cual cansado peregrino
Que ve una luz brillar en lontananza,
Sentí la dulce y mágica esperanza
En mi agitado pecho renacer.

Ansiosa el alma desde entonces quiere
Libre volar á la mansion serena
Do no la turbe congojosa pena,
Ni le arranque gemidos el dolor.

Donde la dicha no es mentido sueño
Cual lo es, Señor, en la mezquina tierra;
Sino la dicha que el amarte encierra
Sin riesgo de perder tu eterno amor.

Consoladora fé, por quien sumisa
Mi razon á la sabia omnipotencia,
Esos arcanos de insondable esencia
Se complace tranquila en venerar!

Antorcha refulgente, con que miro
Muy mas allá del anchuroso cielo
Un Padre de bondad y de consuelo
Que por sus hijos vela sin cesar!

¡Fanal esplendoroso, cuyos rayos
La nave llevan al seguro puerto,
Cuando deja el piloto el rumbo cierto
En medio de la negra tempestad!

Mi paso incierto por la senda guía
Que lleva al hombre á su inmortal destino
Y de mi vida el áspero camino
Ilumine tu excelsa claridad.

LA CARIDAD.

Y yo, Señor, que en el profundo seno
De la maldad me agito;
Débil mortal, que de miserias lleno,
Por doquiera que vuelvo la mirada
El hondo abismo encuentro de mi nada:
¿Cómo habré de cantar, Dios infinito,
La ardiente caridad, cuyo ser tiene
Principio y fin en tu divina esencia:
Que en insondable arcano
Con un eterno vínculo mantiene
Enlazadas las obras de tu mano;
Y que elevando al hombre en rauda vuelo,
Le hace olvidar la mísera existencia
De este finito suelo;
Y gozarse en la suma Inteligencia,
Que de tu amor abriendo los tesoros
Así junta la tierra con el cielo?

¡Espíritu increado!

¡Fuente de amor purísima y fecunda!
¡Eterna luz, cuyo esplendor sagrado
Los cielos de los cielos ilumina
Y el universo inunda!

Ven á mi corazón: y cual un tiempo
Tu misteriosa inspiracion divina
Al amoroso Rey, Santo Profeta,
Enseñó las dulcísimas canciones
Que de Judá los pechos inflamaron,

Que el vértigo espantoso del abismo
Comenzaba mi vista á oscurecer.

Y entónces cual cansado peregrino
Que ve una luz brillar en lontananza,
Sentí la dulce y mágica esperanza
En mi agitado pecho renacer.

Ansiosa el alma desde entonces quiere
Libre volar á la mansion serena
Do no la turbe congojosa pena,
Ni le arranque gemidos el dolor.

Donde la dicha no es mentido sueño
Cual lo es, Señor, en la mezquina tierra;
Sino la dicha que el amarte encierra
Sin riesgo de perder tu eterno amor.

Consoladora fé, por quien sumisa
Mi razon á la sabia omnipotencia,
Esos arcanos de insondable esencia
Se complace tranquila en venerar!

Antorcha refulgente, con que miro
Muy mas allá del anchuroso cielo
Un Padre de bondad y de consuelo
Que por sus hijos vela sin cesar!

¡Fanal esplendoroso, cuyos rayos
La nave llevan al seguro puerto,
Cuando deja el piloto el rumbo cierto
En medio de la negra tempestad!

Mi paso incierto por la senda guía
Que lleva al hombre á su inmortal destino
Y de mi vida el áspero camino
Ilumine tu excelsa claridad.

LA CARIDAD.

Y yo, Señor, que en el profundo seno
De la maldad me agito;
Débil mortal, que de miserias lleno,
Por doquiera que vuelvo la mirada
El hondo abismo encuentro de mi nada:
¿Cómo habré de cantar, Dios infinito,
La ardiente caridad, cuyo ser tiene
Principio y fin en tu divina esencia:
Que en insondable arcano
Con un eterno vínculo mantiene
Enlazadas las obras de tu mano;
Y que elevando al hombre en rauda vuelo,
Le hace olvidar la mísera existencia
De este finito suelo;
Y gozarse en la suma Inteligencia,
Que de tu amor abriendo los tesoros
Así junta la tierra con el cielo?

¡Espíritu increado!

¡Fuente de amor purísima y fecunda!
¡Eterna luz, cuyo esplendor sagrado
Los cielos de los cielos ilumina
Y el universo inunda!

Ven á mi corazon: y cual un tiempo
Tu misteriosa inspiracion divina
Al amoroso Rey, Santo Profeta,
Enseñó las dulcísimas canciones
Que de Judá los pechos inflamaron,

Cuando con inefables vibraciones
 Del arpa encantadora del Poëta
 Las cuerdas resonaron:
 O cual de Pablo el corazon un dia
 De tu encendido fuego la saeta
 En hoguera tornó de amor profundo,
 Que con sus llamas abrasar debía
 Los pueblos todos del inmenso mundo;
 ¡Así, Númen que adoro, el alma mia
 Haz que inflamarse sienta
 Por un rayo fulgente desprendido
 De aquel trono de eterna y clara lumbre
 Que del Monte Sion la excelsa cumbre
 Para tu gloria y magestad sustenta!
 ¡Ven! Y será mi canto
 Cual lo es, Señor, el del ardiente coro
 Que en indecible amor y dulce encanto,
 Alaba sin cesar tu nombre santo
 Al compás de sus cítaras de oro.
 Se escuchará mi acento poderoso,
 Ora grave, solemne, majestoso,
 Como el mar que sus ondas precipita;
 Ora cual suele el trueno fragoroso
 Cuando sus alas la tormenta agita;
 Ya tierno y melodioso,
 Cual de la amante tórtola el arrullo;
 Ya leve como el aura que suspira;
 O como el arroyuelo que sus aguas
 Tranquilo lleva en plácido murmullo.
 ¿Quién como tú, gran Dios?...ante los tiempos
 Viviendo por tí mismo,
 Tu soberana esencia contemplabas;

Y de la eternidad en el abismo,
 Gozándote en tus propias perfecciones,
 Con amor ardentísimo te amabas.
 Tu espíritu increado
 Sobre la niebla densa
 De la informe materia era llevado
 Con majestad inmensa:
 Cuando "HAGASE LA LUZ," Señor, dijiste:
 Y huyendo al punto á la extension vacía,
 Despareció la niebla oscura y triste
 Al rayo hermoso de la luz del dia.
 Como un manto los cielos extendiste,
 Sembrando en él estrellas á millares:
 A tu potente voz se alzó la tierra
 Como medroso niño, y á tu soplo
 Juntáronse las ondas de los mares.
 Mas al designio altísimo que encierra
 Desde la eternidad tu amor profundo,
 Falta el mas noble sér de cuantos séres
 Forman el bello mundo;
 El que debe ensalzar tu augusto nombre
 Y adorarte, Señor, como tú quieres.
 Y fué creado el hombre,
 En cuya frente erguida
 Hizo brillar tu sacra Omnipotencia
 Un rayo de tu misma inteligencia;
 Y en cuyo pecho, con buril eterno
 Tu diestra poderosa
 La ley santa de amor dejó esculpida:
 Emanacion de tu fecunda esencia,
 Luz pura y misteriosa
 Que ilumina la senda de la vida.
 ¡Y el hombre te adoró! De gozo henchido

Su ardiente corazón, el homenaje
Te tributó rendido
De aquella caridad abrasadora,
Cuyos dulces afectos contemplaron
Y en sublime concierto acompañaron
Los seres todos del Eden florido.

Mas ¡ay! que en negra hora
La soberbia levanta su cabeza
Y aparta de tu ley al hombre osado,
Que desconoce, oh Dios, que le has creado
Para adorar tu nombre y tu grandeza;
Y al soplo de tu ira

Del bellissimo Eden se ve lanzado,
Cual débil caña que arrebató el viento:
Buscan en vano sus inquietos ojos
La perdida mansión y su contento,
Y en torno solo mira
La inmensa soledad, cuyos abrojos
Es, con llanto regar, su triste suerte,
Y oye doquier las voces de la muerte
Que reclama sus míseros despojos.

Los siglos tras los siglos desaparecen!...
Envuelto el mundo con la niebla oscura
De torpe idolatría,
La ley sublime, celestial y pura,
Que escrita con tu dedo soberano
Al hombre diste en el Sinái un día,
Ese hombre, ciego en su maldad impía,
Quiso borrar con atrevida mano.
Y al profundo rencor abre su seno;
Toryas al cielo sus miradas lanza;
Contra su propio hermano

Convierte su furor, y de ira lleno,
En inocente víctima le torna
De su injusta venganza!.....

Mirad empero allí!... Sobre la cumbre
De esa triste colina
Que rodea confusa muchedumbre,
Pendiente de una Cruz, la frente inclina
El Hijo del Señor: la hermosa lumbre
De sus divinos ojos ya se apaga,
Y en torno del Dios Fuerte
La negra sombra vaga
Con que viene fatídica la muerte.

“¡Oh Padre, de tu amor el sacrificio
Por el hombre se encuentra consumado...
Recíbele propicio,

Y brille tu perdón sobre el culpado!”...
Dice, y exhala el postrimer aliento:
Cuando un ángel de blanca vestidura,
Mas hermoso que el sol, los aires hiende,
Del resplandor eterno circundado

Que en la gloria fulgura;
Y cual veloz relámpago descende
Hasta el pie de la Cruz, do en su profundo
Amor, ha muerto el Redentor del mundo.

Y lanzando en redor tierna mirada
Por un fuego purísimo inflamada:

“Descendientes de Adán! el triste llanto
Que á vuestros ojos arrancó el delito
Cese ya de correr; porque el Dios Santo,
En cuyo libro eterno estaba escrito
El día de ventura y de consuelo,
Por el precio infinito

De esa sangre vertida en vuestro abono,
De nuevo os llama de su amor al trono,
La puerta os abre del perdido cielo.”

“Yo soy la Caridad; la mas sublime
De las virtudes soy, y Dios me envía
Para ser en el mundo vuestra guía:
Para enseñaros el feliz destino
Que esa Cruz os prepara salvadora,
Y por la cual, vosotros, los humanos,
Hijos sois del Señor, y sois hermanos:
Para llorar con el que triste llora,
Y ser de vuestra vida en el camino
Cual la columna de sagrado fuego
Que en la noche sombría
Al pueblo de Israel iluminaba
Y su fé y esperanzas mantenía.”

Dijo así el ángel; y sus alas de oro
Desde el sangriento Gólgota tendiendo,
Los montes y las vastas soledades,

Los pueblos y ciudades
En incansable vuelo recorriendo,
Ha venido á través de las edades
Sus mágicas palabras repitiendo.

Y el hombre al escuchar su voz divina,
Su voz de encanto y de ternura llena,
Dulce como el concierto de las aves

Que en la enramada suena,
Cuando en trinos süaves
Saludan del Abril, enamoradas,
Las frescas y risueñas alboradas;
Alza del polvo la abatida frente,
En éxtasis sublime arrebatado
Fija en el cielo su mirada ardiente;

Y ya como el Apóstol, inflamado
Por el divino Espíritu, es llevado
Mas allá de los astros brilladores
A contemplar con júbilo indecible
De aquel eterno sol inextinguible

Los vivos resplandores:
Ya como la amantísima Teresa,
El tierno pecho herido
Por el mas fuerte amor de los amores,
Siente su corazón desfallecido,

Y sostenerle quiere
Con el blando perfume de las flores,
Cual la Esposa feliz de los Cantares
Que por su amado muere,
Por su amado escogido entre millares!
Y prorumpe de amor enajenada:

“¡Oh si el alma que yace aprisionada
En esta cárcel dura,
Las pesadas cadenas quebrantando,
Alzar pudiera su sereno vuelo,
Y libre por el viento atravesando
Ir las moradas á habitar del cielo...”

Mas de la Caridad la voz sublime
Vuelve el hombre á escuchar: y al mundo mira
Donde su estirpe con afán suspira,
Do la raza de Adán padece y gime:
Se conmueve, se agita, se apresura,
Y al ángel busca de las alas de oro,
Y le demanda el celestial tesoro
Que del trono de Dios bajó consigo,

Para calmar del hombre la amargura,
Darle consuelos y enjugar su lloro.

Y marcha en pos del mísero mendigo
Que desnudo y hambriento,
Con planta débil, vacilante, incierta,
El, ¡la imagen de Dios! cual vil gusano
Arrastrándose va del avariento

A la dorada puerta
Que á abrir no viene compasiva mano;
Y el pan le alarga, y sonriendo ufano,
Deja su triste desnudez cubierta.

¡Oís? ¡oís?... Con temeroso estruendo
El carro cruza de la guerra impía,
Que de furor ardiendo,
Con ímpetu satánico menea
De la discordia la inflamada tea:
Y se escucha la ronca artillería;
Los montes y los valles se estremecen;
Y resuena confusa gritería:
Crece el espanto y los gemidos crecen,
Y se aumentan los ayes de agonía.

Entre el fuego, el horror y la matanza,
Con faz tranquila y con serena frente
Una brillante Pléyade se lanza:
Las hijas son del inmortal Vicente,
Que por el ángel bello conducidas,
Van con amor profundo,
Bálsamo á derramar en las heridas
Del pobre moribundo,
Y á mostrarle en dulcísima esperanza
Otro mundo mejor que aqúeste mundo.

¡Qué gemido es aquel, que penetrante
Hiriendo el cierzo helado,
Turba la calma de la noche oscura?...
¡Ah! ¡no sentís el pecho desgarrado?
Mirad... es una débil criatura
Que, el mismo sér á quien debió la vida
Abandonada deja,
Y entre las sombras rápido se aleja.
¡Mujer sin corazón! ¡Mujer impura!
Monstruo de horror, no esperes que te nombre
Con el nombre dulcísimo de madre;
Nombre que dice amor, vida, ternura,
Nombre sagrado que venera el hombre...
¡Tú te alejas, mujer!... Pero el Dios bueno
De infinita clemencia
Manda de caridad al ángel lleno,
Al ángel protector de la inocencia
Que amoroso recoge al tierno niño,
Cuya cuna no vela con sus alas
El maternal cariño.

¡Ángel de bendición! también tú asistes
Del pobre enfermo cabe el duro lecho,
Y das consuelo á su afligido pecho
Que en congojoso afán respira apenas.
Y vas también á las mansiones tristes
Que el cautivo humedece con su llanto
Y que hace resonar con sus cadenas;
Y con cariño santo
Le hablas de Dios, y cálmanse sus penas.

¡Y vosotros, apóstoles ardientes,
Que atravesando los ignotos mares,

Del ángel tras la huella misteriosa,
 A las bárbaras gentes
 Llevais la antorcha de la fé radiosa?
 ¡Vosotros!... Mas ¿adónde me conduce
 La ardiente inspiracion? ¿Osado quiero
 Seguir á esa deidad incomparable?
 ¿Cómo, dulce Dios mio,
 Recorrer ese piélago insondable,
 En presencia del cual me considero
 Como pequeña gota de rocío?

¡Alma del mundo, incomprensible esencia!
 ¡Ángel que ostentas tus divinas galas
 Para encantar del hombre la existencia!
 Si de mi impuro labio puede el ruego
 Llevar, virtud, á tí; ven, y tus alas
 Cubran esta falange poderosa
 Que inflamar debe con tu sacro fuego
 El vasto suelo de mi patria hermosa! (1)

(1) Esta oda fué recitada por el autor en la primera sesion pública que celebró la Sociedad Católica de México con la mayor solemnidad el 29 de Junio de 1869.

Himno al S^{mo}. Sacramento.

(A LA SRA. DOÑA MANUELA BALDERAS Y CASTELAN.)

CORO.

Al banquete del Rey de la gloria
 Que amoroso á los hombres convida,
 Presurosos venid, que la vida
 Nos ofrece tan santo manjar.
 Bajo el cándido velo se oculta
 El Pastor celestial y divino,
 Que de gracia y verdad el camino
 Diligente nos quiso mostrar.

ESTROFA 1^a

Como el ciervo sediento que corre
 A las aguas de límpida fuente,
 Cuando en medio del valle se siente
 De fatiga penosa morir;
 Así el alma que sufre cansada
 Sed ardiente al cruzar por la tierra,
 Busca ansiosa la fuente que encierra
 Frescas aguas de eterno vivir.

ESTROFA 2^a

¡Hostia pura ante todos los siglos
 Con misterio inefable y profundo

Por el bien ofrecida del mundo
De la eterna justicia al Autor:
Hostia santa que el ángel adora,
Que la tierra y los cielos admiran,
¡Con qué gozo los hombres te miran,
Dulce prenda de paz y de amor!

ESTROFA 3ª

Abismado en tan alto portento
Queda el hombre á tus plantas rendido,
En Cordero al mirar convertido
Al terrible y potente León:
Y alentado con dulce confianza,
En tus brazos amantes se entrega;
Y en el mar de delicias se aniega
Que reboza tu fiel corazon.

ESTROFA 4ª

¡Cuán indigno, Señor, es mi pecho
De hospedar tu infinita grandeza,
De guardar tu sublime pureza,
De que moren tus gracias en mí!
Mas tu eterna palabra yo creo:
Tus profundos designios adoro;
Y el perdon de mis culpas imploro,
Para no separarme de tí.

A MARIA.

¡Salve, gentil Señora,
La de toda virtud y gracia llena;
Clara y fulgente aurora
Del sol inextinguible precursora,
De la eternal Sion blanca azucena!

En este hermoso dia
En que natura toda se engalana,
Y con pura alegría
Te viene á saludar, bella MARÍA,
Del cielo y de la tierra soberana:

En que del almo coro
Que allá te alaba en inmortal anhelo,
Al cántico sonoro
Unen su acorde són las arpas de oro
Que tañen los arcángeles del cielo:

En que al dulce desmayo
Que el encendido sol de primavera
Engendra con su rayo,
Sus tributos de amor te rinde Mayo
En la fuente, en el bosque, en la pradera;

Tambien el labio mio
Tu dulce nombre á pronunciar se atreve....
¡Como el fuego de Estío

Haz que ese nombre, de mi pecho frio
En ardiente volcan torne la nieve!

¡Ah! ¿Qué inefable encanto
Embarga mis sentidos? ¿Qué alegría
En este templo santo
De mis ojos arranca dulce llanto
Y embriaga de ternura el alma mia?

¡Estrella de los mares,
Que al naufrago infeliz llevas al puerto!
Electa entre millares,
Para calmar del hombre los pesares
Y ser su cielo de esperanza abierto!

Las negras oléadas
Que el bajel de mi vida combatian,
Y al cielo levantadas,
Del cielo con furor precipitadas,
En el profundo abismo se perdian;

No ya con ronco estruendo
Convertirme amenazan en despojos
De airado mar horrendo.....
Pasó la tempestad!... la playa viendo
En tu agosto santuario están mis ojos.

La playa bendecida
Que acerté á distinguir en lontananza,
Cuando mi alma herida
Fué por tu viva luz, Madre querida,
Faro resplandeciente de esperanza.

La playa misteriosa
Do brota de salud la clara fuente;

Do tú, Mística rosa,
Fragancia rica esparces deleitosa
Con que el mortal desfallecer se siente.

Donde el bravo guerrero
A tus divinos pies arrodillado
Cual tímido cordero,
Te rinde gracias con amor sincero
Porque en la cruda guerra les has salvado.

Donde las tiernas niñas
Que á decir se apresuran tus loores,
De las verdes campiñas
Flores te dan con que la frente ciñas,
Madre del Santo Amor de los amores!

La bóveda sagrada
Con el solemne cántico resuena
En que tu Iglesia amada
Dice tu Concepcion Inmaculada
Y de gozo purísimo se llena.

Y en tanto que la nube
De aromas mil de embriagador incienso
Hacia tu trono sube,
Como un voto que el hombre y el querube
Juntos te ofrecen de su amor intenso;

Del bosque en la espesura
En sus trinos cantando están las aves
Tu nombre, Virgen pura,
Y en el monte, la selva y la llanura
Lo repiten los céfiros suaves.

Y lo escuchan las flores
Que embalsaman el fresco valle umbrío
Con sus gratos olores;
Y la fuente lo dice en sus rumores,
Como en sus ondas el sonante río.

¡Oh si en mi pobre lira
Dado me fuera en cadencioso verso
Ensayar la que inspira
Armonía sublime, y que se mira
Tributar á tu amor el universo!.....

Mas ¡ay! gusano impuro,
Sér que cruzando voy la baja tierra,
¿Cómo cantar procuro
Tu hermosísimo sér, tu sér tan puro
Que tanta gloria y perfeccion encierra?

¡Salve, gentil Señora!
He aquí cuanto te dice el lábio rudo.
Mi corazón te adora:
Sé cual siempre mi dulce protectora,
Mi tierno amor y formidable escudo!



PLEGARIA

A LA INMACULADA VIRGEN MARIA,

MADRE DE DIOS.

(A MI QUERIDA ESPOSA LA SEÑORA DOÑA GUADALUPE LOAIZA DE CÓRDOBA.)

Héme otra vez al pié de tus altares,
Virgen Madre de Dios y Madre mia,
Alzando en tu loor nuevos cantares
Y buscando el consuelo á mis pesares
En tu materno amor, que es mi alegría.

Héme otra vez aquí: del templo santo
Postrado en el mármoleo pavimento
Que hoy riega de tus hijos dulce llanto,
Con fe sencilla mi oracion levanto
Hasta el trono inmortal do está tu asiento.

¡Ah! yo bien sé, castísima Señora,
Que no es digna mi voz, mi voz impura,
De subir á la cumbre donde mora
La del Verbo Humanado engendradora,
Más que la luna bella y que el sol pura.

Yo bien sé que los ángeles, de hinojos,
Absortos adorando tu grandeza,
Bajan rendidos sus brillantes ojos,
Y cierran sus hermosos labios rojos,
Y ocultan con sus alas la cabeza.

Y lo escuchan las flores
Que embalsaman el fresco valle umbrío
Con sus gratos olores;
Y la fuente lo dice en sus rumores,
Como en sus ondas el sonante río.

¡Oh si en mi pobre lira
Dado me fuera en cadencioso verso
Ensayar la que inspira
Armonía sublime, y que se mira
Tributar á tu amor el universo!.....

Mas ¡ay! gusano impuro,
Sér que cruzando voy la baja tierra,
¿Cómo cantar procuro
Tu hermosísimo sér, tu sér tan puro
Que tanta gloria y perfeccion encierra?

¡Salve, gentil Señora!
He aquí cuanto te dice el lábio rudo.

MI corazón te adora:
Sé cual siempre mi dulce protectora,
Mi tierno amor y formidable escudo!



PLEGARIA

A LA INMACULADA VIRGEN MARIA,

MADRE DE DIOS.

(A MI QUERIDA ESPOSA LA SEÑORA DOÑA GUADALUPE LOAIZA DE CÓRDOBA.)

Héme otra vez al pié de tus altares,
Virgen Madre de Dios y Madre mia,
Alzando en tu loor nuevos cantares
Y buscando el consuelo á mis pesares
En tu materno amor, que es mi alegría.

Héme otra vez aquí: del templo santo
Postrado en el mármóreo pavimento
Que hoy riega de tus hijos dulce llanto,
Con fe sencilla mi oracion levanto
Hasta el trono inmortal do está tu asiento.

¡Ah! yo bien sé, castísima Señora,
Que no es digna mi voz, mi voz impura,
De subir á la cumbre donde mora
La del Verbo Humanado engendradora,
Más que la luna bella y que el sol pura.

Yo bien sé que los ángeles, de hinojos,
Absortos adorando tu grandeza,
Bajan rendidos sus brillantes ojos,
Y cierran sus hermosos labios rojos,
Y ocultan con sus alas la cabeza.

Y sé también ¡oh Virgen sacrosanta!
 Que al escuchar tu nombre, la ancha tierra
 Se estremece de amor; que el mar quebranta
 Sus indómitas iras; y que canta
 Tu gloria el hombre y al infierno aterra.

Mas ¿no eres tú, bellísima María,
 La tierna madre que en su amor profundo,
 Cuando á su Padre celestial volvía,
 Nos dejó el buen Jesús aquel gran día
 En que selló la redención del mundo?

¿No eres tú la que entonces recibiera
 En su amoroso seno á los mortales,
 Y como el ave á sus polluelos, diera
 Del triste Adán á la progenie entera
 Abrigo con sus alas maternas?

¡Madre!... qué dulce nombre! ¡cómo embriaga
 Cual delicioso néctar!... á mi oído
 Es leda brisa que entre flores vaga,
 Es vibración que en el confín se apaga,
 De rumorosa fuente es el sonido.

¡Madre!..... cual una música del cielo
 Ese nombre dulcísimo resuena,
 Y el alma triste que devora el duelo
 En un mar insondable de consuelo
 Trocarse mira su angustiosa pena.

¡Ay! tú lo sabes, cándida María;
 Una santa mujer cuyo cariño
 De mi vida formaba la alegría,

Tu nombre sin cesar me repetía
 Y á amarte me enseñó cuando era niño.

Huérfano luego y con la faz llorosa
 Vine á postrarme ante tu altar de hinojos,
 Y parecióme oír que cariñosa:
 "Tu madre soy," dijiste bondadosa,
 Y cesó el llanto de enturbiar mis ojos.

Desde entonces, ¡oh Virgen sin mancilla,
 Limpia fuente en que el rayo se refleja
 Del sol eterno que esplendente brilla!
 El hijo que á tus plantas se arrodilla
 Consuelo no halla si de tí se aleja.

Por eso vengo á tí, dulce esperanza
 Del pecador que tu bondad implora,
 Lleno el pecho de firme confianza
 En que tu amor á contener alcanza
 La diestra de tu Hijo vengadora.

Mira que se alza ya sobre el culpado
 Y torpe mundo que en su orgullo ciego
 No advierte que la copa ha rebosado,
 Y va el Señor á consumirle airado
 Como á la paja el devorante fuego.

Que cual fiero oleaje embravecido
 El crimen otra vez la tierra inunda;
 Y es el nombre de Dios escarnecido,
 Y su ley sacrosanta está en olvido,
 Y erguida vése á la maldad profunda.

Madre! piedad! Los ecos pavorosos
Escúchanse doquier de la ímpia guerra;
Zumban los huracanes procelosos,
Y el aire pueblan gritos dolorosos
Que fatídicos suben de la tierra.

Y pueblos contra pueblos se levantan
Ardiendo en ira, y con furor salvaje
Sus terríficas huestes se adelantan
Que muerte siembran, y sus triunfos cantan
En medio del incendio y del pillaje.

Y los amantes hijos, entretanto,
Los hijos de la Esposa del Cordero,
Tristes derraman su copioso llanto,
Y no encuentran alivio á su quebranto,
Viendo á su Dios alzarse justiciero!.....

¡Madre, Madre, castísima Paloma
De paz y de ventura mensajera!
Iris de alianza que en el cielo asoma,
Tus ojos vuelve á la cristiana Roma
Que hoy afligida tu favor espera.

De angustias y dolores circundado
Se halla el anciano valeroso y justo,
Que del templo el depósito sagrado,
Cual sucesor de Pedro ha conservado
Grande en su fe y en su bondad agosto.

De la osada impiedad las olas braman
Destruir amenazando su barquilla;
Y ya los malos que al infierno llaman

Contra tu iglesia ¡miseros! proclaman
Que en su postrer fulgor nuestra fe brilla.

El Justo en tanto, con firme roca
Resiste de las ondas el embate,
Y aquella misma fe que por su boca
Te declaró *Sin mancha*, humilde invoca
Tu poderoso auxilio en el combate.

Sálvale, oh Virgen bondadosa y pía,
De nuestro Dios calmando los enojos;
Confunde, oh Madre, á la maldad impía,
Y devuelve á tus hijos la alegría
Hoy que á tí tornan sus dolientes ojos.

Que de este día la risueña aurora
Que ve el mortal con júbilo profundo,
Como tu limpia Concepcion, Señora,
Venga á ser la felice precursora
De la serena paz que aguarda el mundo.



HIMNO

A LA

SANTISIMA VIRGEN MARIA

EN LA CONCLUSION DEL MES DE MAYO.

(MUSICA DEL MAESTRO CARRASCO.)

CORO.

De azucenas, de mirtos y rosas
 Con que Mayo engalana el pensil,
 Cien guirnaldas tejed primorosas
 Y al santuario con ellas venid,
 Entre aromas de incienso y de flores,
 Y de música alegre al compas,
 Esa ofrenda de santos amores
 A la Madre de Dios presentad.

I.

¡Con qué voz tu grandeza y tu gloria
 Celebrar el humano podría,
 Cuando el ángel al verte, María,
 En silencio te muestra su amor?
 ¡Oh si el aura nos diera suspiros;
 La paloma su arrullo inocente,
 Sus tranquilos rumores la fuente
 Y sus trinos gentil ruiseñor!

De azucenas, etc.

II.

Del arcángel rebelde la saña
 Convirtió del Eden la belleza
 En desierto de horrible tristeza
 Que con llanto regara el mortal.
 Mas de siglos y siglos penosos
 Disipaste la noche sombría,
 Precediendo al magnífico día
 Cual la fúlgida luz matinal.

De azucenas, etc.

III.

Nuestros padres de Abraham en el seno
 Tu dulcísimo nombre escucharon,
 Y en sublimes trasportes miraron
 De la gracia los tiempos venir.
 Porque tú eras la casta paloma,
 Mensajera de eterna esperanza;
 Y en tí, oh Virgen, el iris de alianza
 Comenzó para el hombre á lucir.

De azucenas, etc.

IV.

Eres tú la fragante azucena
 Entre fieros abrojos nacida,
 Del Señor por el soplo mecida
 En los prados celestes de Sion.
 Cual la palma de Cades gallarda

5.

Levantaste, Señora, tu frente,
Mas hermosa que el sol refulgente
Que ilumina la etérea region.

De azucenas, etc.

V.

En tu seno, vergel misterioso,
De la vida la fuente brotara,
Que el consuelo y la paz derramara
En el pecho del hombre infeliz.

Cual guerrero escuadron formidable
Majestosa tu paso adelantas;
Y Judith valerosa quebrantas
Del dragon infernal la cerviz.

De azucenas, etc.

VI.

Las naciones tu nombre repiten
Bendiciendo al Señor, Madre mia,
Desde el sol sus fulgores envía,
Hasta verle en ocaso espirar.

Que es tu nombre balsámico aroma
Que los vasos de Oriente derraman;
Y amorosos tus hijos te llaman
El lucero apacible del mar.

De azucenas, etc.

VII.

Ya se escucha en la umbrosa arboleda
De las aves alegres el canto:

Ya su gracia despliega y su encanto
En el valle la cándida flor.

De los cielos el mágico brillo
Y la tierra en su dulce reposo,
Todo anuncia ese mes deleitoso
Que á tus glorias consagra el amor.

De azucenas, etc.

VIII.

¡Dios te salve, Raquel primorosa!
A tus plantas se postra rendida
Del Señor la porción escogida
La risueña y feliz juventud.

De tu trono radiante un destello
A los hijos que te aman envía,
Y tendremos ¡oh Virgen María!
Los tesoros de ciencia y virtud.

De azucenas, etc.

IX.

¡Cuántas veces de tu Hijo divino
La ley santa y eterna olvidamos:
Y á la tierra de Egipto pensamos
Presurosos ¡oh Madre! volver.

Mas tu voz cariñosa detiene
Aquel rayo terrible que lanza
Sobre el mundo la justa venganza
Del Señor de infinito poder.

De azucenas, etc.

X.

¡Dulce Esther! compasivo tu rostro
A los jóvenes siervos se incline,
Y tu gracia su mente ilumine
Inflamando su fiel corazón.

Nuestra frágil barquilla navega
Por las pérfidas olas del mundo:
Ay! no dejes que se alce iracundo
Y la rompa el soberbio Aquilon.



AL SAGRADO CORAZON DE MARIA.

El último día de unos ejercicios espirituales.

¡Qué dulce es para el hombre tener madre,
Madre sensible á quien volver la cara;
Que nos enjague el llanto de los ojos
Y nos sirva de puerto en la borrasca!

Carpio.

¡Bendito el Dios de nuestros padres sea!
El sumo Dios que con eterna alianza
De nuestros pechos colma la esperanza
Y con su nombre al corazón recrea!

Arpas de Sion, venid á nuestras mano
En este dulce y plácido momento!.....
Y vosotros, prestadnos vuestro acento
Espíritus del cielo soberanos!

Que con nuevos cantares á la tierra,
Con himnos de inefable melodía,
Los amorosos hijos de María
Van el gozo á decir que su alma encierra.

Y quieren que al oír toda criatura
Su férvida alabanza y dulce canto,
Vierta, como ellos, abundoso llanto
De amor, de gratitud y de ternura.

Pasó la noche del helado invierno
Con el negro huracan y sus furores;

Huyó la oscuridad, cuyos horrores
Presagios fueron de dolor eterno.

¡Noche de esclavitud y amargas penas,
Cuánto los ojos ¡ay! cuánto lloraron
A tu sombra infeliz; y cuál regaron
Esas lágrimas tristes tus cadenas!

Al repasar tu ruina la memoria,
El corazón de susto se estremece;
Y aun afligido el rostro palidece
De Babilonia al recordar la historia.

¡Bendito el Dios de nuestros padres sea!
Que se alza ya la rutilante aurora
Y al universo con sus rayos dora
Desde aquella felice Galilea!

Allí brotaste, misteriosa vara
Del inmortal Jessé, dulce María,
Resplandeciente como el rey del día,
Y cual la estrella matutina clara.

Allí deshecho el tenebroso velo
Que del Señor tendiera la venganza,
Te alzaste como el Iris de esperanza
En el azul espléndido del cielo.

Allí, cual la paloma casta y pura,
Tus blancas alas con amor meciste,
Trayendo al hombre acongojado y triste
La oliva de la paz y la ventura.

Allí, como la fuente en el desierto,
Abriste tus purísimos raudales,

Y difundiste aromas celestiales,
Blanda azucena del cerrado huerto.

Allí por fin, Santísima Señora,
Al concebir al Redentor del mundo,
Te constituiste con amor profundo
La madre de la raza pecadora.

Y desde entónces con los ojos fijos
De la prole de Adán en la amargura,
¡Cuánto cariño y maternal ternura
Guarda tu corazón para tus hijos!

¡Oh dulce corazón, mar insondable
Por do el alma, aunque frágil navicilla,
Perderse puede hasta ganar la orilla
Que ofrece la ventura interminable!

¡Oh dulce corazón, Santuario inmenso
Que las plegarias del mortal recoges
Y que los votos del amor acoges
Para alzarlos á Dios cual puro incienso!

¡Corazón que solícito vigilas
Con incansable afán por tus amados!
¡Árbol que llevas frutos regalados
Suavísimo panal que miel destilas!

¡Corazón amoroso que te ofreces
Víctima de dolores tan prolijos,
Cuando se olvidan tus ingratos hijos
De lo que por sus culpas tu padeces!

¡Feliz mil veces el dichoso día
En que cual fuerte imán ó dulce encanto

Nos trajera al redil del Pastor Santo
Tu tierno Corazon, bella Maria.

El pecho rebosando de dulzura
Y mudo el lábio ante delicia tanta,
A bendecir no acierta, Virgen santa,
Tu singular amor y tu ternura.

¡Oh si de tu almo corazon el fuego
Los nuestros ateridos inflamara,
Con qué intenso fervor se levantara
Al trono excelso nuestro humilde ruego!

Pero elévalo tú, Madre del alma,
Pidiendo al buen Jesus, á tu Hijo amad
Que el don confirme que nos ha otorgad
De este retiro en la dichosa calma.

Con honda angustia la cuitada oveja
Abandona este asilo sacrosanto
Y por la vez postrera con su llanto
Bañando está el redil de que se aleja.

¡Oh Madre, oh dulce Madre cariñosa!
Que al emprender la marcha del desierto
Nos gué tu corazon por rumbo cierto
Como á Israel la nube misteriosa!

Del celoso Moisés guarda la vida,
Del Padre de tu pueblo que te adora;
Y por tu limpio Corazon, Señora,
Llévanos á la tierra prometida!

LA VOZ DE MARIA.

(A MI HERMANO FRANCISCO.)

SONETO.

*Vox turturis audita est in terra nos-
tra.*

Cant. Cantic. Cap. II, v. 12.

La voz de la tórtola se ha oído en
nuestra tierra.

¡Escuchais?... ¡Qué armoniosa cantilena
Del fondo sale de la selva umbría,
Cuyo éco blando al espirar el día
La brisa trae á la campiña amena?

¡Ah, con qué encanto indefinible suena!
Ni en las arpas de Sion se encontraria
Tan dulce, y tierna, y santa melodía
Cual la que hoy nuestras almas enajena.

Es la voz de la tórtola que llama
A su albergue escondido en la espesura
Al casto Amante que su pecho inflama.

Es el acento de la Virgen pura
Que á los objetos de su amor reclama
Desde el templo que habita su ternura.



Nos trajera al redil del Pastor Santo
Tu tierno Corazon, bella Maria.

El pecho rebosando de dulzura
Y mudo el lábio ante delicia tanta,
A bendecir no acierta, Virgen santa,
Tu singular amor y tu ternura.

¡Oh si de tu almo corazon el fuego
Los nuestros ateridos inflamara,
Con qué intenso fervor se levantara
Al trono excelso nuestro humilde ruego!

Pero elévalo tú, Madre del alma,
Pidiendo al buen Jesus, á tu Hijo amad
Que el don confirme que nos ha otorgad
De este retiro en la dichosa calma.

Con honda angustia la cuitada oveja
Abandona este asilo sacrosanto
Y por la vez postrera con su llanto
Bañando está el redil de que se aleja.

¡Oh Madre, oh dulce Madre cariñosa!
Que al emprender la marcha del desierto
Nos gué tu corazon por rumbo cierto
Como á Israel la nube misteriosa!

Del celoso Moisés guarda la vida,
Del Padre de tu pueblo que te adora;
Y por tu limpio Corazon, Señora,
Llévanos á la tierra prometida!

LA VOZ DE MARIA.

(A MI HERMANO FRANCISCO.)

SONETO.

*Vox turturis audita est in terra nos-
tra.*

Cant. Cantic. Cap. II, v. 12.

La voz de la tórtola se ha oído en
nuestra tierra.

¡Escuchais?... ¡Qué armoniosa cantilena
Del fondo sale de la selva umbría,
Cuyo éco blando al espirar el día
La brisa trae á la campiña amena?

¡Ah, con qué encanto indefinible suena!
Ni en las arpas de Sion se encontraria
Tan dulce, y tierna, y santa melodía
Cual la que hoy nuestras almas enajena.

Es la voz de la tórtola que llama
A su albergue escondido en la espesura
Al casto Amante que su pecho inflama.

Es el acento de la Virgen pura
Que á los objetos de su amor reclama
Desde el templo que habita su ternura.



ASPIRACION.

(A RAMON VICENTE MARTINEZ.)

SONETO.

*Flores apparuerunt in terra nostra,
tempus putationis advenit.*

Cant. Cantic. Cap. II, v. 12.

Las flores parecieron en nuestra tierra,
el tiempo de la poda ha venido.

Ya brilla el sol en la azulada esfera
Con nuevos y vivísimos fulgores:
Cubiertos se hallan de galanas flores
El hondo valle y la feraz pradera.

Al llegar la risueña primavera,
No encuentra los sarmientos destructores
Que cortaron los diestros viñadores
Para que cierta su esperanza fuera.

¡Oh si la gracia con su ardiente rayo
Brotar hiciera para tí las rosas
En el valle infeliz del alma mia!

¡Oh si no hallara el esplendente Mayo
Las estériles ramas engañosas
Que me alejan de tí, dulce María!



ROSA MISTICA.

(A MI HERMANO MANUEL J. LOAIZA.)

SONETO.

*Sicut lilium inter spinas, sic amica
mea inter filias.*

Cant. Cantic. Cap. II, v. 2.

Como lirio entre las espinas, así mi
amiga entre las hijas.

Suele entre abrojos cándida azucena
Crecer gallarda en el ardiente estío,
Junto á la orilla del sonante río
Que fecundiza la abrasada arena.

Así te alzas, oh Flor, de gracia llena
Entre las zarzas del dolor impio,
Cuando riega la sangre del Dios mio
La árida tierra que el Señor condena.

¡Hijas de Sion, de encantos brilladores!
¿Qué sois si no tristísimas espinas
Junto á ese Lirio de inmortal blancura?

Adorad á la Reina de las flores,
Que despues de alegrar nuestras colinas
Va á embellecer los prados de la altura.



EL NOMBRE DE MARIA.

(A MI BUEN PADRE D. JUAN B. CORDOBA.)

SONETO.

*Nomen Mariæ, mel in ore, melo in
aure, jubilum in corde.—S. Ant. Pad.*

Más dulce que la miel de los panales
Que en incansable afan la abeja cria
Con aquella riquísima ambrosía
Que le ofrecen del valle los rosales:

Más tierno que las notas divinales
Con que el justo en la gloria se extasía
Y que en santa, inefable melodía
Acompañan las arpas celestiales;

Es tu nombre inmortal, el bello nombre
Con que llamarte plugo al Ser Eterno,
Estrella de los mares rutilante!

Júbilo es y consuelo para el hombre;
Terror profundo del vencido Averno!...
¡Quién al morir lo repitiera amante!

LA FIESTA DE MAYO.

(A NATAL BULNES.)

SONETO.

*Jam enim hiems transiit, imber abiit
et recessit.*

Cant. Cantic. Cap. II v. I.

Tañed, tañed los dulces instrumentos
Y mil himnos cantad, cuyo eco blando
Por los espesos bosques resonando
Alegre cruce en alas de los vientos.

Repítanse también nuestros acentos
Por los muros del templo venerando,
Donde el alma se eleva, contemplando
Del Señor los magníficos portentos.

El invierno pasó con sus rigores;
Pasó la niebla con su lluvia fría,
De tristeza y de muerte precursores.

Hermoso brilla el sol, que nos envía
De gozo y de salud almos fulgores
Desde el límpido cielo de María!

Salve, Regina.

(A MI HERMANA JOAQUINA LOAIZA.)

SONETO.

Salve, oh Reina y castísima Señora;
Vida del alma, Madre de ternura,
Fuente sellada de inmortal dulzura,
Esperanza del hombre que te adora.

Desde este valle do la angustia mora,
Suspirando te invoca, Virgen pura,
La progenie de Adan que con tristura
Gime sin tregua, sin consuelo llora.

Vuelve á nosotros tu mirar clemente
Y al fin de este destierro luzca el dia
En que á los prados de Salem vayamos.

Alcancen del Señor Omnipotente
Tus dulces ruegos, celestial María,
Que de Jesus las gracias obtengamos.

LA ASUNCION

De Maria Santisima.

(A MI AMADA HERMANA MARIA DE JESUS.)

SONETO.

Vertiendo allá en Salen amargo lloro
De Jesus los discípulos un dia,
En redor de la tumba de María
De su almo cuerpo guardan el tesoro.

Mas súbito descende el bello coro
De arcángeles que en dulce melodía
Himnos cantan de amor y de alegría
Al son divino de sus arpas de oro.

Circundada de vívidos fulgores
La Reina se alza y por el raudo viento
Sube á ocupar el trono de la gloria.

Y de Sion los felices moradores
Con un hossana de inmortal concerto
Celebran su magnífica victoria.

AL CORAZON DE JESUS.

(DEDICADO A MI HERMANO JOSE.)

SONETO.

Fuente sagrada de inmortal consuelo,
De inextinguible amor rico tesoro,
Corazon sacrosanto, á quien adoro
Bajo ese blanco y misterioso velo:

Héme ante tí de hinojos en el suelo
Que riego humilde con ardiente lloro,
Cuando contrito tu clemencia imploro
Y abierto miro de esperanza un cielo.

¡Qué hallé, que hallé sin tí, dulce Dios mio,
En los placeres de la impura tierra
Si no amargura y lóbrego vacío?

¡Qué hermosa paz tras de la cruda guerra
Que empeñó mi funesto desvarío,
Hoy para mí tu Corazon encierra!

El Redentor del mundo.

(AL SR. PRESBITERO D. FRANCISCO DE A. MIRANDA.)

SONETO.

Cuando del hombre la maldad impía
Te contemplaba en regocijo fiero
Pendiente ¡oh buen Jesus! de aquel madero
En que tu amor al mundo redimia;

En tu dolor supremo, en tu agonía,
Volviste al cielo tu mirar postrero,
Clamando con acento lastimero:
"Perdona, oh Padre, á la nacion Judía."

¡Ay! que tambien el pueblo mexicano
De tu sangre preciosa el beneficio,
Tus tormentos y cruz olvida insano!

Mas renueva, Señor, tu sacrificio;
Clama ¡perdon! al Padre Soberano,
Y el iris de la paz brille propicio.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Triunfo de la Cruz.

(AL SR. D. J. M. BULNES.)

SONETO.

La hueste poderosa cual ninguna
Del terrible Mohamed combate fiera
La constancia de Alfonso, que venciera
En Malagon al de la media luna.

Empéñase la lid y la fortuna
Juzga el moro tener, cuando se viera
Radiante cruz en la celeste esfera
Que ciega y vence á la legion moruna.

Despavorido huyendo el Saraceno,
Fué á ocultar en los montes escarpados
Su desesperacion y su sonrojo.

¿Qué puede el hombre de arrogancia lleno
Contra el Dios que confunde á los malvados?
¡Tiembles infeliz quien provocó su enojo!

La Compañía de Jesus.

(A FRANCISCO FLORES ALATORRE.)

SONETO.

Quando envuelto tenia en sombra espesa
Al mundo todo la soberbia insana,
Mas pura que la luz de la mañana
Fulgente estrella se elevó en Manresa.

Rómpele el velo; la ignorancia cesa:
El vicio altivo en combatir se afana,
Mas ve que al fin su resistencia es vana
Y el héroe Ignacio le arrancó su presa.

Desde entónces el árbol floreciente
Se alzó á las nubes y á su pié segura
Fué á descansar la juventud ardiente.

Y el profundo saber, la virtud pura,
Ante el altar y el trono en la alba frente
Corona ostentan que inmortal fulgura.

En un día de Difuntos.

SONETOS COLOCADOS EN UN CATAFALCO.

I.

Miseremini mei, saltem vos, amici mei.

¡Oh vosotros, amigos, que cruzando
La senda de la vida transitoria,
Tras mentido placer y falsa gloria
El paso vais inquietos fatigando.

Por un momento vuestro error dejando,
Mirad el fin de la mortal historia,
Y venid á evocar nuestra memoria
Junto al muro del templo venerando.

¡Por qué, del corazón séres queridos,
Os olvidais así del dulce lazo
Que nuestra vida unió con amor tierno?

¡Ah, recordad con preces y gemidos
A quienes del Señor en el regazo
Suspiran por el premio sempiterno.

II.

Sé que mi Redentor vive y que he de
resucitar en el último día.

Al borde de la triste sepultura
Brillar se ve la luz esplendorosa
De la antorcha que alumbra misteriosa
La negra sombra de la fosa oscura.

Como el sol que irradiando de la altura
Aparece tras noche tenebrosa,
Así el pavor del ánima medrosa
La fe disipa cariñosa y pura.

Sé que hay un Dios, un padre que muriendo
Por mi amor, quebrantara las cadenas
Que la muerte forjó por mi pecado.

Y triunfante en el cielo descubriendo
Al Redentor de mis amargas penas,
¡Qué gozo encuentro en el sepulcro helado

III.

Requiem aeternam dona eis, Domine.

Hé nos, Señor, ante tu altar de hinojos
Implorando rendidos tu clemencia:
Ve las lágrimas que hoy en tu presencia
Tristes derraman los cansados ojos.

No á tus hijos apartes con enojos
Al ver la indignidad de su conciencia,
Cuando buscan consuelo á su existencia
Llorando de la muerte los despojos.

Ten piedad, oh Señor, de los que fueron
Las caras prendas que á tu amor un día
Plugo arrancar de la infelice tierra.

Y pues sus almas en tu voz creyeron,
Dales la eterna paz y la alegría
Que allá tu gloria perennal encierra.



SAN FRANCISCO DE ASIS.

(A MI AMIGO EL SR. PRESBITERO D. IGNACIO R. REBOLLEDO.)

SONETOS.

I.

En un alzado monte de la Umbría
Do Asis se eleva y al viajero encanta,
Era una humilde y solitaria planta
Que inefables aromas esparcía.

El mundo todo con asombro un día
Gigante cedro ve que se levanta,
Y á la enriscada cumbre se adelanta
Por do sus verdes ramas extendía.

Ya cercana á las nubes aparece;
Y con su amiga sombra cubre el suelo
La copa colosal que el viento mece;

Quando clama una voz allá en el cielo:
"Así cual tú, Francisco, se engrandece,
Quien de humildes y santos es modelo."

II.

Noble, rico, gallardo y animoso,
La dulce primavera de su vida
Pasa de Italia en la region florida
De Bernardon el vástago dichoso,

003129

No á tus hijos apartes con enojos
Al ver la indignidad de su conciencia,
Cuando buscan consuelo á su existencia
Llorando de la muerte los despojos.

Ten piedad, oh Señor, de los que fueron
Las caras prendas que á tu amor un día
Plugo arrancar de la infelice tierra.

Y pues sus almas en tu voz creyeron,
Dales la eterna paz y la alegría
Que allá tu gloria perennal encierra.



SAN FRANCISCO DE ASIS.

(A MI AMIGO EL SR. PRESBITERO D. IGNACIO R. REBOLLEDO.)

SONETOS.

I.

En un alzado monte de la Umbría
Do Asis se eleva y al viajero encanta,
Era una humilde y solitaria planta
Que inefables aromas esparcía.

El mundo todo con asombro un día
Gigante cedro ve que se levanta,
Y á la enriscada cumbre se adelanta
Por do sus verdes ramas extendía.

Ya cercana á las nubes aparece;
Y con su amiga sombra cubre el suelo
La copa colosal que el viento mece;

Quando clama una voz allá en el cielo:
"Así cual tú, Francisco, se engrandece,
Quien de humildes y santos es modelo."

II.

Noble, rico, gallardo y animoso,
La dulce primavera de su vida
Pasa de Italia en la region florida
De Bernardon el vástago dichoso,

003129

Mas en medio del mundo borrascoso
Do su tierna piedad es combatida,
Su alma se siente de dolor herida
Y busca inquieta celestial reposo.

La voz oyó del Redentor divino,
Y en santa caridad ardiendo el seno,
Ve la pobreza con amor profundo.

Y vestido de humilde peregrino,
Sin calzado, sin pan, mas de fé lleno,
Marcha Francisco á conquistar el mundo.

III.

De oprobios lleno y de baldon cubierto,
Deja la dicha que su hogar encierra,
Y en la extension de la anchurosa tierra
Ve á su santa mision el campo abierto.

Como Juan que clamaba en el desierto
Al reino de Satan haciendo guerra,
Así Francisco á la maldad aterra
Mostrando al mundo de salud el puerto.

Que se alce el viento del orgullo insano
Esa doctrina á combatir sencilla
Que sostén ha de ser del Vaticano.

La erguida palma ante los ojos brilla
Del ilustre Pontífice romano
Que confirma de Dios la maravilla.

IV.

¡Trasunto de Jesus Crucificado,
Humilde siervo del Señor querido,
Ardiente Serafin de amor henchido
Y en el fuego divino acrisolado!

Tú que de eterno resplandor cercado,
Gozas del premio á tu virtud debido,
Esa heroica virtud con que has sabido
Monumento inmortal dejar fundado:

Si de pechos amantes y devotos
Puede subir entre aromoso incienso
La ferviente plegaria hasta la gloria;

Oye elemento nuestros tiernos votos
Y pide al cielo su favor inmenso
Para los que celebran tu memoria.



A LA MADRE DE DIOS

EN

EL CALVARIO.

¡Blanquísimo lirio
Nacido entre zarzas,
Madre la mas tierna,
Paloma sin mancha!

Al Calvario viene
Con dolor mi alma,
Llorando sus culpas
De tus penas causa.

Junto al árbol triste
De la cruz sagrada
Do el Verbo divino
Su espíritu exhala;

En silencio apuras,
Madre Soberana,
El cáliz acerbo
De amargura tanta.

¡Quién ¡ay! al mirarte
No siente que el alma
De dolor intenso
Queda traspasada?
¡Qué ojos ven tu llanto

Que no se desatan
En lágrimas tiernas,
Virgen desolada?

El alto decreto
Cúmplase, que manda
Sucumbir al Justo
Por la humana raza.

Y tú, dulce Madre,
Sumisa lo acatas,
Por salvar al hombre
De su suerte infausta.

De sangre cubierto,
De oprobios é infamia,
Miras que á tu Hijo
Las turbas arrastran.

Los llagados hombros
Con la cruz le cargan,
Y el manso Cordero
Al suplicio marcha.

Espinas agudas
Sus sienes taladran
Y el polvo y heridas
Ofuscan la clara

Lumbre de sus ojos,
Que á tí, Madre amada,
En medio te buscan
De la turba insana.

A su encuentro vienes...
¡Madre atribulada!

¿Qué dolor al tuyo
Comparable se halla?
La tierra al mirarte
De terror se pasma,
Y lloran los justos
Y los cielos callan!

Ya el sol se oscurece,
Tiemblan las montañas,
Los velos del templo
Se agitan, se rasgan;
Y los muertos dejan
Sus tumbas heladas!.....
¡Tu Jesus ha muerto,
Madre Inmaculada!

¡Muerto por mis culpas!
Ellas derramaran
Su sangre preciosa
Tus lágrimas santas.
Mas ya arrepentido
Yo vengo á llorarlas
Al pie del madero
Que á los hombres salva.

Allí estás, ¡oh Madre
Dulcísima y blanda,
Iris de ventura,
Puerto de esperanza!
Por tus rudas penas,
Madre soberana,
Libra de las tuyas
A mi pobre alma.

A LA SANTA CRUZ.

HIMNO DE LOS NIÑOS.

CORO.

Las aves nos presten su dulce armonía,
Las nítidas fuentes su grato rumor;
Y en férvidos himnos de santa alegría,
La Cruz adorable cantemos, que un día
Sirvió para el triunfo del Dios Salvador.

I.

Arbol santo y misterioso
En el Gólgota plantado,
Ara en que el Verbo humanado
Se ofrece por nuestro amor:
De los lábios infantiles
Escúchese tu alabanza,
Prenda de dulce esperanza,
Consuelo del pecador.

II.

Lloraba el hombre infelice
Su miseria y desventura,
Envuelto en la niebla oscura
Del error y la maldad:
Cuando tú, faro radioso,
Te alzas en esa colina

Y la tierra se ilumina
Con tu excelsa claridad.

III.

¡Dichoso quien al mirarte
Recuerda Santo Madero,
Que el mansísimo Cordero
En tus brazos espiró!
Y que la sangre preciosa
Que en tí derramó el Dios fuerte,
Nos rescató de la muerte
Y la libertad nos dió!

IV.

¡Cuánta es la dicha que encierra
Nacer á tu amiga sombra!
Cuando una madre te nombra,
Qué grato es tu nombre oír!
Que tú al corazón infundes
La fuerza, el gozo, la vida.....
¡Oh cuán dulce, Cruz querida,
Será junto á tí morir.

V.

En el hogar, en el templo,
En el valle, en la espesura
Del mar en la vasta anchura
Y en la celestial region,
Resuene el sublime canto
Que entona el mundo á tu gloria
Y publica tu victoria,
Enseña de salvacion!

VI.

¡Salve, oh Cruz! También los ecos
Del himno de la inocencia,
De la venturosa herencia
Escogida del Señor;
Suban al monte sagrado
Donde te alzas majestosa,
Y donde te hizo gloriosa
La muerte del Redentor.

CORO.

Las aves nos presten su dulce armonía,
Las nítidas fuentes su grato rumor;
Y en fervidos himnos de santa alegría,
La Cruz adorable cantemos, que un día
Sirvió para el triunfo del Dios Salvador.

IV
MARIA

EN EL MES DE LAS FLORES.

I.

Ya el sol su ardiente rayo
 Sobre la tierra envía:
 Es el florido Mayo,
 Cantemos á María;
 Y el mundo todo alégrese
 Con su inefable amor.

En los sagrados muros
 Do habita el Ser Inmenso,
 Angélicos y puros
 Entre aromoso incienso
 Los votos hoy elévense
 Del infantil fervor.

II.

¡Salve, casta paloma,
 De dicha mensajera!
 Lirio de blando aroma
 Que en la eternal pradera
 En amorosos éxtasis
 Contempla el Serafin!

¡Iris de eterna alianza
 Que misterioso augura
 El gozo y la bonanza

Tras la tormenta oscura,
 El universo alábeta
 Con cánticos sin fin!

III.

Del céfiro en las alas
 Vayan á tí, Señora,
 Las perfumadas galas
 Que el pensil atesora
 Y que la ofrenda mística
 De nuestro pecho son.

La cándida azucena
 Que para tí cortada
 Con su fragancia llena
 Tu altar, Virgen Sagrada,
 Forme el emblema plácido
 De nuestro corazón.

IV.

La selva, el monte, el llano
 Repiten á porfía
 Tu nombre soberano
 Que es célica armonía
 Y da consuelo y júbilo
 Al hombre en su penar.

¡Oh tierna Madre nuestra,

PIO IX.

¡Canto al sublime Rey! ¡Generaciones
Que en el polvo dormís, á que da sombra
El árbol de la Cruz! Del labio mio
Que reverente nombra
Al grande, al fuerte, al admirable Pio,
El acento interrumpa sonoro
El silencio que guardan las edades
En vuestras misteriosas catacumbas,
Y el secular y fúnebre reposo
Que reina en vuestras tumbas.
A escucharme venid: porque mi canto
Es la potente voz de todo un mundo,
Que, al celebrar con regocijo santo
Del ilustre Pontífice la gloria,
Al Dios ensalza cuyo amor profundo,
Sobre el Infierno alzando sus trofeos,
Magnífico se ostenta en su victoria,
A escucharme venid: porque yo entono,
Con esa misma fe pura y cristiana
Que inflamó vuestras almas con su lumbre,
El himno de la alegre muchedumbre
Que desde el Mundo de Colon se afana
Por elevar sus votos hasta el trono
En que tranquilo, majestoso y firme,
Cual dura roca que las ondas baten
Cuando los vientos con furor combaten,
Libre se asienta el inmortal Pio Nono.

¡Y vos, Señor, cuyo divino acento
Que oyó con fe sencilla,
El Santo Pecador de Galilea,
A través de los siglos inmutable
Al orbe maravilla
Y del cristiano el corazón recrea;
Dad á el alma vigor: que la voz mia
Para ser de tus hijos escuchada,
Se desate cual límpida cascada
En torrentes de plácida armonía!
Cuando cubiertos de pavor y susto
Los angélicos coros contemplaron
Del tremendo Jehovah tornarse fiero
Súbito el rostro paternal y angusto;
En tímido silencio se postraron
Y el delito fatal tristes lloraron
Del pecador primero,
Que, al mirar del Señor la faz airada,
A sus plantas cayera en su ruina,
Cual la robusta encina
Por el rayo terrible desgajada.
Mas como rebramando la tormenta
Cruza en alas del viento arrebatado,
Y va á perderse tras lejanos montes,
Dejando en pos el íris que se ostenta
En el cielo azulado
Desde opuestos y límpidos horizontes;
Así del poderoso
Y eterno Creador, á mirar vuelven
Los ángeles purísimo y sereno
Más que la luz radiante, el rostro hermoso
Y de ternura incomprensible lleno.
Y aun se oye en los confines de la gloria

El eco de la voz omnipotente,
 Que por salvar al mundo delincuente
 Anuncia la victoria
 Que la sagrada Virgen sin mancilla
 Ha de arrancar á la infernal serpiente;
 Cuando entre aquellos coros celestiales
 Que al son de sus divinos instrumentos
 Celebran con dulcísimos acentos
 Del Señor las promesas eternas
 Y los altos portentos,
 Un arcángel hermoso se adelanta
 Y frente al trono augusto del Eterno,
 Así con inefable voz que aterra
 A los soberbios monstruos del Averno,
 Que hace de gozo estremecer la tierra
 Y á la eternal Jerusalem encanta,
 Al compas de su cítara armoniosa
 En sacro fuego ardiendo alegre canta:
 “¡Salud y bendición! ¡Eterna gloria
 Al poderoso nombre
 Del inmenso Jehová! ¡Que su clemencia
 Por el ángel se cante y por el hombre,
 Y que su formidable Omnipotencia
 Ensalce la creáda inteligencia
 Y al universo asombre!
 A través de las sombras de los siglos
 Penetra su mirada:
 Y cuando luzca el día en que su mano
 De los tiempos descorra el negro velo,
 La humanidad contemplará asombrada
 De su alta ciencia el misterioso arcano
 Que ahora cantan los ángeles del cielo.”
 “De Nazareth la cándida doncella

Que pura nacerá, como la estrella
 Que radiante precede al nuevo día,
 La gloria del Señor será mas bella,
 La gloria en que desde ántes de los tiempos
 La excelsa Trinidad se complacia.
 Absortas al mirarla las naciones
 Cantarán la pureza de MARIA,
 Con las voces de mil generaciones,
 Aunque las iras del Dragon soberbio
 Siembren la saña en el ingrato mundo,
 Y con rencor profundo
 Sople Satan en la anchurosa tierra
 El viento abrasador que al hombre aterra.”

“Mas pasarán las negras tempestades;
 Y al cumplirse el decreto soberano,
 Allá en la mas feliz de las edades
 Levantará su voz un justo anciano
 De Pedro sucesor, y que en su mano
 Firme llevando el estandarte regio
 Del Hijo de David, la inmensa gloria
 Narrará del Señor Omnipotente
 Declarando la gloria de María:
 Y cual suena la voz del Oceano
 Así la del Pontífice-Monarca
 En los oídos sonará aquel día
 De la admirada gente
 Que el mundo todo en su extension abarca
 De la cuna del sol al Occidente
 Y desde el Septentrion al Mediodía.”
 “Y el Señor premiará la fe sincera
 De quien ensalza de Miriam el nombre,
 Haciendo ilustre su inmortal carrera

Cual la del sol que alumbra los espacios,
 Y al mundo presentándole do impera
 La religion sublime del Dios-Hombre,
 Cual la erguida palmera
 A cuyo pié tranquilo se guarece
 El viajero que escucha el ronco trueno
 Que retumbando en las montañas crece."

"¡Salud y bendicion á vos, Dios santo!
 Ya en el futuro la grandeza brilla
 Que inspira al cielo su apacible canto.
 Corre el tiempo veloz y cesa el llanto
 Que vuestra Iglesia vierte en sus dolores;
 Surca triunfante el justo en su barquilla
 Aquel hirviente piélago de horrores,
 Y de vuestra bondad en larga muestra
 Divisa en lontananza
 El suspirado puerto de esperanza,
 Y se avivan los claros resplandores
 Del lábaro divino que sostiene
 Su poderosa diestra."

"Ya torna á repetir alegre el mundo
 Los himnos que tambien en las futuras
 Edades sonarán, diciendo: ¡Gloria
 A nuestro Dios que mora en las alturas
 Y dulce paz al hombre
 De buena voluntad y amor profundo!"

Cesó el ángel. Sus notas peregrinas
 Los innúmeros coros repitieron,
 Y de Sion las místicas colinas
 De indecible placer se estremecieron.
 Entretanto el Señor desde su trono

Circundado de luz y eterna gloria,
 Vió que Satán con impotente encono
 Se agitaba rugiendo en el abismo,
 Y complacido en su inmortal victoria
 Siguió inmutable amándose á sí mismo.



EL ANGEL DE LA GUARDA.

A MI HIJO RAFAEL.

Niño inocente,
Tierno pimpollo,
A quien contempla
Con alborozo
Tu dulce madre
Jugar en torno:
Hijo del alma,
Prenda que adoro,
No así cruzando
Ligero y pronto
Cual cervatillo
Que huye medroso,
O cual las aguas
Del limpio arroyo,
De mí te apartes,
Bello tesoro!

Ven á mis brazos,
Ven, y tus ojos
Que alegres brillan,
Puros y hermosos
Cual del sol mismo
Los rayos de oro,
Atentos miren
El lindo rostro,
Las blancas alas,
Los dulces ojos,

De ese Angel bello,
Puro y gracioso.
¿Quién es, preguntas?
La imagen solo
De aquel amigo
Tan cariñoso,
Que del Dios santo
Bajó del trono,
Para ser siempre
Tu firme apoyo.
¿Ves cuánto, niño,
Cuánto te adoro?
¿Ves á tu madre
Con cuánto gozo
Doquiera sigue
Tus pases todos;
Te estrecha al seno
Si estás lloroso,
Y amante besa
Tus labios rojos?
Pues aqueese Angel
De lindo rostro,
De blancas alas
Y dulces ojos,
Te cuida y quiere
Más que nosotros.
Tú no le miras,
Pero afanoso
Siempre á tu lado,
Cual fiel custodio,
Ese Angel vela
Tierno, amoroso.
Oye, hijo mío!

¿Has visto cómo
 La clara lumbre
 Del sol radioso
 Dora los campos,
 Los valles hondos,
 Las altas cumbres
 Y el bosque umbroso?
 Pues así el Angel
 Esparce en torno
 De tu existencia
 Fulgor precioso;
 Con que teñidas
 De nácar y oro
 Véñse las nubes
 Que al cielo hermoso
 De tu inocencia
 Prestan adorno!
 ¡Hijo del alma,
 Bello tesoro!
 ¡Si vieras cuánto,
 Cuánto ambiciono
 Tener los sueños
 Que ese Angel blondo
 Cuando tú duermes
 Te inspira, y cómo
 Pienso que vagan
 Blancos y hermosos
 Cual de alba espuma
 Nevados copos!...
 Cuando obediente
 Te mira absorto,
 Dócil y bueno
 Para con todos;

¡Cuánto se alegra
 Tu fiel Custodio
 De blancas alas
 Y dulces ojos!
 ¡Ay! nunca vuelva
 Su lindo rostro,
 De angustia lleno,
 Triste y lloroso!.....
 ¡Ay! nunca mire
 Tu fiel Custodio
 Que al mal te inclinas
 Con que en su encono
 Perderte quieren
 Los viles monstruos,
 Los enemigos
 De tu reposo!
 ¡Cúbrante siempre,
 Tierno pimpollo,
 Hijo querido,
 Prenda que adoro,
 Las blancas alas
 Con que amoroso
 Te guarda ese Angel
 De bello rostro;
 Hasta que subas
 Al almo trono,
 Donde el Dios bueno
 Será tu gozo!

El Angel de la Inocencia.

A MI HIJA NATALIA.

Anoche, madre,
Tuve yo un sueño
De los mas lindos
Y placenteros.
Soñé que andaba
Flores cogiendo
Por cierto prado
Verde y risueño,
Junto á la orilla
De un arroyuelo;
Cuando de pronto
Miro á lo léjos
Un lindo arcángel
Que á mí viniendo,
Rápido cruza
Los mansos vientos.
Llega, y absorta
Su faz contemplo,
Miro sus ojos
Color de cielo,
Su blanda risa,
Su talle esbelto,
Las hebras de oro
De sus cabellos,
Y su ropaje
Que al aire suelto,

Flotando vaga
Como en el templo
Ligera nube
De blanco incienso.
Y soñé, madre,
Que el ángel bello
Dióme en la frente
De amor un beso,
Y así me dijo
Con blando acento:

“Graciosa niña,
¿Por qué tan léjos
De tu adorada
Madre, corriendo,
Alegre cruzas
El campo ameno
Cogiendo flores
Con embeleso?

Tu buena madre
Con afan tierno,
Te busca inquieta,
Niña, temiendo
Que entre las rosas
Oculto insecto
Aleve daño
Te cause fiero;
O bien que caigas,
Al ir corriendo,
En esas ondas
Del arroyuelo.

Vuelve á sus brazos,
Vuélvete, y presto

La dulce calma
 Torne á su pecho.
 Yo soy el ángel,
 Niña, que velo
 Por la inocencia
 Con amor tierno!"
 Dijo así el ángel,
 Y en el momento,
 De nuevo dióme
 De amor un beso,
 Tendió las alas
 Y por el viento
 Se fué volando
 Madre, hasta el cielo!
 De gozo llena,
 Seguirle quiero,
 Cuando agitada,
 Madre, despierto!.....
 Al ángel busco.....
 ¡Cuál mi contento
 Es, cuando miro
 Tu rostro bello,
 Tu dulce rostro
 Que es mi embeleso,
 Y es el retrato
 Del que ví en sueños!

UN REBAÑO SIN PASTOR.

(Con ocasion del destierro que, siendo Obispo de Puebla, sufrió el Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio A. de Labastida y Dávalos, el 12 de Mayo de 1856.)

¡Qué lúgubre silencio
 Por la ciudad impera!
 ¡Por la ciudad que un tiempo
 Alzaba placentera
 Hosannas mil de júbilo
 Y cánticos de amor!
 Las calles están tristes,
 Sombrías y desiertas:
 Los templos han cerrado
 De súbito sus puertas,
 Y llegan á sus bóvedas
 Gemidos de dolor.

Los bronces ya no dicen
 Las santas alegrías;
 Del órgano cesaron
 Las graves armonías;
 Y las del coro célicas
 No se oyen resonar.
 Que del Señor la casa
 Se encuentra en hondo duelo;
 Y lleno el sacerdote

De amargo desconsuelo,
Con sus ardientes lágrimas
Regando está el altar.

Del Salvador en tanto
Las vírgenes esposas,
Las azucenas candidas
Que diéronle afanosas
Cual un tesoro angélico
Su aroma de virtud;

Con dolorosos ayes
De lo íntimo del alma
Del apartado asilo
Turban la dulce calma,
De su retiro plácido
La sin igual quietud.

Y está de luto llena
Del rico la morada,
Como lo está del pobre
La casa infortunada;
Y es todo llanto insólito,
Terrible confusion.

Aun el tirano mismo
Que al pueblo audaz oprime,
Al ver que el triste pueblo
Se desespera y gime,
Tiene el semblante pálido,
Medroso el corazón.

Empero sofocando
La voz de la conciencia,

Ordena que sus turbas
Separen con violencia
Al buen Pastor solícito
De su adorada Grey;
Y que, como un infame,
Proscrito el justo vaya
En pos de una extranjera
Y hospitalaria playa
Que en su querida México
Le negará la ley.

¡La ley!... pero ¿es acaso
La voluntad suprema
El odio de un tirano
Que lanza un anatema
Contra inocentes víctimas
En bárbaro furor?
¿Así la ley se baja
De su inmortal asiento,
Para atizar innoble,
Cual mísero instrumento,
De las contiendas horribidas
El sanguinoso ardor?

¿Así la ley condena
A quien el pueblo aclama?
¿Así la ley proscribiera
A quien el pueblo llama
Su padre clementísimo,
Su vida y su sostén?
¡Dejad vuestro designio
Crüel y temerario!...
¡No así cubrais de luto

Los muros del Santuario:
No así con furia indómita
Nos arranqueis el bien!

¿Sereis, sereis vosotros,
Los que en amor sublime
Del infelice pueblo
Que desolado gime
Oír quieran las súplicas
De su doliente afán?
¿De cuántos desvalidos
Cuya esperanza es muerta
Escuchareis las quejas
Mañana á vuestra puerta!
¿Y les dareis benéficos,
Cual su Pastor, el pan?

Que el huérfano y la viuda
Y el jóven y el anciano
Aplaquen este día
Vuestro furor insano
Con las amargas lágrimas
Que corren por su faz:

Y los sensibles pechos
Os digan en su abono
Que nunca mereciera
Tan despiadado encono
Quien sus plegarias férvidas
Eleva por la paz.

Mas ¡ah! que se prepara
Del pueblo la rüina
Y no quereis que venga

La celestial doctrina
Y aquesa noche lóbrega
Disipe con su luz.

Y ofusca vuestras almas
El lamentable ejemplo
De aquellos enemigos
De Dios y de su templo
Que toman por escándalo
Las glorias de la Cruz.

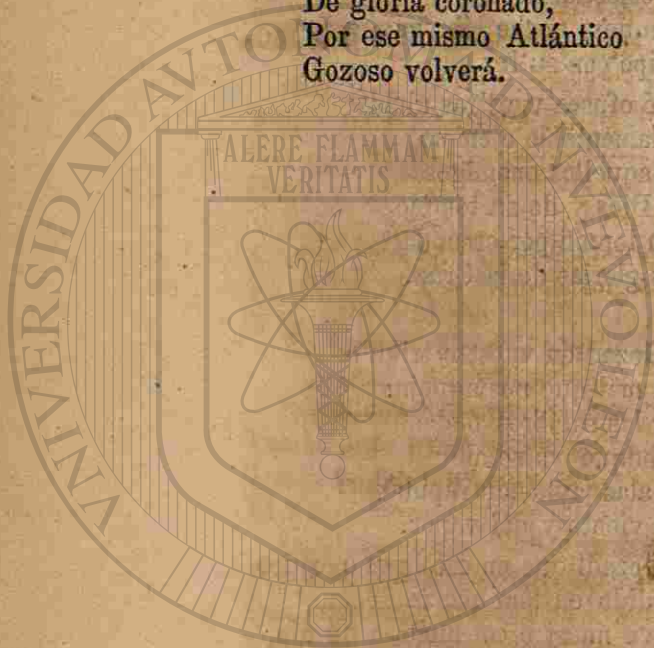
Gozad en vuestro triunfo
Del mal que nos aqueja:
Por las salobres ondas
El buque ya se aleja
En alas ¡ay! cuán rápidas
Del viento y del vapor.

Gozad! que en ese buque
Perdido en lontananza
Se va nuestro consuelo,
Se va nuestra esperanza,
Y acá rebaño mísero
Se queda sin Pastor.

Alguna vez el cielo
Se tornará benigno;
Y lucirá en los aires
Del alma paz el signo
Y el Dios de los ejércitos
Nuestra afliccion verá.

Entónces el que hoy vase
Proscrito y calumniado,

A su querida patria,
De gloria coronado,
Por ese mismo Atlántico
Gozoso volverá.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CÓRDOBA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNA MADRE.

(A MERCEDES FERNANDEZ.)

¿Qué tienes, dime, joven inocente,
Que así te inclinas triste y pesarosa,
Como en el valle la marchita rosa
De airado viento al sople abrasador?
¿Qué secreta memoria despedaza
Tu tierno corazón, Merced querida,
Y envenena las horas de tu vida
Con las gotas amargas del dolor?

¿Acaso hubo un amante que perjuro
A la ardiente pasión que te decía,
De tu fe y de tu amor burlóse un día,
Sin tener de tus lágrimas piedad?

¿O la muerte crüel le arrebatara
En la mitad de su feliz camino,
Y por eso tu bárbaro destino
Hoy en silencio devorando estás?

¿Son las tiernas memorias de un hermano,
O los gratos recuerdos de un amigo
Que en otro tiempo dividió contigo
Sus momentos de calma y de placer,
Los que oprimiendo tu sensible pecho
Le arrancan un suspiro lastimero,

Como el eco del canto plañidero
Que alza en los bosques la paloma fiel?

¡Ah! ¿por qué de tu rostro se ha borrado
Aquel color de nacarada rosa
Con que un tiempo te ví fresca y hermosa
Como alegre mañana del Abril?

¿Donde están los destellos de esos ojos
Azules como el cielo trasparente:
En donde lo sereno de tu frente
Y de tu labio púdico el carmin?

Dime, dime tus penas; que yo tengo
Tambien un corazon que sufre y llora:
Tengo tambien un alma que devora
El tósigo insufrible del dolor.

Dime tus penas, lloraré contigo;
Porque es el llanto bienhechor consuelo,
Que cual rocío místico del cielo
Fecunda el agostado corazon.

Mas ya te oigo exclamar: "no es un amante
El sér idolatrado por quien lloro;
Ni he perdido el dulcísimo tesoro
Guardado en el cariño fraternal:

La adorada memoria de mi madre
Es ¡ay! la causa de mi amargo llanto:
Aquella madre que me amaba tanto
Y dejóme en tan lúgubre orfandad.

"Su dulce imágen es la que sorprende
Por doquiera á mi ardiente fantasía:

Miro su rostro cuando nace el día;
Oigo en la noche su apacible voz.

Ella es el pensamiento que incesante
Roba á mi triste espíritu la calma:
Ella siempre grabada está en el alma
Y por ella suspira el corazon!..."

Pobre Merced!... Si en tu dolor profundo
Te consuela el acento de un amigo,
Ven á mi lado, ven, que yo contigo
La copa del dolor apuraré.

De la amistad en el sagrado seno
Deposita tus lágrimas ardientes,
Y no busques en pechos inclementes
Rasgos de tierna compasion, Merced!

Aun tengo madre yo... ¡si tu la vieras!...
Es un ángel de paz y de ternura
Que sufre resignada la amargura
De una existencia mísera y fatal.

Una santa mujer, en cuyo labio
Siempre asoma sonrisa cariñosa,
Y en cuya frente blanca y espaciosa
Despliega sus encantos la humildad.

Aun tengo madre, sí; pero su ausencia
Ay! poco á poco mi existir consume,
Y se va evaporando ya el perfume
De la flor de mi triste juventud.

Y porque en su purísimo cariño
Se cifra mi consuelo y mi tesoro;

Porque á mi madre con delirio adoro
Y venero su amor y su virtud;

Comprendo tu afliccion, y acá en el fondo
De mi angustiado corazon yo siento
La espina punzadora del tormento
Que destroza tu pecho sin piedad.

Llora, pobre Merced: el llanto sólo
Es nuestra herencia en el impuro suelo,
Y tan solo gimiendo halla consuelo
En su dolor el infeliz mortal.

¿Dónde encontrar una mujer tan tierna,
De tanta abnegacion, de amor tan santo,
Y que padezca por nosotros tanto
Como lo hace una madre?... ¿dónde hallar
Los consejos, Merced, de aquella boca,
La sincera efusion de aquel cariño
Que abrigo presta al hombre desde niño
Con el calor del ala maternal?...

¡Llora, Merced! Pero que el mundo necio
En tus ojos las lágrimas no mire,
Y ni aun tu pecho angelical suspire
Cuando en tu suerte pienses infeliz:
Porque al ver tu dolor el torpe mundo
Que no entiende el sublime sentimiento,
Acaso por consuelo á tu tormento
Te diera insano mofador reír!

Conmigo ven, y dime tus pesares:
Yo, que tanto sufrí desde la cuna;

Yo, de quien siempre la falaz fortuna
Sus volubles encantos apartó;

Yo enjugaré las lágrimas que viertes
Por una madre tierna y cariñosa;
Y al cielo pediré te haga dichosa
Volviéndote la paz del corazon.

LA VUELTA AL HOGAR.

(A JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.)

¡Morelia! ¡suelo querido!
Al fin place á mi fortuna
Que, como el ave á su nido,
Torne á tí, verjel florido,
Donde se meció mi cuna.

¿Cómo describir podría
La placentera emoción
De dulcísima alegría,
En que al verte, tierra mía,
Se agita mi corazón?

No es un sueño vaporoso,
Ni una creación ideal,
Ver como se alza grandioso
El imponente coloso
De tu bella Catedral,

Allá están tus altos montes,
Por do arrastra el sol poniente
Esa cauda refulgente
Que tiñe los horizontes
De gualda y carmin luciente.

Allí en tus pequeños lagos
Que el limpio cielo retratan,
De la brisa á los halagos

Se escuchan murmurios vagos
Que en el valle se dilatan.

Y en la llanura espaciosa
Que riega el Lerma cansado,
Miro tu alfombra vistosa
Do crece la blanca rosa
Con el girasol pintado.

Los fresnos se alzan erguidos
De tus bosques seculares!...
¡Salud, árboles queridos,
Que escuchasteis los sonidos
De mis primeros cantares!

Bajo esa verde enramada
Y entre el bello caserío,
Busca inquieta la mirada
Aquella quinta adorada
Que fué un tiempo el hogar mío.

En ella mis dulces horas,
Cuando era inocente niño,
Volaron encantadoras,
Y las alas protectoras
Vi del paternal cariño.

Mas ¡ah! que te miro al fin,
Idolatrada mansión;
Y de tu huerta al confín,
Encuentro el mismo jardín
Que amaba mi corazón.

Y las fuentes cristalinas
Que en cambiantes surtidores,

Riegan flores purpurinas,
Perfumadas clavellinas
Y geranios de colores.

Los bronces oigo sonar
Del alegre campanario
Que allá miro blanquear,
Y que convidan á orar
En el vecino santuario.

¡Cuán grata melancolía
De mi pecho se apodera!
Y de la memoria mía,
Ayl no se borra aquel día,
De mi juventud primera,

En que á ese templo sagrado
Con mi tierna madre fuí,
Y su rostro idolatrado
Por largo tiempo bañado
De amargas lágrimas ví.

Era que en breve á partir
Iba yo á tierra distante;
Y en su profundo sufrir
Pensaba en mi porvenir
Con solicitud amante.

Y en su triste desconsuelo,
A la madre del Señor
Pedia con santo anhelo
Volviese al nativo suelo
El objeto de su amor.

Tu ardiente voto acogido

Fué, madre, por mi fortuna,
Y como el ave á su nido
Ya torno al suelo querido
Donde se mecíó mi cuna.

Se acerca el feliz momento
Que tanto en mis sueños ví:
Tras dos años de tormento,
Vuelvo á la paz, al contento,
Que no hallé léjos de tí.

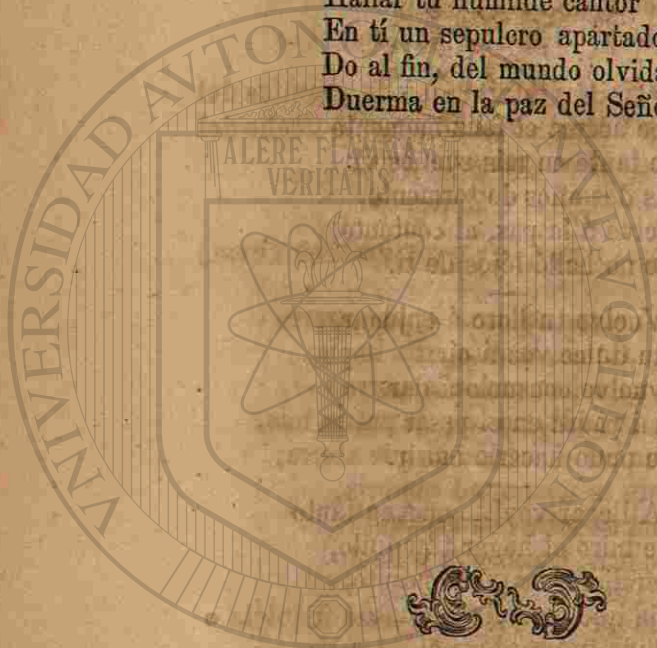
Vuelvo tu lloro á enjugar,
Y tu dulce voz á oír;
Y vuelvo consuelo á dar
A mi padre en el pesar
Que pudo hacerle morir.

A llegar voy!... mas en tanto
Que miro el hogar tranquilo,
¡Morelia, tierra de encanto,
Deja que en sencillo canto
Salude tu grato asilo!

Y mientras el sol declina
Su tibia apacible llama,
Tras la montaña vecina,
Goce yo en esta colina
De tu hermoso panorama.

Ah! que de aquesa lumbrera
Que vierte en dulce desmayo
Su luz pura y hechicera,
Un dia por vez postrera,
Veré el encendido rayo...

Pueda entónces, suelo amado,
Hallar tu humilde cantor
En tí un sepulero apartado,
Do al fin, del mundo olvidado,
Duerma en la paz del Señor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CÓRDOBA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POESIA

leída en la solemne distribucion de premios del
Colegio de San Ildefonso de México, la noche del
12 de Noviembre de 1859.

(A MI QUERIDO MAESTRO Y AMIGO EL SR. LIC. D. TOMAS SIERRA Y ROSSO.)

Provocó entre nosotros cruda guerra
Su frente alzando la discordia impía:
Y al eco del cañon cruge la tierra
De uno á otro extremo de la patria mia.
Se oye zumbiar el vendabal que aterra;
Vecina está la tempestad sombría,
Y doquiera se mira con espanto
Sangre no mas, desolacion y llanto.

Si busca en ese cuadro el alma inquieta
Un consuelo al dolor que la avasalla
Y con su férrea mano la sujeta;
Ese consuelo en los acentos halla
Del arpa vibradora del poeta,
Que de las armas el estruendo acalla;
Y guardando en su pecho la creencia
Viene á cantar las glorias de la ciencia.

Hay una virgen por quien yo deliro
Una tierna beldad á quien adoro:
En mis ensueños sin cesar la miro,

Y su sonrisa enajenado imploro.
 Al escuchar mi lánguido suspiro,
 De mi vista se aparta aquel tesoro
 De gracia y perfeccion; y alzando el vuelo,
 Rauda se pierde en el zafir del cielo.

Esa blanca vision que me fascina
 Y no deja un instante mi memoria,
 Es la deidad ante la cual inclina
 Su noble frente la severa historia.
 Un ángel que á los pueblos ilumina
 Y que bien lo sabeis, se llama gloria:
 La gloria del saber, del pensamiento
 Que en el trono de Dios fijó su asiento.

¡Oh! por ella de un polo al otro polo
 Los inmortales nombres aun resuenan
 De esos hombres de Grecia, hijos de Apolo,
 Que con su canto el universo llenan.
 Alzase un orador inerme, solo,
 Y sus palabras que cual rayo truenan,
 Allá en la patria del cantor de Edipo
 Humillan la arrogancia de Filipo.

Por ella ciñe fúlgida aureola
 La frente del dulcísimo Mantuano;
 Y el grave Ciceron por ella sola
 El oráculo fuera del romano.
 El tiempo audaz á su furor inmola
 Generaciones mil; mas siempre en vano
 Pretendiera en el polvo del olvido
 El genio sepultar esclarecido.

Ved un imperio colosal que al mundo
 Entero sujetó bajo su planta:
 Un pueblo rey que con valor profundo
 Por doquier que sus pasos adelanta
 Se proclama en la lucha sin segundo
 Y en todas partes la victoria canta:
 Mas envuelto en el caos del paganismo
 Ese gigante marcha hácia el abismo.

En oscuro rincon de la Judea
 Un hombre se levanta, y en su frente
 Se vé brillar la luminosa idea
 Que ha de salvar la raza delincuente.
 No con armas ni ejércitos pelea;
 Habla tan solo, y á su voz potente
 El antiguo edificio se desploma,
 Y erguida se alza la cristiana Roma.

Faro de eterna luz y bienandanza,
 Del Gólgota sangriento en la colina,
 Signo de paz, emblema de esperanza,
 Apareció la religion divina.
 Por donde quiera que su influjo alcanza
 Las ciencias y las artes ilumina:
 Que en la augusta verdad siempre fecunda
 La civilizacion solo se funda.

A su fulgor los pueblos despertaron;
 Dieron vuelo á su noble pensamiento,
 Y mil genios y mil se levantaron
 De fe sagrada al poderoso aliento.
 Las religiosas cántigas sonaron;
 Del cristiano orador, se oyó el acento;

Y en el santuario el inspirado artista
Eterno lauro con afan conquista.

El alma tiende ansiosa la mirada
Al traves de los siglos y las glorias
Recorre atenta de la edad pasada;
Evocando gratísimas memorias,
Cuando del polvo de la tumba helada
Oye el eco salir de las victorias
Que en las heróicas y sangrientas lides
Alcanzaron cristianos adalides.

De la Europa se ven una tras una
Las huestes formidables que al Oriente,
Contra el Imperio de la media luna,
Se lanzan como rápido torrente.
De la sublime Redencion la cuna
Huellan los piés de musulmana gente;
Y opresa gime la sagrada tierra
Que el gran sepulcro de Jesus encierra.

Los bravos de San Luis, de Godofrope
Y de otros cien ilustres campeones
Cuyos nombres al turco infunden miedo,
Llenos de fé los grandes corazones,
Se adelentan y luchan con denuedo,
Y venciendo fortísimas legiones,
Se ve por fin de Cristo la bandera
Que allá en los muros de Salen impera.

Vuélvese á tí la vista, noble España:
Tras de siete centurias de horror llenas,
En que te oprimen con sangrienta saña

Las poderosas armas agarenas;
Del Católico Rey la heróica hazaña
De quebrantar acaba tus cadenas,
Con pasmo de la gente granadina
Que del Moro contempla la ruina.

La paz florece en tí; mas no desmaya
El ardiente entusiasmo del guerrero,
Que va á buscar en extranjera playa
Con quien medir su fulminante acero.
Ya nadie puede mantener á raya
Su indómito valor; y altivo, fiero,
Desde Italia á las costas africanas
La fama lleva y glorias castellanias.

Del inmortal Colon sigue la huella
El ínclito Cortes que en su osadía
La mas rica nacion y la mas bella
Somete al yugo de la Iberia un dia.
Y cual radiante matinal estrella
El velo rompe de la noche umbría,
Así de Anáhuac en la sombra oscura
La luz eterna de la fé fulgura.

De dulce paz en el tranquilo seno
El genio bienhechor sus alas tiende,
Y en el espacio azul, puro y sereno
Como el águila altiva el aire hiende.
De inspiraciones celestiales lleno,
Sobre la hermosa México descende,
Y de la ciencia al resplandor divino
Le muestra su magnífico destino.

¡La ciencia, oh juventud, cuyas lecciones
 Dulcifican las penas de la vida!
 La ciencia que modera las pasiones
 Con la justicia y la verdad unida;
 Y que ilustrando bárbaras naciones
 Do el monstruo del error hace guarida,
 Las conduce con mágica presteza
 A la alta cumbre de inmortal grandeza.

¡Jóvenes compañeros! ¿en el alma
 No sentís, como yo, dulce alegría,
 Al recibir la inmarcesible palma
 Que la amante Minerva nos envía?
 Cercano está de apetecible calma
 Para vosotros el dichoso día,
 En que la patria entristecida os llame
 Y vuestro apoyo con afán reclame.

El tiempo sigue su veloz carrera;
 Mas vuestros nombres guardará la historia,
 Y como el sol en la encumbrada esfera
 Destellará sublime vuestra gloria.
 Seguid vuestro camino, y á doquiera
 Que el destino os conduzca, mi memoria
 Unid á vuestro nombre esclarecido
 Para salvarla del eterno olvido.



EL PORVENIR.

(A ANGELA FERNANDEZ.)

A orillas de ese lago silencioso,
 Do su luz melancólica refleja
 El astro de la noche misterioso
 Que en lento curso el horizonte deja:
 Al pié de ese castillo ruinoso
 Donde viene á morir la triste queja
 Del manso viento, que cruzando leve
 Riza las ondas y las flores mueve:

A solas con los árboles gigantes
 De ese bosque fantástico y sombrío,
 Con esos torriones vacilantes,
 Emblema del humano poderío;
 Mas allá de los astros rutilantes
 Quiero elevar el pensamiento mio,
 Que en vano busca en el mezquino suelo
 La fuente inagotable del consuelo.

¡Oh genio de la noche, cuánto adora
 Tu incomprensible encanto el alma mia!...
 Mensajero de calma bienhechora,
 Que á quitar la mortal melancolía
 De la region descienes, donde mora
 El Dios Omnipotente que te envía:

Ven, y en la soledad pueda tu acento
Moderar mi profundo sufrimiento!

Aquí en la soledad apetecida,
Donde el suspiro de la brisa errante
Me parece la voz grata y querida
De la santa mujer que ni un instante
De mi afligido corazón se olvida;
Hierre mi oído el eco sollozante
De la voz de una madre, que á su hijo
Dos años hace que al partir bendijo.

¡Aquí en la soledad!... porque las flores
Que recogen sus tímidas corolas;
Del lago trasparente los rumores
Que al opuesto confín llevan las olas;
Y la luna que vierte sus fulgores
Sobre esas torres tétricas y solas,
Todo me habla un lenguaje de esperanza
Que mi razón á comprender no alcanza.

¡Ay! en medio del mundo bullicioso
Donde risueña juventud delira,
Yo no puedo encontrar aquel reposo
Porque incesante el corazón suspira:
Que todo en ese piélago sañoso
Presas es del viento que alza la mentira,
Y las blancas visiones que aparecen
Cual la espuma del mar se desvanecen.

Yo era feliz al despuntar la aurora
De mi edad juvenil; porque soñando

Con hermosos fantasmas cada hora,
Las cuerdas de mi cítara pulsando,
Mandé á los vientos mi canción sonora;
Y en sus alas volvióse el eco blando
De la fuente, del bosque y la llanura,
Diciendo como yo: ¡paz y ventura!

Recuerdo que una tarde en Occidente
Ví un celaje de púrpura teñido
Por los rayos del sol, cuando su frente
Hubo tras las montañas escondido.
Latió de gozo el corazón ardiente,
Y dije, de entusiasmo conmovido:
"Como esa nube que gentil descuella,
Tal es mi porvenir, mi vida es bella."

Mas después otras nubes se agruparon
En torno del celaje, y lo absorbieron;
Y en confuso tropel se abalanzaron,
Y aquel vasto horizonte ennegrecieron.
Mil siniestros relámpagos brillaron,
Los montes con fragor se estremecieron...
Y clamé, con el alma entristecida:
"Tal es mi porvenir, hé aquí mi vida."

¡Oh madre! ¡cuántas veces me dijiste
Amorosa estrechándome en tu seno:
"En el desierto de la vida triste
Verás un porvenir de sombras lleno;
Mas acuérdate siempre que naciste
Para adorar el nombre del Dios bueno,

Y que tus amarguras y las mias
Han de trocarse en santas alegrías!"

¡Quién me diera surcar en ráudo vuelo
El anchuroso espacio, y á tu lado
Pedirte, oh madre, en mi afliccion consuelo
Para vivir al ménos resignado!
¡Por qué el destino me arrancó del suelo
Donde tu dulce amor he disfrutado?
¡Ay! ¿dónde están del maternal cariño
Los besos que sentí cuando era niño?

Sólo en el mundo, la existencia sigo
Como cruza la errante golondrina
Que en extranjero hogar busca un abrigo
Y no lo halla tal vez la peregrina!.....
En esta soledad, mudo testigo
De que á tí mi recuerdo se encamina,
Son, madre, tus palabras mi consuelo:
"¡Hijo, tu porvenir está en el cielo!"



A MI QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO,

EL SR.

LIC. DON ANTONIO MORAN.

Si alguna vez con entusiasmo ardiente
Quiso el vuelo tender arrebatada
Mi débil fantasía;
Y á la cumbre sagrada
Del Olimpo llegar, do el bello coro
En inefable cántico sonoro
Inspira la sublime poësia:
Y si de gloria en mi agitado sueño
Alguna vez para ceñir mi frente
Con laurel inmortal, formé atrevido
El temerario empeño
De hacer dar á mi lira el son valiente
De la lira de Pindaro divino,
O el de la que tañera el Venusino
Dejando absorta á la romana gente;
Es hoy, que cantar quiero
De tu amistad dulcísima el encanto;
Hoy que alta gratitud mi labio mueve,
Y que este afecto santo
Que mi sensible corazon commueve,
Decir quisiera, con afan profundo,
En un idioma que admirase el mundo.

Y que tus amarguras y las mias
Han de trocarse en santas alegrías!"

¡Quién me diera surcar en ráudo vuelo
El anchuroso espacio, y á tu lado
Pedirte, oh madre, en mi afliccion consuelo
Para vivir al ménos resignado!
¡Por qué el destino me arrancó del suelo
Donde tu dulce amor he disfrutado?
¡Ay! ¿dónde están del maternal cariño
Los besos que sentí cuando era niño?

Sólo en el mundo, la existencia sigo
Como cruza la errante golondrina
Que en extranjero hogar busca un abrigo
Y no lo halla tal vez la peregrina!.....
En esta soledad, mudo testigo
De que á tí mi recuerdo se encamina,
Son, madre, tus palabras mi consuelo:
"¡Hijo, tu porvenir está en el cielo!"



A MI QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO,

EL SR.

LIC. DON ANTONIO MORAN.

Si alguna vez con entusiasmo ardiente
Quiso el vuelo tender arrebatada
Mi débil fantasía;
Y á la cumbre sagrada
Del Olimpo llegar, do el bello coro
En inefable cántico sonoro
Inspira la sublime poésia:
Y si de gloria en mi agitado sueño
Alguna vez para ceñir mi frente
Con laurel inmortal, formé atrevido
El temerario empeño
De hacer dar á mi lira el son valiente
De la lira de Píndaro divino,
O el de la que tañera el Venusino
Dejando absorta á la romana gente;
Es hoy, que cantar quiero
De tu amistad dulcísima el encanto;
Hoy que alta gratitud mi labio mueve,
Y que este afecto santo
Que mi sensible corazon commueve,
Decir quisiera, con afan profundo,
En un idioma que admirase el mundo.

Mas ¡ay! delirios son del alma inquieta
 Que á límites estrechos reducida,
 Quiere romper de su ignorancia el velo:
 Ensueños del poeta
 Que en pos de una region desconocida
 Desatinado vaga,
 Sin llegar nunca á su encantado suelo!

Era el primer albor de la mañana
 De mi risueña juventud; la brisa
 Primera del Abril, con blando aliento
 Daba caricias á la flor galana
 De aquella edad temprana,
 Tan pura y hechicera
 Cual de una casta virgen la sonrisa.

Y era el paterno hogar, hogar querido
 Que en la arboleda umbrosa
 Junto á la cual se mira reclinada
 Nuestra Morelia hermosa,
 Se distinguia allá como perdido
 Entre el follaje de los olmos frescos
 Y á la sombra de fresnos gigantescos,
 Cuya inmortal verdura
 Hacía resaltar de mi morada
 La sencilla apariencia y la blancura.

Como el pájaro errante que se aleja
 Otro clima buscando y otro cielo,
 Y en alta torre ó corpulenta encina,
 De las nubes vecina,
 Detiene á veces su cansado vuelo,
 Y en lastimera queja

Lanza un adios de amargo desconsuelo
 Al nido amado que por siempre deja:
 O como el atrevido
 Marinero, que el ancho mar surcando
 En la veloce nave, distraído
 Con las memorias que su pecho encierra,
 Al afan incesante no resiste
 De volver á la tierra
 Una mirada triste,
 Hasta que al fin se pierde en lontananza,
 Como se pierde la última esperanza;
 Así yo de continuo el pensamiento
 Con indecible anhelo y con tristeza
 Torno á la tierra para mí querida,
 Do lleno de contento
 Pasar ví con presteza
 Los mas floridos años de mi vida.

Perdona ¡oh caro amigo! si en recuerdo
 Tan dulce para el alma,
 Tu amistad al cantar, me engolfo y pierdo;
 En ese Eden risueño,
 En esa edad de venturosa calma
 Que huyó á mis ojos cual dorado sueño.
 Pero de esa amistad la tierna historia
 Que guardo con afan porque es mi gloria;
 La profunda, la noble simpatía
 Que en pos de tí me lleva irresistible,
 A tan bella memoria
 Unida va con lazo tan estrecho,
 Cual los hondos suspiros de mi pecho
 A la memoria de la madre mia.

¡Mi madre!...sí!...;recuerdas aquel ángel
 Modelo de virtud y de ternura,
 Cuya serena frente
 No abatieron jamás los huracanes
 De la más espantosa desventura;
 Y cuyos labios siempre sonriendo,
 Siempre la dicha y el amor cantando,
 Ocultaban al mundo
 Que estaba el pobre corazón sangrando
 De la fuerte mujer que iba muriendo?

¡Ella! la dulce prenda de mi vida,
 Fué quien con santo y maternal cariño,
 Al ver lucir de la razón la aurora
 En mi cielo purísimo de niño,
 Descubrióme el secreto
 De aquella caridad que tu empleabas
 Y del mundo á los ojos escondías;
 Y ella enseñóme desde aquellos días
 A pronunciar tu nombre con respeto.

“Porque ese nombre, díjome, que brilla
 Cual la luz del lucero misterioso,
 Es el nombre de un sér que acá en la tierra
 De Dios la providencia colocara,
 Justo haciéndole, sabio y amoroso,
 Para que en su camino derramara
 El gérmen puro que su pecho encierra.
 Sé tú justo y prudente cual ese hombre
 Y acaso un día ensalzarán tu nombre.”

¡Y yo te amé! del maternal consejo
 Siempre el eco en mi oído resonando,

Pasé aquel tiempo sin cesar pensando
 No en ser de tus virtudes el reflejo,
 Que eso fuera querer la humilde planta
 Elevarse atrevida
 Como el gigante cedro se levanta:
 Sino en gozar de tu amistad querida;
 En que viviesen una propia vida
 Estos nuestros sensibles corazones,
 Unidos para siempre
 Cual dos inquebrantables eslabones.

Y el alto cielo, de mi afán testigo,
 Oyó por fin mi silencioso ruego:
 Y un día hermoso, alegre, como el día
 En que á su padre encuentra
 El hijo que ántes no le conocía,
 Tu placentera voz me llamó amigo,
 En cariñosa muestra
 Tu diestra mano al estrechar mi diestra...
 ¡Momento el más feliz, yo te bendigo!

Desde entónces te sigo por doquiera
 Como al sabio Mentor que ilustra mi alma,
 Y en tu alta ciencia, y en tu fe sincera,
 En tu doctrina y tu moral severa
 Mi espíritu reposa,
 Como el bajel cuando en la mar hay calma,
 O como el fatigado peregrino
 Sentado al pie de sombreadora palma.

Cuando acerbo pesar me rasga el seno,
 En su profunda herida
 Derramando mortífero veneno,

Tú, con el alma de dolor transida
 Y bañada la faz en tierno llanto,
 Doquiera que yo estoy vas en mi duelo
 El bálsamo á llevarme del consuelo
 Y á calmar mi quebranto.
 Y cuando alegre en las serenas horas
 Ves retratado el júbilo en mi frente,
 Y oyes mi voz ardiente
 Que al compás de las músicas sonoras
 Canta el placer, los cándidos amores,
 La luz del firmamento, de las flores
 La embriagadora esencia,
 Y la esperanza que tranquila brilla
 Como el radiante sol de la existencia;
 También entónces oigo tu suspiro;
 Tus lágrimas también entónces miro:
 Pero es que el noble corazón se aniega
 En un piélago inmenso de ternura,
 Y tus hondos suspiros, y tu llanto
 Votos que elevas son al cielo santo
 Porque no tenga fin tanta ventura!

¡Y siempre así! Mil veces te he mirado
 En encumbrado asiento,
 A mi patria rindiéndole el tributo
 De tu claro talento:
 Ora dictando bienhechoras leyes,
 Ora de Themis conteniendo airada
 La vengadora espada;
 Ora creando con violencia suma
 Las bellas obras de tu docta pluma,
 O bien trazando su inmortal destino
 A aquesa tierna juventud amada.

Y no el orgullo insano
 Sombría puso tu serena frente;
 Ni de lisonja vil el humo vano
 Ofuscó entónces tu elevada mente;
 Que siempre afable, cariñoso, bueno,
 De modestia sin par, de virtud lleno,
 Amante y fiel amigo
 No dejaste de ser jamas conmigo.

.....
 ¡Feliz mil veces yo! Bendito el cielo
 Que hoy, en tu hogar querido,
 Pagar tu afecto así me ha concedido,
 Que largo tiempo fué mi ardiente anhelo!
 No es digna á fe de tu amistad la ofrenda;
 Pero es la única prenda,
 Que pudiera ofrecerte,
 Quien lleno de emoción y de ternura
 Dice que es pobre su amistad, mas jura
 Que solo acabaráse con la muerte.

Perdona mi soberbia, y pueda yo, Dios mio,
A tus excelsas glorias mi cántico entonar.

A tu poder sublime que majestuoso brilla
En las hinchadas olas que empuja el huracan,
Y que con un estrépito que aterra y maravilla
Tu formidable acento reproduciendo van.

Así resplandecía tu sabia Omnipotencia
Cuando ántes de que fuese la bella creacion,
De tu divino espíritu la inescrutable esencia
Del insondable abismo cruzaba la region.

Así tambien brillara terrible y vengadora
Cuando del negro crimen la copa rebosó,
Y enviaste de tus aguas la mole destructora
Que á la culpada tierra con furia castigó.

Así tambien mostraste tu cólera potente
Cuando en el hondo seno del entreabierto mar
Al orgulloso egipcio, sus carros y su gente
Con tu divino soplo te plugo sepultar.

Incomprensible Númen! al ver el oleaje
Que tu impetuoso aliento hace á mis pies hervir,
Se doblan mis rodillas, y no hallo en qué lenguaje
Tu sacra Omnipotencia pudiera bendecir!

Por eso me contento con escribir tu nombre
En las riberas húmedas que estático me ven
Pensando en los portentos que hiciste para el hombre
Y que doquier reflejan tu soberano Bien.

¡Y el hombre, que al espacio como el condor se
lanza,
Que burla de los mares el sin igual furor,
Que en las remotas nubes á sorprender alcanza
El escondido gérmen del rayo destructor;

El hombre, que atrevido revuelve las entrañas
En que la avara tierra tesoros guarda mil;
Que del vapor en alas salvando las montañas
Atras deja á las águilas y al céfiro sutil;

El hombre á quien dotaste, Señor, de inteligencia,
De corazon sensible, de noble libertad,
Desprecia los destellos de tu divina esencia,
Y niega su alto origen, y olvida tu bondad!

¡Oh Dios! al fin ya brota la reprimida vena
Del llanto que sofoca mi ardiente corazon;
Y riego con mis lágrimas la movediza arena
Desde la cual escucho del mar el ronco son.

¡Océano proceloso! estupefacto y mudo
Me es grato aquí las horas brevísimas pasar.
La inspiracion me agita!...de nuevo te saludo,
Y nunca de tus playas quisiérame apartar!

Tus playas, que otro tiempo la heróica hazaña
vieron
Del Extremeño Hernando, del semi-dios Cortés,
Cuando cenizas tristes las naves se volvieron
Porque brotase un fénix magnífico despues.

Tus playas, que aun recuerdan las glorias espa-
ñolas

En esos viejos muros, y en el castillo aquel
Que está como un gigante jugando con las olas
Que cual marinos monstruos le asaltan en tropel.

Tus playas, que con sangre de bravos mejicanos
Y de insolentes galos llegaronse á teñir;
Tus playas en que tantos cadáveres de hermanos
De pasto de tus peces vinieron á servir.

Cuando por fin recobres, oh mar, tu dulce calma,
De nuevo á contemplarte con ansia tornaré:
Así los mansos vientos devuelvan á mi alma
La paz que pido al cielo con ardorosa fe.

MI DESTINO.

(A CARLOS TAGLE.)

SONETO.

De nuevo, Cárlos, mi bajel se lanza
Al agitado mar de mi destino:
De nuevo cual errante peregrino
Buscando voy el puerto de bonanza.

¡Cuántas veces he visto en lontananza
Brillar un faro de esplendor divino:
Y cuántas, ay, se pierde en mi camino
Esa bella ilusión de mi esperanza!

De mi vida la dulce primavera
Huyó como el aroma de sus flores,
Como los sueños de la edad primera.

Tú, que aun puedes gozar de sus primores
Vive, Cárlos, feliz; ama y espera,
En tanto yo sucumbo á mis dolores.

EN UNA SELVA.

(A CARLOS GALLARDO.)

SONETO.

¡Salve otra vez á tí, selva callada,
Cuyo grato silencio apetecido
Es sólo por el aura interrumpido
Y el eco del arroyo en la cañada!

¡Salve otra vez!.... Absorta la mirada
Descubre el roble secular, erguido,
A cuya sombra resonó en mi oído
El dulcísimo acento de mi amada.

También entónces la argentada luna
Te alumbraba cual hoy, bosque sombrío,
Mudo testigo de mi dicha y gloria.

Hoy lo eres sólo de mi cruel fortuna,
Y del llanto que brota el pecho mio
De un amor infeliz á la memoria.

LA NOCHE.

(A JUAN N. TERCERO.)

SONETO.

Consuelo del dolor, noche sombría,
Ven á cubrirme con tu negro manto,
Y entre sus pliegues se sepulte el llanto
Que me impide verter la luz del día.

¡Oh noche sosegada! el alma mía
Al contemplar tu funerario encanto,
¡Con qué firme esperanza al cielo santo
Demanda compasion en su agonía!

Aun jóven soy, y ya se deshicieron
De mi vida las rosas purpurinas
Que al sol fecundo del abril nacieron!...

¡Oh noche, con tus sombras me fascinas:
Que si mis flores deshojadas fueron,
Tú me ocultas al ménos las espinas!

GRATITUD.

(A MI BUEN AMIGO EL SR. LIC. D. MIGUEL MARTINEZ.)

SONETO.

A la orilla de un límpido arroyuelo
Que cruza por la vega mas florida,
Con una yedra de su troneo asida
Ví un olmo alzarse magestuoso al cielo.

Y en la ancha sombra con que da consuelo
Su copa por el céfiro mecida,
Tiernas plantas viviendo de su vida
Bellas crecian esmaltando el suelo.

“¡Arbol, dije yo entónces, que frondoso
Me prestas de tu sombra la frescura
En las horas del Mayo caluroso!

Así te preste el sol su lumbré pura,
Y no destruya el huracan sañoso
Tus plantas, y tu yedra y tu hermosura.”

RECUERDOS.

(A FRANCISCO BELAUNZARAN.)

Si es la amistad el bálsamo sagrado
Que mitiga las penas de la vida;
El astro bienhechor que nos consuela,
La flor mas pura que su aroma brinda;
Yo quiero consagrar mi pobre canto
A la dulce amistad, pues ella inspira
Ese afecto sublime que no turba
Vil interes que al corazon domina.

¡Cuántas veces, amigo, en pos vagando
De un alma ardiente como el alma mia,
Encontré una mujer tan hechicera
Cual la fragante rosa purpurina,
Que juraba quererme hasta la tumba,
Desplegando sus pérfidas sonrisas!
Y ¡qué fué de su amor? Cual suele el viento
Arrebatár las fráguiles aristas,
Así tambien llevó sobre sus alas
Las bellas frases de una fe mentida,
Y el viento consumió tan vivo fuego
Dejando solo al corazon cenizas.

Yo quiero un sentimiento noble, grande,
Busco un cariño que jamas se extinga;
Que á doquiera que voy conmigo vaya
Cuando la suerte próspera me siga,

Y que cuando las penas me anonaden,
A mi alma triste de consuelo sirva.

Ven á mi lado, ven, querido amigo:
Hoy que la tempestad enfurecida
Rebramando en el cielo de mi patria
A escombros amenaza reducirla:
Hoy que errantes los dos nos encontramos
Cual náufragos en playa bendecida,
Léjos, muy léjos del hermoso suelo
Do mi madre por mí llora y suspira
Y tu jóven esposa desolada
Te busca en vano con turbada vista;
Ven á evocar dulcísimos recuerdos
De aquella época fausta de la vida,
En que juntos tambien hemos pasado
Nuestras rápidas horas de alegría:
Ven, que es muy grato al corazon que sufre
Vivir soñando con pasadas dichas.

Hay un lugar bellísimo. ¿Recuerdas?...
Del vasto Michoacan al mediodía,
No léjos de la cuna de aquel héroe
Que diónos patria y sucumbió en Padilla,
Circundado de altísimas montañas
Donde á las tempestades desafían
Los pinos gigantesco, impregnando
De grato olor las auras fugitivas;
Se vé un hermoso pueblo que descansa
Al pié de fertilísima colina,
Sobre una alfombra de silvestres flores
Cuyo nombre la ciencia aun no averigua.
No de otro modo en oriental palacio

El sultan indolente se reclina
Sobre divanes que su lujo forma
De las telas de Persia y de Turquía.

De la Sierra á torrentes se desata
El manantial del agua cristalina,
Y formando cascadas y arroyuelos
De caprichosos giros, se desliza
Hasta el fondo del valle, produciendo
Vegetacion exhuberante y rica.
Allí son de admirar aquellos bosques
En cuyos senos vírgenes anidan
Especies mil de raros animales
Que la atencion suspenden: allí trinan
A todas horas primorosas aves
De plumaje hermosísimo vestidas,
Y se escuchan tan mágicos conciertos,
Se oyen tan delicadas armonías,
Que de inefable encanto el alma llena
La triste historia del dolor olvida.

Al traves de las bóvedas espesas
Que con su sombra á descansar convidan,
No llega á importunar un solo rayo
Del sol abrasador del medio dia:
Y el hombre puede sin penoso esfuerzo
Los frutos recoger que allí le brindan
Los naranjos y verdes platanares,
Las palmeras altísimas y erguidas,
Los manzanos y frescos limoneros
Que llenan de azahar las leves brisas.

¡Oh, qué bello es el vasto panorama

De esos remotos y variados climas
 Donde brotan las cañas mas sabrosas
 Y ceden á su peso las espigas!
 Está la creación con sus encantos
 En esa tierra del Señor bendita
 Que es de su mano el juego mas precioso
 Y de Anáhuac la joya mas querida.
 Si existió alguna vez la edad dorada
 Por la que el hombre con afán suspira,
 Nuestros padres quizá la disfrutaron
 En aquella mansion de las delicias.

Era una tarde diáfana, serena:
 Entre celages de púrpura tinta
 Tras los alzados montes al Ocaso
 El sol tranquilamente descendia.
 Era la hora sublime en que se agolpan
 Y cual las olas de la mar se agitan
 Mil y mil pensamientos en el alma
 Que al porvenir incierto se encaminan.
 Confundidos con plácidas memorias
 De los primeros años de la vida,
 ¿Recuerdas que los dos de una montaña
 Nos colocamos en el ancha cima
 Para gozar del seductor paisaje
 Que en el valle á la vista se ofrecia?
 Comenzaba el crepúsculo apacible
 A bañar con su luz lánguida y tibia
 Las enriscadas cumbres y las selvas,
 El verde llano y la feraz colina.
 De las humildes y lejanas chozas
 Las hogueras al cielo despedian
 Blancas columnas de humo que á perderse

Iban presto, cual breves se disipan
 Las gratas ilusiones que formara
 Del poeta la ardiente fantasía.

¡Cuán envidiable, amigo, pareciónos
 La existencia pacífica y tranquila
 De aquellas buenas gentes, comparada
 Con las amargas horas de agonía,
 Que también á los dos nos oprimieron
 En una sociedad tan corrompida!
 Los verjeles risueños de la falda
 Sus primorosas galas extendian,
 Llenos de frutos, pájaros y flores,
 Cifñendo aquella silenciosa villa,
 Como cifne la frente de una reina
 La diadema de joyas esquisitas.

En medio de la cima de aquel monte
 Una cruz de madera se veía,
 Signo de paz, emblema misterioso
 De nuestra augusta religion divina.
 A su sombra benéfica sentados,
 Admirando de Dios las maravillas
 Y refrescados por el dulce aliento
 De la lijera perfumada brisa;
 Hablamos de los males de la patria,
 De esta patria infeliz tan bella y rica
 Cual ninguna nacion, y cual ninguna
 Modelo de infortunios y desdichas.
 Henchido el corazon de amarga pena,
 Recordamos allí las negras iras,
 La insaciable ambicion, el furor ciego,
 Los crímenes sin cuento y las perfidias

Que la discordia con terrible encono
 En mejicanos pechos ¡ay! suscita.
 Al triste porvenir que nos aguarda
 Dirijimos entónces nuestra vista
 Y temblamos de vernos sojuzgados
 En un infausto y ya cercano día
 Por la furia de algun aventurero
 Que inflamando las luchas fraticidas,
 Hará que acabe el nombre mejicano
 Cuando el sello de esclavos nos imprima!...

Dejo aquí de cantar, querido amigo,
 Que no puede tocarse la honda herida
 De nuestra pobre patria, sin que el alma
 Al pesar mas profundo no se rinda.
 ¡Que Dios en sus magníficas bondades
 Nos conceda mirarla en bello día,
 Con verdadera libertad marchando
 Al sólido progreso y á la dicha!

A MI AMADO MAESTRO Y AMIGO,

EL SR. CURA

D. J. M. IZQUIERDO Y REYES.

SONETO.

Siguiendo de Jesus la santa huella,
 Humilde escondes del soberbio mundo
 Altas virtudes y saber profundo
 Con que el Señor dotara tu alma bella.

Al escuchar tu voz, cobarde sella
 El genio del error su labio inmundo;
 Que es tu elocuencia manantial fecundo;
 Frutos de bendicion nacen con ella.

Por esa senda caminando un día,
 A la cristiana juventud contemplo,
 Firme esperanza de la patria mia.

Mas en tanto que imita el noble ejemplo,
 Sé tú su apoyo y su esplendente guía,
 ¡Digno ministro del augusto templo!

LA PRIMAVERA.

(A FILOMENA NEVE Y LABASTIDA.)

Ya el sol radiante
De primavera
Por el Oriente
Su faz eleva,
Y alegre dora
Las altas sierras,
Los frescos valles
Y las praderas.

Las lindas flores
Se abren risueñas;
Las blandas auras
Suspiran tiernas;
Y en dulces notas
Su amor demuestran
Lasavecillas
De la arboleda.

Sobre las aguas
Mansas y quietas
De aquellos lagos
Que al sol reflejan,
Del viento en alas
Sonoras llegan
Hasta la orilla
Las cantilenas
De algun remero

Que ansiada pesca
Entre las ondas
Hallar espera.

Mugientes voces
El valle atruenan
Plácido y fértil
En donde ostenta
México hermosa,
La indiana reina,
Las ricas flores
De su diadema.

¡Qué indescriptible
Cuadro presenta
La engalanada
Naturaleza!...

Venid al campo
Donde os esperan
Sencillos goces
Que el alma llenan
De dulce encanto;
Do las bellezas
Con que allí brinda
La primavera,
Hacen que el hombre
La vista tienda
Por esa limpia
Y azul esfera.

Al trono augusto
Donde se asienta
Quien ha formado

Cosas tan bellas,
 Eleva amante
 Con fé sincera
 Himnos de gracias
 Que al cielo llegan
 Cual los aromas
 De las florestas,
 Incienso puro
 De grata ofrenda.

Rápidas, niños,
 Las horas vuelan
 De aquesa infancia
 Tan hechicera;
 Y vánse presto,
 Vánse con ellas
 Las dulces risas
 Y placenteras,
 Los juegos lindos
 De la inocencia!
 Hoy que no anubla
 La amarga pena
 Vuestra alba frente
 Límpida y tersa,
 Y en vuestros ojos
 La luz destella,
 Como el sol claro
 De primavera;
 Gozad, oh niños,
 De las bellezas
 Con que en los campos
 Ora se muestra,
 Como vosotros

Grata y risueña,
 La engalanada
 Naturaleza.

Gozad!...que el tiempo
 Rápido vuela
 Como las brisas
 Que vagan ledas;
 Y si ellas tornan
 A la pradera
 Ay! nunca vuelven
 De la inocencia
 Las dulces horas
 De encanto llenas.



A RAFAEL GOMEZ.

(EN LA MUERTE DE SU HIJA MARIA.)

SONETO.

Cual roble secular que en la montaña
Al desatarse tempestad rugiente
Herido vése por el rayo ardiente
Y agitado del ábrego á la saña;

Así te miro en tu congoja extraña
Con firme pecho y levantada frente
Volver al cielo en mudo afan creciente
Los tristes ojos que el dolor empaña.

Ah! no interrumpa terrenal consuelo
El sublime silencio con que el justo
Ofrece á Dios su cáliz de amargura!

Dejadle contemplar el claro cielo
Do un ángel más ante el Señor augusto
Canta su gloria y eternal ventura.

AL ILLMO. SR. ARZOBISPO

DE MEXICO

DR. DON PELAGIO A. DE LABASTIDA,

EN SU REGRESO A LA PATRIA.

Dado, Señor, el plectro sonoro
Hoy agitar me sea,
Y con la lira acompañar gozoso
El himno que de un pecho generoso
Amor exige y gratitud desea.

Dado cantar el placentero día
En que deshecho el velo
De bramadora tempestad sombría,
Vuelve á mirar la hermosa patria mia
El limpio azul de su brillante cielo.

Que el Dios de nuestros padres, el Dios santo,
Cuya potente diestra
Alzóse airada y nos cubrió de espanto,
Piadoso enjuga nuestro acerbo llanto,
Y grande siempre en su bondad se muestra.

“Henchida está la mexicana tierra
Del ódio y la venganza:
Cuanto del uno al otro mar encierra,
Se estremece al fragor de la ímpia guerra,
Y al gemir que se escucha en la matanza.

“Cesad: que vuestros ayes de tormento
 Subieron hasta el trono
 Do está de mi justicia el alto asiento.
 Luzca la paz; mi poderoso aliento
 Confunda y venza al fratricida encono.”

Dijo el Señor; y en el instante mismo
 Su acento soberano
 Reanima el apagado patriotismo,
 Y va sobre las olas del abismo
 En que soberbio agítase el Océano.

Va á resonar allá, do se levanta
 Del mundo la Señora;
 Que si un tiempo doquier puso la planta,
 Hoy por la fé consoladora y santa
 Es del orbe tambien dominadora.

Allá, junto á las tumbas silenciosas
 Que prestan santo asilo
 A sombras mil ilustres y gloriosas,
 Cuyo alto ejemplo en voces misteriosas
 Oye el cristiano corazon tranquilo:

Allá, do el Justo y Venerable Anciano
 Y preclaros Pastores
 Hicieron con lenguaje sobrehumano
 Resonar el augusto Vaticano
 Y avivar de la fé los resplandores:

Allá, do ruge la tormenta impía
 Que con furor azota
 Los sacros muros do la Iglesia un dia

Alzaba un canto que turbar debía
 El llanto triste que su pecho brota;

Allá, digno Pastor, hiere tu oído
 La dulce voz del cielo;
 Tu noble corazon enternecido
 Encuéntrase al instante dividido
 Entre el gran Pio y tu adorado suelo.

Del Pontífice-Rey la augusta frente
 Contemplas rodéada,
 De tristeza mortal: que osada gente
 En él descarga su furor ardiente,
 La arranca el cetro, y huella su morada.

Pero triunfa el deber, y al Justo dejas;
 Lo ordena así el Dios fuerte:
 Sobrado tiempo con sentidas quejas
 El valle ensordecieron tus ovejas
 Por tí llorando y por su infausta suerte.

Desde aquel triste y pavoroso dia,
 En que por vez segunda
 Vió tu nave partir... ¡ah! ¿quién podría
 Contar sus largas horas de agonía,
 Y su pena decir grave y profunda?

Pero... ¿es verdad? ¿Tu rostro cariñoso
 Es ese que tus hijos
 Volvemos á mirar?..... ¡Oh cuán hermoso
 Alzase á disipar el sol radioso
 La noche de dolores tan prolijos!

¡Escuchásteis su voz, la voz ardiente
 Con que saluda ufano
 A la querida patria de que ausente
 Tanto tiempo se vió; por quien doliente
 Hondos suspiros exhalaba en vano?

¡Escuchásteis la voz conmovedora
 Con que ese Pastor tierno,
 Al ver la tierra que su pecho adora
 Y el fiel rebaño que en sus prados mora,
 Alaba las bondades del Eterno?

¡Pues alegres venid, y en dulce canto
 Su vuelta celebremos:
 Supla á mi voz el regocijo santo;
 Recobre el valle su perdido encanto,
 Y hosannas mil á nuestro Padre demos!



DIRECCIÓN GENERAL DE

Cancion Epitalamica.

(A MARIANO G. ARAGON Y MARIA C. BELAUNZARAN.)

Arpa querida, celestial consuelo
 Que calmas de mi vida los pesares:
 Tú, que aquel dia en que piadoso el cielo
 Me unió con la muger á quien adoro,
 Con ese arcángel de mis sueños de oro,
 Acompañaste alegre los cantares
 Con que lleno de fuego y de ternura

Celebré mi ventura
 Y de mi amor el sin igual tesoro:
 Ven, que mi pecho de placer palpita,
 Y del númen sagrado que me agita
 Arder siento la llama,

Que por mis venas rápida corriendo
 El corazon inflama.

Ven, que á pulsar tus cuerdas vibradoras
 Voy en tan bello y suspirado dia
 Que con dulces recuerdos me enagena,

Y en que mi alma llena
 De inefable y purísima alegría,
 A la region se siente trasportada
 Donde brota el raudal de poesía.

Vosotras, de la hermosa primavera
 Las nacaradas flores

¡Escuchásteis su voz, la voz ardiente
 Con que saluda ufano
 A la querida patria de que ausente
 Tanto tiempo se vió; por quien doliente
 Hondos suspiros exhalaba en vano?

¡Escuchásteis la voz conmovedora
 Con que ese Pastor tierno,
 Al ver la tierra que su pecho adora
 Y el fiel rebaño que en sus prados mora,
 Alaba las bondades del Eterno?

¡Pues alegres venid, y en dulce canto
 Su vuelta celebremos:
 Supla á mi voz el regocijo santo;
 Recobre el valle su perdido encanto,
 Y hosannas mil á nuestro Padre demos!



DIRECCIÓN GENERAL DE

Cancion Epitalamica.

(A MARIANO G. ARAGON Y MARIA C. BELAUNZARAN.)

Arpa querida, celestial consuelo
 Que calmas de mi vida los pesares:
 Tú, que aquel dia en que piadoso el cielo
 Me unió con la muger á quien adoro,
 Con ese arcángel de mis sueños de oro,
 Acompañaste alegre los cantares
 Con que lleno de fuego y de ternura

Celebré mi ventura
 Y de mi amor el sin igual tesoro:
 Ven, que mi pecho de placer palpita,
 Y del númen sagrado que me agita
 Arder siento la llama,

Que por mis venas rápida corriendo
 El corazon inflama.
 Ven, que á pulsar tus cuerdas vibradoras
 Voy en tan bello y suspirado dia
 Que con dulces recuerdos me enagena,
 Y en que mi alma llena
 De inefable y purísima alegría,
 A la region se siente trasportada
 Donde brota el raudal de poesía.

Vosotras, de la hermosa primavera
 Las nacaradas flores

Que la alfombra bordais de la pradera,
 Prestadme vuestros plácidos aromas:
 Arroyos bullidores
 Que descendéis de las tendidas lomas
 Con alegre sonido murmurando,
 Prestadme vuestros ecos seductores:
 Ternísimas palomas
 Que en las selvas cantáis vuestros amores
 Al par de los ardientes risueños,
 Prestadme ahora vuestro arrullo blando;
 Y pueda así con inspirado acento
 El júbilo cantar en este día
 Que, cual el rayo que amoroso envía
 El sol resplandeciente,
 De Mariano en la frente
 Brilla, como en la frente de María.

¡Cuán profundos ¡oh Dios! vuestros arcanos
 Y vuestros juicios son!... Cuando yo vuelvo
 Ansioso la mirada
 A aquella edad risueña y suspirada,
 Que huyó con sus doradas ilusiones
 Cual soñadas poéticas visiones;
 Y á las tiernas memorias
 De las horas fugaces que pasaron,
 El alma junta las presentes glorias,
 Pensando en que los sueños vaporosos
 En realidad hermosa se trocaron;
 ¡Cuánto, Señor, el insondable océano
 De tu bondad admiro,
 Y el misterio profundo con que miro
 Que á tus obras magníficas rodeas,
 Cuando alumbras al hombre en su camino

Para que alcance su inmortal destino...
 ¡Omnipotente Dios, bendito seas!

De mi vida en la fresca primavera
 Rayaba el sol de juventud ardiente,
 Cuando te conocí, bella María.
 Cual de rosa hechicera
 Al contacto sutil del suave ambiente
 Se abre el tierno boton, así se abría
 De tu niñez la flor pura y galana,
 A la primera luz de la mañana
 Ostentando su pompa y lozanía.
 Entreabierto capullo,
 Tu perfume aspiraban
 Llenos de noble orgullo
 Esa santa mujer, mujer querida
 De la heroica virtud justo modelo,
 Y aquel amante padre de tu vida
 Que hoy te está contemplando desde el cielo.

Quando tu casta sien se ve ceñida
 Por la nupcial corona

Que tejen para tí santos amores
 Con exquisitas y fragantes flores,
 A mi labio perdona
 Si mezcla con los cantos de alegría
 Un recuerdo que el alma nos desgarrá
 Como espina cruel tierna María.

Perdona, sí; pues de mi mente léjos
 Está el turbar tu indefinible gloria:
 Pero si he de contar la grata historia
 Del que guardo por tí dulce cariño,
 Pagar debo un tributo á la memoria

Del noble sér á quien en vano busco
 Como á su padre el niño;
 Del fiel amigo, cuyo amor profundo
 Fué mi norte y mi dicha en este mundo.

¡Cuántas veces alegre y placentero
 Contemplando tus gracias infantiles
 Le miré sonreír, y fuí el primero
 De sus tiernos amigos
 Que, de tanta ventura al ser testigos,
 Oyó, con envidiable confianza,
 La historia de su amor, y las delicias
 Contempló que le daban tus caricias,
 Idolatrado objeto
 De su paterno afán y su esperanza!

¡Ay! el tiempo voló; sus negras alas
 Sobre nosotros triste sacudiendo,
 De aquellos días marchitó las galas,
 Y nos dejó sufriendo
 De otros días la infanda desventura.
 Empero Dios el hondo desconsuelo
 Contempló de tu madre idolatrada,
 De esa fuerte mujer que, resignada
 A su constante duelo,
 Se ocupa sólo en bendecir al cielo.

Y cuando triste, humilde y solitaria
 Ha rogado por tí, cándida rosa
 Al recio vendaval del mundo expuesta,
 Oyó el Señor su tímida plegaria,
 Y brilló al fin la luz esplendorosa
 Que hoy ilumina tu sencilla fiesta.

¡Eres feliz!...y en tu contento muestras

La guirnalda vistosa
 Que embellece tu sien y la circunda!
 Y de ese jóven á quien amas tanto,
 Y cuyo corazón también se inunda
 En regocijo santo,
 Por la mujer te tienes más dichosa
 En que te llamen la adorada esposa.

¡Ah! cuando esta hermosísima mañana
 Al pié de aquel altar os ví gozosos
 Recibiendo de Dios la soberana
 Sublime bendición, dulces esposos;
 Con cuán crecido afán alcé mi mente
 Al trono de el electo entre millares
 Resplandece con luz indeficiente,
 Y he pedido con fe vuestra ventura
 Al Esposo eterno de los Cantares!

El escuche la voz del tierno amigo
 Que vuestro hermoso porvenir desea,
 Y cual hoy es testigo
 De la indecible dicha que os rodea,
 Siempre lucir la misteriosa antorcha
 En vuestro nuevo hogar tranquila vea.

De la santa virtud las lindas flores
 Embalsamen doquier vuestra morada
 Con sus blandos olores,
 Y no con sus fatídicos horrores
 El pesar os enturbie la mirada,
 Que, en las horas de amargo desconsuelo,
 Debeis fijar serenas en el cielo.

Y tú, madre amorosa,
 Que, como de Israel las heroínas,

Firme en tu Dios, la tempestad sañosa
 Ves tranquila pasar; y las ruinas
 Contemplas sin temblar de las mas bellas
 Esperanzas de amor y de dulzura:
 Alza tambien al anchuroso cielo
 Tu casta, y digna, y respetada frente,
 Y dí con noble y maternal orgullo:
 "Al borde de la tumba de mi esposo
 No quedó solitario aquel capullo...
 La mano de una madre cariñosa
 Su existencia preciosa
 Supo cuidar, para que diese un día
 El blando aroma que la blanca rosa
 En torno exhala y á su padre envía."

POESIA

leída en la distribución de premios que tuvo lugar
 en la Sociedad Católica de México el 26 de Diciem-
 bre de 1869, entre los niños pobres que educa en
 sus Colegios la misma Sociedad.

I.

Gratos aromas á la brisa errante
 Dan en el valle las tempranas flores,
 Cuando al nacer el rastro rutilante
 Baña la tierra en dulces resplandores.

Así vosotras, delicadas plantas,
 Que, llenas de vigor y lozanía,
 Las esperanzas sois puras y santas
 De la triste y hermosa patria mia;

Al blando influjo de la noble ciencia
 Que la sublime religion fecunda,
 Hoy esparcís la regalada esencia
 En que el creyente corazon se inunda.

Y ese perfume que apacible vaga
 En las ligeras alas del ambiente
 ¡Con qué dulzura celestial embriaga
 Del cristiano poeta el alma ardiente!

Formando está la misteriosa nube

De nuestros votos al Señor inmenso,
Y se alza, y crece, y hasta el cielo sube
Como el mas grato y oloroso incienso.

Y mira Dios en ella complacido,
De la fé de sus hijos el tributo;
De la sagrada fe que ha producido
Este de bendicion opimo fruto.

¡Cuán hermoso es á fé!... ¡qué dulce encanto
Se apodera del alma en este dia!.....
¡Cómo quisiera en armonioso canto
Celebrar tan purísima alegría!

Yo el bardo soy que á la sublime ciencia
Cantó en un tiempo de feliz memoria
Y en pos yagó de su divina esencia,
Para templar su sed, su sed de gloria.

Pero tras tanto caminar inquieto,
Como nave sin rumbo por los mares,
Sólo en tí, Caridad, el digno objeto
Pude encontrar al fin, de mis cantares!

Sólo en tí, santo amor de los amores,
Angel hermoso de esplendentes galas,
Que consuelas al hombre en sus dolores
Y al niño cubres con tus blancas alas;

En tí, virtud, cuyo divino nombre
Escuchó del Calvario la Colina
De los cárdenos labios del Dios-Hombre
Que al mundo levantó de su rüina;

En tí, cuyo misterio el mas profundo,
Ignorado pasó de las edades
En que orgulloso y corrompido el mundo
De vil materia se forjó deidades;

En tí, tan sólo, poderoso aliento,
Emanacion sublime de Dios mismo,
Generoso y fecundo sentimiento,
De ternura y amor inmenso abismo;

Ha buscado afanosa el alma mia
La ardiente inspiracion para su canto,
Y en tu ser encontró la poesía
Que mueve el corazon á dulce llanto.

El embarga hoy mi voz; cuando contemplo
Esos ángeles puros de la tierra
Que siguen de Jesus el alto ejemplo
Con la ternura que su pecho encierra:

Y que del Hombre-Dios á semejanza,
De los cándidos niños se rodean
Y en labrarles su eterna bienandanza
Con tan asidua caridad se emplean;

El corazon con ímpetu violento
Siento agitarse; mas mi ruda pena
Es no hallar en los labios un acento
Digno del gozo que mi pecho llena.

Suplidle con el santo regocijo
Que en vuestros ojos luce indeficiente
Hoy que el Eterno vuestro afan bendijo
Y ceñimos un lauro en vuestra frente.

La ciencia y la virtud engalanadas,
 Cual dos ángeles púdicos y bellos,
 Amorasas os fijan sus miradas
 Que del trono de Dios son los destellos.

Y su triunfo en vosotros contemplando
 Ledas sonrien con amor profundo,
 Y así prorumpen con acento blando
 Que absorto escucha y conmovido el mundo.

II.

“¡Al Dios Omnipotente
 Cantad honor y gloria!
 ¿Quién hay, quien hay que cuente
 La grande y tierna historia
 De la bondad magnífica
 De nuestro excelso Dios?

“Alzad, pobres mortales,
 La frente que abatida
 Por los inmensos males
 Llevais de vuestra vida
 Hacia el azul purísimo
 Do brilla el almo sol.

“Sobre los astros mismos
 El Hacedor se asienta
 Que llena los abismos
 Y en su poder sustenta
 Los orbes que sin número
 Pueblan la inmensidad.

“Junto á su trono augusto
 Que luce diamantino,
 El solio está do el justo
 En su inmortal destino
 A ver el rostro fúlgido
 De Dios se asentará.

“Alzad los turbios ojos
 Que en el mortal quebranto
 Del mundo los abrojos
 Riegan con triste llanto;
 Y ved la estancia espléndida
 Donde al placer no hay fin.

“Aquella es la morada
 Donde el Señor habita,
 Que os tiene preparada
 Su clemencia infinita,
 Para que eternos cánticos
 Vayais á repetir.

“Mas la fulgente estrella
 Seguid que os encamina:
 Ved cuán pura destella
 La religion divina,
 Que es en las penas bálsamo,
 Consuelo en el dolor.

“En ella está la ciencia
 Que á la virtud se hermana,
 La mas grata creencia,
 Y sin la cual es vana
 La dicha porque inquiétase
 Continuo el corazon.

“¡Dichosos los que siguen
Nuestro seguro paso,
Hasta que ver consiguen
El sol que sin ocaso
Llena de luz clarísima
El eternal Eden!

“Dichosos los que emprenden
El áspero camino,
Y sus miradas tienden
Al único destino
De gloria que no eclipsase,
De la verdad y el bien!

“En vano busca el hombre
Otro rico tesoro,
Poder que al mundo asombre
Honor, delicias y oro:
En vano el mundo agítase
De falsa gloria en pos.

“Tan solo el lauro hermoso
Conservan las edades
Del hombre que afanoso
Pide á nuestras deidades
La ciencia del espíritu
Y el bien del corazón!”

III.

¡Y aquesse lauro, niños inocentes,
A quienes mira con envidia el alma,

Es el que ciñe vuestras castas frentes,
Y esa es la digna, la gloriosa palma?

¡Oh si por un instante yo pudiera
Retroceder del mundo en el camino
Y hallarme en esa dulce primavera
Con que hoy os brinda el mágico destino!

Yo tambien como vos en fausto día,
Que imborrrable conservo en la memoria,
Temblando de emocion y de alegría
Tan bello lauro recibí de gloria:

¡De la sublime caridad ardiente
Hubo un ángel tambien, que cariñoso
Vino á ponerlo entónces en mi frente,
Y yo fuí, cual vosotros, muy dichoso!...

Cual su aroma la flor en el capullo,
Los recuerdos guardad de este momento,
Y nunca venga el viento del orgullo
A turbar vuestras horas de contento.

¡Felices sed!... Mas nunca en vuestra vida
Apartar pretendais vuestra mirada
De esa Virgen sin mancha Concebida,
De esa Madre feliz Inmaculada.

¡Es tan buena y dulcísima Paloma
La que os cubriera con sus blancas alas:
El Trono excelso do el saber asoma,
La flor que ostenta de virtud las galas!

Estén en ella vuestros ojos fijos,
 Y al darla vuestros lauros en ofrenda,
 Decidla: "¡oh Madre, tus dichosos hijos
 Hoy los consagran de su amor en prenda!"

MORELOS.

(A JOAQUIN DIAZ.)

SONETO.

Cual suele tempestad asoladora
 Los pinos derribar del alta sierra,
 Así destruye, oh rayo de la guerra,
 Al ibero tu mano vengadora.

Y ya desde el ocaso hasta la aurora,
 Del aquilon á la abrasada tierra,
 Aquel pendon que libertad encierra
 Paseando va tu hueste triunfadora.

En Cuautla ofuscas de la Grecia el brillo,
 Y de México el nombre hasta los cielos
 Con el tuyo levántase radioso.

Y sucumbes despues, noble caudillo;
 Mas queda el heroísmo de Morelos
 Por blason de este pueblo valeroso.

Estén en ella vuestros ojos fijos,
 Y al darla vuestros lauros en ofrenda,
 Decidla: "¡oh Madre, tus dichosos hijos
 Hoy los consagran de su amor en prenda!"

MORELOS.

(A JOAQUIN DIAZ.)

SONETO.

Cual suele tempestad asoladora
 Los pinos derribar del alta sierra,
 Así destruye, oh rayo de la guerra,
 Al ibero tu mano vengadora.

Y ya desde el ocaso hasta la aurora,
 Del aquilon á la abrasada tierra,
 Aquel pendon que libertad encierra
 Paseando va tu hueste triunfadora.

En Cuautla ofuscas de la Grecia el brillo,
 Y de México el nombre hasta los cielos
 Con el tuyo levántase radioso.

Y sucumbes despues, noble caudillo;
 Mas queda el heroísmo de Morelos
 Por blason de este pueblo valeroso.

HIDALGO.

(A MARIANO DE JESUS TORRES.)

SONETO.

“Del polvo alzando la abatida frente
El generoso pueblo mexicano,
Deshaga al fin con su robusta mano
Los hierros que forjó la hispana gente.”

Así dijo el Señor Omnipotente,
Y al escuchar su acento soberano,
Te lanzaste á la lid, ínclito anciano,
Abriendo el pecho al entusiasmo ardiente.

Ya se enciende titánica pelea;
Crujen los montes, se estremece el suelo,
Y el trono de Fernando bambolea:

Cuando Anáhuac en hondo desconsuelo
Ve que tu sangre en el cadalso humea
Y que tu alma de mártir sube al cielo.

BRAVO.

(A MANUEL OCARANZA.)

SONETO.

De indecible crueldad sangriento alarde
Te arrebató la prenda mas querida:
Del dulce padre se extinguió la vida;
Es ¡ay! en vano que tu amor le aguarde.

Terrible el brazo vengador no tarde;
La sangre quede en Medellín vertida
De hispana tropa á tu valor rendida
Que del cadalso al pie tiembla cobarde.

Mas no temais, vencidos castellanos:
Libres quedad, para que al orbe entero,
Ensalzando á los héroes mexicanos,

La fama diga el nombre del guerrero
Que eclipsa á los Scipiones y Trajanos
Y es *sin miedo y sin tacha* caballero.

ITURBIDE.

(A JUAN SAENZ.)

SONETO.

Pudo asombrada contemplar Padilla
Cómo el crimen alzó la airada mano,
Y en tu cabeza ¡ilustre soberano!
Descargó con violencia su cuchilla.

Y puede antipatriótica rencilla
Olvidar que tu genio sobrehumano
Dió á los libres del suelo mejicano
Sacro pendon que ingratitud mancilla.

Mas nunca los leales corazones
Contemplan con torpe indiferencia
El ejemplo inmortal de tus acciones.

Ellos dirán á la eternal Clemencia:
"De gloria coronad á quien los dones
Legó de fé, de union, de independencia."

EL GENIO DE LAS ARTES.

(Leída en una Velada de la Sociedad artístico-literaria de Puebla y dedicada al Sr. D. Ignacio Romero Vargas.)

Canoros ruiseñores,
Que, suspirando al declinar el día
Decís vuestros amores
En deleitosos trinos seductores
Que encanto dan á la floresta umbría:

Yo sé que al dulce acento
Con que soleis contar vuestras querellas,
Sus alas pliega el viento,
Recoge vuestras notas, y violento
Va luego al valle á regalar con ellas.

Yo sé que la azucena
Que las verdes campiñas engalana
Y de fragancia llena,
Al oír vuestra tierna cantilena
Abre su cáliz y os saluda ufana;

En tanto que la rosa
Enamorada tiembla, y encendida
Muestra su faz preciosa,
Porque ve á la azucena pudorosa
Con vuestro alegre canto suspendida.

Yo sé que el claro río
Sus ondas encadena al escucharos;
Y que el ardiente estío

Ve á sus ninfas con grato desvarío
En la florida márgen esperaros.

Yo sé que la paloma
Que oculta vive en el peñasco hueco
De la apartada loma,
Cesando de gemir, vuestra voz toma
De su perdido amante por el eco.

Y sé que el firmamento,
Ese inmenso tapiz bordado de oro
Y diamantes sin cuento,
Suspende el misterioso movimiento
Al escuchar vuestro cantar sonoro.

Que enmudecen los mares
Los ímpetus domando de su ira:
Las selvas seculares
Callan también si el gozo ó los pesares
Cantais al son de la sagrada lira.

¡Ah, salve, hijos de Apolo,
De la creacion egregios soberanos,
A cuya voz tan solo
Se alza un eco del uno al otro polo
Que no se alza á la voz de los tiranos!

Vuestras nobles conquistas
Envidia el pecho con afan profundo:
Que por doquiera listas
Las coronas están que á los artistas
En premio da la admiracion del mundo!

Con paso majestuoso
Las edades cruzais, é indeficiente
Del caos espantoso

Las sombras quita el rayo luminoso
Que va brotando vuestra altiva frente.

Cuando anunciáis la idea
Que ha de alumbrar los vastos horizontes;
Cuando exclamais "Luz sea,"
¿Qué importa que el escéptico no os crea,
Si el radioso fulgor dora los montes?

Así el genio atrevido
En el mundo oriental tendió su vuelo
De gloria circuido;
Y sus artes y ciencias no ha podido
Cubrir aún el funerario velo.

Que de entre el polvo oscuro
Que audaz el tiempo rápido amontona,
Se lanza al éter puro
Un acento inmortal, firme y seguro
Que ensalza al genio y su poder pregona.

Así el osado griego
Del Númen sacro en el ardor se inflama,
Y el mundo siente luego
De aquel divino inextinguible fuego
Por sus venas correr la activa llama.

Del orbe la Señora
Alza al genio también brillante solio,
Y en sus colinas mora
La deidad que mas puros atesora
Los lauros del soberbio Capitolio.

No de sangre teñidos
Esos lauros están; ni los regaron
En los pueblos vencidos

Las lágrimas que rostros afligidos
Como lavas candentes abrasaron.

Ni son el triste emblema
De la nefanda esclavitud, que al mundo
Da lúgubre anatema;
Sino del genio la inmortal diadema,
Del libre genio como el sol fecundo.

En su incansable vuelo
Y de esa luz radiante circundado,
A nuestro hermoso suelo
Llega por fin y se deshace el velo
Que oculto tiene al porvenir soñado.

Así la niebla oscura
Tiende su manto en la empinada sierra,
Y llena de tristura
Los silenciosos bosques do natura
Su regia pompa y majestad enciera.

Mas sale el rey del día
Y rompiendo las gasas de improviso,
La ansiada luz envía
Que devuelve su agreste poesía,
Su esplendor á aquel bello paraíso.

¡Cuán brillan las cascadas
Que en blancos copos bajan rumorosas!
Bajo esas enramadas
¡Con qué trinos de amor son saludadas
Las brisas, y las fuentes y las rosas!

Yo allá vagué perdido
Cual avecilla errante que deshecho
Halla su dulce nido;

Y piedad á las selvas he pedido
En el dolor que desgarraba el pecho.

Y acaso me escuchaban
Y de mi fiero mal se condolían,
Pues las hojas temblaban,
Y aun parecióme oír que suspiraban
Y mis tristes acentos repetían.

De mi existir las horas
Iban así con lentitud pasando,
Cuando puras, sonoras,
Un día vuestras voces seductoras
A mi albergue llevó céfiro blando.

“¡Atras quedad, dijeron,
Los viejos horizontes”...y al instante
En mis venas cayeron
Gotas de fuego que temblar me hicieron
Y responder al Númer: ¡adelante!

¡Adelante, poetas,
Y vosotros, ardientes corazones,
Generosos atletas,
De esa gloriosa lid á que sujetas
Del genio están las nobles ambiciones!

Que el arte regenere
Con su dichosa y mágica influencia
A la patria, que quiere
La gloria conquistar que nunca muere
Y el destino que da la inteligencia.

¡Por qué, al pasado fijos,

Habrán de rechazarse nuestras manos
 Con rencores prolijos?
 ¿Del arte acaso los amantes hijos
 Se llamaron doquiera si no hermanos?

Atrás la sombra quede,
 Y en ella envuelta la terrible historia:
 Ya el fiero Marte cede
 Su campo al dios que conducirnos puede
 En sus alas al templo de la gloria.

Dejad que yo bendiga
 La dulce paz que frutos tan opimos
 A México prodiga,
 Y á cuya sombra protectora, amiga,
 El porvenir á saludar venimos.

Los rayos de esa aurora
 Se miran en risueña lontananza!...
 Deidad encantadora,
 Paso á tu luz, que vívida colora
 El cielo del amor y la esperanza!

FELICIDAD.

(A CLEMENTINA THEVENARD.)

Alzando en verde campiña
 Sus ecos murmuradores,
 Corre entre galanas flores
 Un limpio arroyuelo, niña.

Y está en su orilla sentada
 Bella pastora inocente,
 Que en el agua trasparente
 Tiene fija la mirada.

En el agua sonora
 Que, cual espejo de plata,
 El azul cielo retrata
 Y las gracias de la hermosa.

Absorta la linfa viendo
 Tras una hora y otra hora,
 Sigue atenta la pastora
 Y el agua sigue corriendo.

—¿A do vas? dice por fin
 Suspiro tierno lanzando
 Que lleva el céfiro blando
 Hasta el opuesto confín:

¿A dónde vas, arroyuelo,
 Que tan alegre murmuras,

Y á abandonar te apresuras
Aqueste florido suelo?

¿Van tus aguas cristalinas
En pos de encantos mayores,
De otras brisas y otras flores,
Y otro sol y otras ondinás?

¿O en el curso fugitivo
Llevas tus limpios raudales
A los tristes arenales
Que abrasa el calor estivo?

¿Van?... Mas nada respondiendo
La linfa murmuradora,
Sigue atenta la pastora
Y el agua sigue corriendo;

Quando se acerca un zagal
A la bella sin rüido,
Zagal que su voz ha oído
Oculto tras un rosal.

Y —¡Silvia!... dice, tocando
En el hombre de marfil
De la pastora gentil,
Que la cabeza tornando

En rápido movimiento,
De su pecho estremecido
Lanza un ¡ay! que recogido
Es por las alas del viento.

—¡Anfriso!... —¡Silvia adorada!
—Tú aquí?—¿Tras la clara huella

De la vespertina estrella
No va la luna callada?

En pos de la linda rosa
Por quien da el aura suspiros
¿No va en sus revueltos giros
La pintada mariposa?

Y ese arroyulo que ves
Con tan inocente afán,
Y cuyas ondas están
Besando tus blancos piés,

¿No con grato murmurar
Se desliza por el prado
Hácia su centro anhelado
Que es el anchuroso mar?

—¿El mar?... ¿con que allá camina
La corriente bulliciosa?
—Al mar, al mar, Silvia hermosa,
Va esa linfa cristalina.

Que quiere en la inmensidad
El arroyuelo vivir,
Cual quiero yo conseguir
Mi eterna felicidad.

En perfecta semejanza,
El va al océano entre flores,
Y yo al mar de mis amores
Entre flores de esperanza.

—¡Feliz el puro arroyuelo
Que va, mi Anfriso, á ese mar!

Más feliz quien va á gozar
De tu casto amor el cielo!

—¡Anfriso!... —¡Silvia del alma!
Ven á ese mar de ventura
En cuya inmensa llanura
Reina deliciosa calma.

Ven, que á su playa tendida,
En alas de mi deseo,
Bogando viene Himeneo
Con sacra antorcha encendida.

Ven, y de la dicha en pos
Dejando este campo ameno,
Surquemos el mar sereno
Con que soñamos los dos!"

Dijo, y ambos sonriendo
Y el bello sitio dejando,
Siguió el agua murmurando
Y entre las flores corriendo.



DIRECCION GENERAL DE

LLANTO DEL CORAZON.

(A LA SEÑORITA SOLEDAD PEREZ SALAZAR, EN SU ALBUM.)

"¿Por qué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón solo un gemido:
Y el llanto que al dolor los ojos niegan
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!"

Espronceda.

¡Horas de bendición y dulce encanto
Que el sol iluminó de primavera,
Brotar haciendo del cariño santo
Las flores que mi alma recogiera!
¡Horas tranquilas que en alegre canto,
¡Ay! celebró mi juventud primera
Con lozana y ardiente fantasía,
¿Por qué volveis á la memoria mia?

¿Por qué volveis cuando al amigo tierno
Buscan en vano los inquietos ojos,
Como las aves en el triste invierno
De sus deshechos nidos los despojos?
¿Por qué mi corazón, si á luto eterno
Le condenan del hado los enojos,
Ha de ser por vosotros conmovido,
Tristes recuerdos del placer perdido?

Más feliz quien va á gozar
De tu casto amor el cielo!

—¡Anfriso!... —¡Silvia del alma!
Ven á ese mar de ventura
En cuya inmensa llanura
Reina deliciosa calma.

Ven, que á su playa tendida,
En alas de mi deseo,
Bogando viene Himeneo
Con sacra antorcha encendida.

Ven, y de la dicha en pos
Dejando este campo ameno,
Surquemos el mar sereno
Con que soñamos los dos!"

Dijo, y ambos sonriendo
Y el bello sitio dejando,
Siguió el agua murmurando
Y entre las flores corriendo.



DIRECCION GENERAL DE

LLANTO DEL CORAZON.

(A LA SEÑORITA SOLEDAD PEREZ SALAZAR, EN SU ALBUM.)

"¿Por qué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón solo un gemido:
Y el llanto que al dolor los ojos niegan
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!"

Espronceda.

¡Horas de bendición y dulce encanto
Que el sol iluminó de primavera,
Brotar haciendo del cariño santo
Las flores que mi alma recogiera!
¡Horas tranquilas que en alegre canto,
¡Ay! celebró mi juventud primera
Con lozana y ardiente fantasía,
¿Por qué volveis á la memoria mia?

¿Por qué volveis cuando al amigo tierno
Buscan en vano los inquietos ojos,
Como las aves en el triste invierno
De sus deshechos nidos los despojos?
¿Por qué mi corazón, si á luto eterno
Le condenan del hado los enojos,
Ha de ser por vosotros conmovido,
Tristes recuerdos del placer perdido?

Quiere, Señora, el despiadado cielo
 Que á abrir hoy venga mi convulsa mano
 Libro que un tiempo os consagró el anhelo
 Del dulce, y bueno, y cariñoso hermano.
 Perdonad esta página de duelo
 A quien grata canción preludia en vano,
 Y viene, con letal melancolía,
A aumentar la ansiedad y la agonía.

Un tiempo fué que de las gayas flores
 Que al bello sol de la amistad se abrieran,
 Y que vida, perfumes y colores
 De vuestro noble hermano recibieran,
 Para vos cortar quise las mejores
 Porque corona á vuestras gracias fueran:
 Hoy.....solo espinas tomo entristecido
De este desierto corazon herido!

Que derribada fué la enhiesta palma
 A cuya sombra el triste peregrino
 Alivió los pesares de su alma
 Y el cansancio mortal de su camino.
 De los instantes de apacible calma
 Con que amistad á consolarme vino,
 ¿Qué fué, señora, en infelice día?
Ay! ¿qué de aquellas horas de alegría?

Ya en la grata mansion do el bello coro
 De las alegres musas halló asiento,
 No se escucha el cantar rico y sonoro
 Que dió á los vates poderoso aliento.
 Las blandas risas en amargo lloro,

En tristes ayes el festivo acento
 El cielo torna; y, nuestro bien perdido,
Le quedó al corazon solo un gemido.

Si, como un eco que la brisa errante
 Lleva en sus alas por la noche umbría,
 Ese gemir oís, cuando anhelante
 Busqueis alivio á la congoja impía
 Viendo este libro que guardais amante
 Cual joya de riquísima valía;
 Sabed que á un corazon las olas riegan
Del llanto que al dolor los ojos niegan.

Y aquese corazon que con ternura
 Guarda de vuestro hermano la memoria,
 Comparte vuestra inmensa desventura,
 Vuestros recuerdos de placer y gloria.
 Al repasarlos la amistad mas pura,
 Acompaña con lágrimas su historia;
 Mas, porque nunca hasta á mis ojos llegan,
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!



A JUANA M. DE MORALES.

(UN DIA DE SU SANTO.)

Era Mayo gentil, hermana mia,
Con sus brisas, sus galas y colores,
Cuando entre bellas y olorosas flores
La blanca flor de tu existir se abría.

De la campiña por el césped blando
Se deslizaba el límpido arroyuelo,
El claro azul del esplendente cielo
En su diáfano espejo retratando.

Era Mayo: las selvas seculares
En deliciosos ecos respondían
A las calandrias que su amor decían
En tiernos y dulcísimos cantares.

Al ocultarse el sol tras de los montes
Envuelto de la tarde en los celajes,
Teñía sus hermosos cortinajes
De carmin en los vastos horizontes.

Y acaso entónces la callada luna
Rodeada de misterio y poésía
Sus nítidos fulgores esparcía
Sobre el terso cristal de la laguna.

Naturaleza entera saludaba
De tu existencia la primer sonrisa

Que en tu labio infantil, como la brisa
Con purpúreo clavel jugueteaba.

El ángel del amor, blondo y risueño,
Ostentando también sus ricas galas,
Cubrió tu cuna con sus blancas alas
Y absorto estaba en tu tranquilo sueño.

El sueño de la cándida inocencia
En que el rostro se ve de los querubes
Entre doradas y flotantes nubes
Y flores mil de embriagadora esencia.

En que se escucha indefinible y vago
De la celeste música el concierto,
En que acaricia el sosegado viento
De nuestra vida el trasparente lago.

En que el seno de madre cariñosa
Nos estrecha con gloria y con orgullo,
Como la flor que en su gentil capullo
Detiene á la ligera mariposa.

En que no hay mayor dicha ni embeleso
Ni hay otra aspiración que al pecho aliente,
Que recibir en nuestra casta frente
De aquella madre el ardoroso beso.

¡Dichosa edad!.... En alas del deseo
Me remonto á su albor, hermana mia;
Y cual tu bella y cándida María,
Gozosa niña en mi soñar te veo!

Gozosa!...mas ¿qué digo, dulce hermana?

¡Por qué mi labio que tu dicha entona
Empaña así de flores tu corona
Y el vaso puro de tu amor profana?

¡Perdon mil veces! olvidaba ciego
Que de un amor tiernísimo la historia
Repasas hoy con indecible gloria
Y arde tu pecho en sacrosanto fuego.

Olvidaba el cariño grande y noble
Con que te tiende sus amantes brazos
Y te sostiene con eternos lazos,
Oh hermosa yedra, tu adorado roble!

Olvidaba que tienes un tesoro
De amor, y de virtud, y poesía
Que tu sensible pecho no daría
Del estenso Anahuác por todo el oro.

Olvidaba que aun sueñas con querubes,
Con flores mil de regalada esencia,
Y que es bella y tranquila tu existencia
Como de Abril las sonrosadas nubes.

Olvidaba que aun es tu lindo cielo,
Como ese cielo de la patria mía,
Y que hay en él un sol que siempre envía
Su ardiente rayo á tu florido suelo.

Y olvidaba que un ser bondoso y tierno
Te ha formado, querida, en su cariño
Goces tan puros cual los tiene el niño,
Goces que brindan porvenir eterno.

¡Que en ese amor que tu existir recrea
Y no turban crueles desengaños,
Mires dichosa trascurrir los años
Y aquesta siempre tu ventura sea!

De tu bello jardín las gayas flores
Perfumen hoy tu encantadora estancia:
¡Ojalá que tuvieran su fragancia
Los versos en que canto tus amores!

ORFANDAD.

(A CONCHA COUTTOLENE, EN SU ALBUM.)

¡Bella es la noche! Surcando
La luna el sereno cielo,
Vierte en el dormido suelo
Su apacible resplandor.

El eco se escucha apenas
De alguna escondida fuente,
O el beso que da el ambiente
A la solitaria flor.

Majestuoso el Orizaba
Alza la frente atrevida
Con su diadema ceñida
De plata y limpio cristal.
Y gigante centinela
Mira que á sus pies tendidos
Cien pueblos se hallan hundidos
En silencio sepulcral.

Bella es la noche tranquila!
Hay un misterioso encanto
En ver su espléndido manto
Con sus estrellas sin fin.

¡Cuál repasa la memoria
Esos recuerdos que alhagan
Cual los aromas que vagan
Con las brisas del jardín!

Cuando contemplo á mis solas
Del universo la calma,
Absorta se queda el alma
En honda meditacion:
Y siento por la mejilla
Deslizarse presurosa
Una lágrima ardorosa
Brotada del corazón.

Una lágrima que encierra
La historia de mi tormento;
De mi vida el sufrimiento,
De mi pecho el padecer:

Lágrima que ya no enjuga
Una mano bendecida
Y va rodando perdida
Al abismo del no ser.

Cual celajes vaporosos
Que en una alegre mañana
Tiñe el sol de rosa y grana
Con su vivo resplandor:

Cual las flores purpurinas
Que en la primavera crecen
Y al blando impulso se mecen
Del céfiro volador;

Así brillantes, hermosas
Mis ilusiones nacieron
Y alhagadoras crecieron
En el alma juvenil.

Mas ¡ay! que tan lindas nubes
A poco se disiparon;

Y en breve se marchitaron
Mis frescas flores de Abril.

Era, Concha, el tiempo grato
En que el alma venturosa
Vió de juventud hermosa
Rayar el primer albor.
Las caricias recibiendo
De la tierna madre mía,
Otro amor no conocía
Que aquel inefable amor.

Mas en aciago momento
Plugo á mi destino airado
Arrancarme de su lado
Lanzándome á padecer.

Y en vano la vista errante
Buscó á mi madre querida:
En vano mi voz sentida
La llamaba por doquier.

Que años y años trascurrieron
De negra melancolía,
Y yo á abrazar no volvía
A mi ángel de bendición,
Que bajo las blancas alas
De su maternal cariño
Cnбриóme cuando era niño
Con celestial emoción.

Y ¿cómo tornar á verla
Si el pesar de mi tardanza

La postrimera esperanza
De su pecho arrebató?
¿Cómo aspirar el perfume
De la flor del alma mía,
Si el cierzo con furia impía
¡Ay! sus galas destrozó?

¿Cuál van del huérfano triste
Las horas lentas pasando!
El sol le encuentra llorando,
La noche le oye gemir!
Y de un día y otro día
Brilla la luz en el cielo,
Sin que un rayo de consuelo
Venga en su frente á lucir!

¡Dichoso quien escucha la voz encantadora
De ese ángel bondadoso, querido y tutelar,
Por quien suspira el pecho y á quien el alma adora
En el sencillo templo del apacible hogar!

¡Dichoso quien contempla la noble y casta frente
Que el resplandor refleja del trono del Señor,
Y en ella deposita purísimo y ardiente
El ósculo sublime de inmaculado amor!

Y ve de aquellos ojos la celestial ternura,
De tan graciosos labios el dulce sonreír,
En un inmenso golfo de mágica ventura
Las horas fugitivas sintiendo trascurrir.

¡Dichoso quien reclina cansada la cabeza
En ese amante seno con presuroso afán,
Cuando las negras nubes de la letal tristeza
La luz de nuestros ojos oscureciendo van!

Así como la nave que impele el manso viento
Por las azules ondas del sosegado mar;
O como la avecilla que en blando movimiento
Por el sereno espacio se mira atravesar;

Tranquila tu existencia como el soñar de un niño,
Cual cristalina fuente que corre en el pensil,
Va por la luz bañada del maternal cariño
Que como el sol alumbra tu encantador Abril.

¡Ah, cómo al contemplarte tan pura y cariñosa
Al lado de quien formas la dicha y la ilusión,
Evoca sus recuerdos un alma pesarosa
Y brotan tiernas lágrimas de un triste corazón!

Con ellas sin quererlo bañando estoy las hojas
Del libro que anhelaba mi humilde afecto abrir:
Si á los sensibles pechos no dice sus congojas
¿Con quién irá el poeta su pena á dividir?



EN LA INAUGURACION

de la cátedra de dibujo lineal de la Academia
de Educacion y Bellas Artes de Puebla.

Vengan á el alma los recuerdos gratos
De aquella hermosa juventud primera,
Cuyas tranquilas horas
De encanto puro el corazón llenaron
Y cual sombra fugaz se disiparon.

Vengan como las brisas voladoras
Que suspiran en dulce primavera;
Cual los blandos olores
De las purpúreas flores
Y tímidas violetas

Con que el ameno valle se engalana;
Cual los trinos de ardientes ruiseñores,
O la voz de la tórtola inocente,
Que con sus melancólicos cantares
Da Anáhuac en los bosques seculares
Acompañan la voz de los poetas!

¡Hermosa Puebla, de valientes cuna,
De beldades soñado paraíso!
En tu seno con próspera fortuna
Parar el vuelo quiso
El genio prepotente, que surcando
La azulada estension del ancho cielo,
Sus divinos fulgores derramando

¡Dichoso quien reclina cansada la cabeza
En ese amante seno con presuroso afán,
Cuando las negras nubes de la letal tristeza
La luz de nuestros ojos oscureciendo van!

Así como la nave que impele el manso viento
Por las azules ondas del sosegado mar;
O como la avecilla que en blando movimiento
Por el sereno espacio se mira atravesar;

Tranquila tu existencia como el soñar de un niño,
Cual cristalina fuente que corre en el pensil,
Va por la luz bañada del maternal cariño
Que como el sol alumbra tu encantador Abril.

¡Ah, cómo al contemplarte tan pura y cariñosa
Al lado de quien formas la dicha y la ilusión,
Evoca sus recuerdos un alma pesarosa
Y brotan tiernas lágrimas de un triste corazón!

Con ellas sin quererlo bañando estoy las hojas
Del libro que anhelaba mi humilde afecto abrir:
Si á los sensibles pechos no dice sus congojas
¿Con quién irá el poeta su pena á dividir?

EN LA INAUGURACION

de la cátedra de dibujo lineal de la Academia
de Educacion y Bellas Artes de Puebla.

Vengan á el alma los recuerdos gratos
De aquella hermosa juventud primera,
Cuyas tranquilas horas
De encanto puro el corazón llenaron
Y cual sombra fugaz se disiparon.

Vengan como las brisas voladoras
Que suspiran en dulce primavera;
Cual los blandos olores
De las purpúreas flores
Y tímidas violetas

Con que el ameno valle se engalana;
Cual los trinos de ardientes ruiseñores,
O la voz de la tórtola inocente,
Que con sus melancólicos cantares
Da Anáhuac en los bosques seculares
Acompañan la voz de los poetas!

¡Hermosa Puebla, de valientes cuna,
De beldades soñado paraíso!
En tu seno con próspera fortuna
Parar el vuelo quiso
El genio prepotente, que surcando
La azulada estension del ancho cielo,
Sus divinos fulgores derramando

Sobre las nieblas del dormido suelo,
Corrió el oscuro velo,
Y, astro de redención bello y fecundo,
Trajo la fausta nueva
De ilustración al admirado mundo!

¡Qué de veces, con pecho palpitante,
Al repasar tu historia,
Y al contemplar los grandes monumentos
Que forman la corona de tu gloria,
Con el sagrado ardor que me inflamaba
En la lira ensayaba
Los dulces metros con que yo quería
Las victorias decir y los encantos
Que orgullosa vé en tí la patria mía!
Mas ¡ay! que suerte impía
Burlaba de continuo mi deseo;
Y empresa fué de mi ignorancia vana
Celebrar tus artísticos primores
Con el estro sublime de Quintana;
Tus victorias cantar como Tirteo
Cantó las de los griegos triunfadores;
Y cual los inspirados trovadores
Cantar de las poblanas peregrinas
La virtud, el hechizo y los amores!

¡Hermosa Puebla, en cuyo grato asilo
Albergue halló el poeta vagabundo,
Y el astro vió brillar puro y tranquilo
Que con sus apacibles resplandores
La noche disipó de sus dolores!
Un día la contraria
Suerte, de tí arrancóme: en triste llanto

Anublados mis ojos,
Un tierno adiós te dijo mi quebranto,
Tan tierno y dolorido
Cual la postrera mística plegaria
Del alma que al Señor levanta el vuelo;
Como el hondo gemido
Que el huérfano infeliz, puesto de hinojos,
Exhala junto á la urna funeraria
Que encierra de una madre los despojos.

Doquiera que los hados me llevaron
A tí mi pensamiento se volvía;
A tí, do con presteza
Mis instantes de dicha se escaparon;
Do la dulce mitad del alma mía
Abrió á mis ojos el sereno cielo
De bella poesía;
Donde los frutos del cariño santo,
Mis tiernas rosas en gentil capullo,
Vinieron á formar el noble orgullo
Y el inefable encanto,
De quien ledo miraba aquella aurora
Que el horizonte de la vida dora.

Empero el cielo mis ardientes votos
Oyó benigno en delicioso instante,
Y de mi estrella el bienhechor influjo
Desvió de su camino
A quien tu nombre repitió constante;
Y á tu seno condujo
Al triste peregrino
Que por tí, hermosa Puebla, por tí diera,

Por tu grandioso é inmortal destino,
El débil precio de su vida entera!

¡Con qué placer cuando en tus glorias pienso
Y á la memoria traigo aquellos nombres
De tus sabios artistas inmortales,
De los preclaros hombres
Cuyas almas reciben el incienso
Que en ofrenda les dan pechos leales;
Con qué placer tan grande, tan intenso,
Hoy á tus hijos entusiastas miro
De sus padres seguir la limpia huella,
Como la luna en su callado giro
Va en pos del astro que su amor esquiva,
Guiada en sus pasos por bendita estrella!

Aun laten generosos corazones
En los poblados pechos; aun resuenan
Voces aquí, que de ecos misteriosos
Nuestras campiñas llenan,
Y que repiten las enhiestas cumbres
De esas montañas de nevosa frente
Que, si heroicos esfuerzos han mirado
En las generaciones del pasado,
Hoy son también testigos gigantescos
De que la edad presente
Estima y acrecienta los tesoros
Que sus dignos abuelos le han dejado!

¡Honor por siempre á tí! que los afanes
Ardientes y prolijos
Con que tus buenos hijos
Se empeñan en abrir al caro pueblo

La senda que conduce á la ventura,
Coronados se miren; y más pura
Brille tu gloria hasta la edad postrera
Que en la mitad de la celeste esfera
En su dorado carro el sol fulgura!

¡Honor por siempre á tí, y honor eterno
A los dignos hispanos
Que con cariño tierno
Al estrechar gozosos nuestras manos
Asimilan su gloria á nuestra gloria,
Confunden con el nuestro su destino,
Y cual buenos hermanos
Vienen á recordar, no aquella historia
Cuyas hojas volvemos de consuno,
Sino á evocar dulcísima memoria,
En este idioma bello cual ninguno,
De los sagrados vínculos que tienen
May mas fuertes que férreos eslabones
Dos libres y magnánimas naciones,
Dos pueblos que mantienen
De su ardor y su fé las tradiciones!

¡Honor y siempre honor á los iberos
Que hoy secundan, ¡oh Puebla! generosos
De tu engrandecimiento la tarea!
¡Qué importa, ¡viva Dios! si hay extranjeros
Que quieren codiciosos
Hacer traición á la sublime idea
Con que el genio fecundo
Al vapor ordenó que en libres alas
Condujera al progreso por el mundo?
No quiera Dios que en pechos mexicanos

De odio y execracion objeto sea
 Nombre alguno de aquellos
 A quienes llama nuestro labio hermanos.
 Pero si álguien, oh Puebla, en mala hora
 Oscurecer tu gloria ha decidido
 Y amenguar esa luz con que la aurora
 Brilla del porvenir que tú aguardaste,
 Para execrar su nombre aborrecido
 No haya idioma que baste!.....
 Tú, sin ese vapor hoy comprimido
 En alas de otro volarás mañana:
 Que no es el oro á fé de extraña tierra
 El que nos dá poder, vida y ventura;
 En oro abunda tu bendito seno,
 Y en el algo mas que tu destino encierra:
 Dignidad y patriótica bravura!

ANTE UNA HERMOSA

IMAGEN DE JESUCRISTO

CAYENDO AL PESO DE LA CRUZ.

(A LA SEÑORA DOÑA MARIANA TRIDON DE COUTTOLENE.)

SONETO.

¡Cómo yaces postrado allí en el suelo!
 ¡Tú, cuyo rostro en su esplendor divino
 Es el límpido espejo diamantino
 Do se miran los ángeles del cielo!

A cuestras lleva tu amoroso anhelo
 Del Gólgota sangriento en el camino,
 La Cruz que encierra el inmortal destino,
 La Cruz que salva al hombre de su duelo.

Mi pecado, Señor, ¡oh dura suerte!
 Es el peso que tiene derribado
 Al inocente Isaac que va á la muerte.

Mas perdona, oh Jesus, á un desgraciado
 Que en tal congoja por su amor al verte,
 Llora á tus piés contrito su pecado.

AL SR. PRESBITERO

D. José M. Ezquierdo y Reyes,

EN UN ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO.

Del Citlaltepetl la nevada cumbre
Ya el sol estivo con sus rayos dora
Y del Oriente las flotantes gasas
Bello colora.

Abren su cáliz las hermosas flores
Y blando aroma al céfiro regalan,
Mientras las aves sus canoros trinos
Tiernas exhalan.

La clara fuente que del monte baja
Gratos rumores á la selva envía:
Natura toda por doquiera muestra
Dulce alegría.

Y se oye el himno de alabanza pura
Que alza la tierra con amante anhelo
Y cual de incienso voladora nube
Llega hasta el cielo.

¡Oh sol radiante que la dicha anuncias
Y hoy del cristiano el corazon recreas:
Tú que despiertas plácidas memorias,
Bendito seas!

POESÍAS.

187

Gozosa el alma con amor recuerda
Las altas glorias, en tan fausto día,
Del almo Esposo de la dulce Madre
Virgen María.

Y al recordar tan sacrosanto nombre,
¿Cómo olvidar la gratitud pudiera
Al tierno Padre á quien el nombre mismo
Religion diera?

¿Cómo olvidarse del Pastor querido
Que tanto y tanto á sus ovejas ama,
Y en cuyo pecho Caridad no extingue
Su viva llama?

¿Cómo olvidar al sacerdote egregio
Cuya alma pura la virtud encierra
Y, cual Jesus, los bienes derramando
Va por la tierra?

¿Cómo olvidar al generoso amigo,
Al buen Maestro en cuyo docto labio
Asiento halló la celestial doctrina
Que forma al sabio?

¡Oh dulce Padre! nuestros tiernos votos
Por tu ventura y perennal consuelo
De nuestro amor y gratitud en alas
Vayan al cielo!

A LA GRATA MEMORIA DE MI AMIGO

EL SR. DON MANUEL PEREZ SALAZAR.

SONETOS

colocados en el catafalco levantado en la **CATEDRAL DE PUEBLA**, en las suntuosas honras fúnebres de aquel distinguido literato.

I.

Del sacro Númen con gentil decoro
Siguió atrevido el majestuoso vuelo,
Y la alta Musa del hispano suelo
Prestó el aliento á su cantar sonoro.

Soñó de Hernando con la lira de oro;
Fué en pos de Rioja con ardiente anhelo;
La gloria de Leon fué su desvelo,
Y el tierno Garcilazo su tesoro.

Del aurífero Tajo en la ribera
Y en el Bétis las ninfas celebraron
Cantos que son del orbe maravilla.

Y en Anáhuac la fama duradera

Repetirá las voces que sonaron
Del Atoyac en la frondosa orilla.

II.

A la eterna Ciudad su fe sincera
Le llama un tiempo con feliz destino:
Próspero el viento acariciando el lino,
Le lleva hasta la Adriática ribera.

¡Qué inefable emocion! la gloria entera
Absorto ve del genio peregrino;
Y canta allí donde Maron divino
Cantó de Ilion la desventura fiera.

De la Arcadia le escuchan los pastores,
Y al punto ciñen su gloriosa frente
Con verde lauro y con galanas flores.

Y traen las brisas de la mar hirviente
El sonoro aplauso y los loores
Que arranca á Italia mexicana gente.

III.

Jamas su labio humedeció el veneno
Que brinda del error la copa impura,
Y fué su planta por doquier segura,
Nunca manchada con inmundo cieno.

Que fijo tuvo su mirar sereno
Del limpio cielo en la azulada anchura
Do el almo sol de la verdad fulgura
Que alumbra al sabio y fortifica al bueno.

Con firme pecho y con erguida frente
Combate al monstruo de la Francia impía
Diques alzando al bramador torrente.

Ante la noche del error sombría,
Haced que vaya el jóven inocente:
Con esa antorcha que sus pasos guía. (*)

IV.

Del vano mundo y de su aplauso léjos,
En albergue pacífico vivía;
Do el jóven de su labio recogía
De ciencia y de virtud altos consejos.

(*) Alude á la excelente obra que escribió el Sr. Perez Salazar, bajo el nombre de "Exámen crítico de las doctrinas que enseña la moderna literatura francesa."

Del error y del mal frutos añejos
Combatió con donaire y energía:
Mas ¡ay! que en triste y pavoroso día
Se apagaron del genio los reflejos!

¡Extinguirse!... jamás: la patria historia
Su esclarecido nombre conservando,
Dará tributo á la poblana gloria.

Y la tierna amistad que aquí llorando
Evoca agradecida su memoria,
La llevará en el pecho suspirando!

LA OLIVA.

ALERE EL POESIA RECITADA EN UNA FIESTA

VERITATIS

HABIDA EN TEZIUTLAN

CON OCASION DE LA PAZ DE LA SIERRA.

¡Divina musa, ya el alma inquieta
De inspiraciones siente un raudal:
La voz anima con que el poeta
Canta las glorias de su ideal!

La voz ardiente que el aura leve
Hasta el remoto, bello confin,
Sobre sus alas rápida lleve
Alzando un eco de amor sin fin.

La voz que alegre labio pronuncia
Hoy que radiante se ve lucir
Estrella hermosa que paz anuncia,
Rasgando el velo del porvenir.

Voz que saliendo pura del alma
Cien otras almas va á conmover
En los instantes de dulce calma
Que aquí sentimos ledos correr.

¡Caros amigos, nobles hermanos!
Con qué inefable, grata emocion,

Al fin se estrechan hoy vuestras manos
En cariñosa, tierna efusion!

Al reanudarse los dulces lazos
Que en otro tiempo cantó mi afán,
Cuando la gloria llevó en sus brazos
Al bravo pueblo de Teziutlan;

Al ver que irradia de vuestras frentes
El entusiasmo que á mi laúd
Arrancó un tiempo notas ardientes,
Como era ardiente mi juventud;

Ansioso late dentro del pecho
Con tal violencia mi corazón,
Que es el recinto sobrado estrecho
Para tan grande palpitation.

De la existencia la varia historia
Páginas tiene que por doquier
Repasa enteras nuestra memoria
Con deleitoso, mudo placer.

Y cual la perla blanca y hermosa
En nácar concha cubierta va,
O cual la gota que fresca rosa,
En su almo cáliz guardando está;

Así nuestra alma guarda escondidos
Esos encantos de paz y amor,
Tiernos y dulces cual los sonidos
Que exhala el arpa del trovador.

Tranquilas horas de eden soñado,
Bálsamo un tiempo de mi penar,
Cuán fugitivas habeis pasado
Como las ondas del ancho mar!

En esas horas á mí llegaron
Dulces acentos de esta region,
Y al escucharlos luego temblaron
Todas las fibras del corazon.

Y vine ansioso para cantaros,
Y á vuestro gozo mi gozo unir,
Y amistad santa vine á juraros
Que no se llega nunca á extinguir.

Allá dejaba nido de amores
En mi querida tierra natal,
Allá do brotan como aquí flores
De eterno lujo primaveral.

Donde frondosos árboles crecen
Que al cielo tocan de limpio azul
Y entre sus copas tambien se mecen
Como aquí nubes de bello tul.

Do á todas horas pájaros bellos
Como aquí lanzan dulce trinar;
Do el sol más puro con sus destellos
Llega los valles á iluminar,

Cuando del velo que cubre el monte
Y alguna maga viene á romper,
Sólo se miran al horizonte
Blancos girones aparecer.

Entre los bosques de los manzanos
De madreselvas y de azahar,
En gratas fiestas, fiestas de hermanos,
Como las vuestras se va á gozar.

Y allí beldades tan hechiceras
Cual las serranas se ven lucir,
Que en hermosura son las primeras
Y las primeras son en sentir.

Y porque ocultan cual las violetas
Su donosura, gracia y primor,
Son el encanto de los poetas,
Que á la modestia dan su loor.

¡Ah cuántas veces mi pensamiento
Fijóse entonces en Teziutlan,
Y qué de veces doy aquí al viento
Tiernos suspiros por Michoacan!

¿Veis por qué os guardo tanto cariño
Acá en el fondo del corazon?
Porque las cosas que ví de niño
Me reproduce grata ilusion.

¡Y son tan bellas las ilusiones!
Que nos reflejan goces de ayer,
Y que despiertan las impresiones
De lo que nunca podrá volver!

¿Veis por qué vivo de vuestra vida,
Por qué me duele vuestro penar,
Por qué esta bella ciudad querida
Mi caro albergue vino á formar?

¿Veis por qué aplaudo vuestra alegría
Y por qué sangra mi corazón
Cuando cruzando la guerra impía
Cubre de luto nuestra región?

Porque vosotros sois mis hermanos
Y me es tan caro vuestro verjel,
Qual si tan solo de michoacanos
Fueran los rostros que miro en él.

¿Cuánta mi dicha, cuánta sería
Si tras la negra noche de horror,
Al fin brillara sereno el día
De inextinguible claro esplendor!

Y qué ¿no os dice vuestro contento
Que aquesa aurora que sale ya
Es el anuncio de que el tormento
De nuestros pechos á concluir va?

Tras la borrasca que inundó el suelo
Y nuestras mieses llegó á destruir
¿No veis que en medio del limpio cielo
Arco sublime se ve lucir?

La emocion pura, sincera y viva
Que se apodera del corazón
¿No es inspirada por esa oliva
Que trae la diestra del campeón?

¡Ah, venid todos á saludarla
Como el hermoso signo de paz!
Juremos fieles al contemplarla
Que el odio insano muere de hoy mas.

Y ántes que hollada, mísera y rota
Deje á esa enseña crüel baldon,
Jure entusiasta todo patriota
Guardar ilesa la eterna union.

SONETOS

Por qué así plácida y así serena
De mi dicha siempre los dulces lavos?
¿Os venga á dar mi silenciosa espera...
Y no puedo seguir vuestro camino?

Por qué así tan y con hincado hueco
Los mi nave del camino en blanco?
¿Alas; voláis allí... ¿cómo voláis?
El camino á descomponer y vino?

¿Volvéis por qué... ¿cómo voláis?
A la esperanza... ¿cómo voláis?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?

¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?

¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?

¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?

¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?
¿Qué el alma vola y cómo vola?

ADIOS.

(A MIS HERMANOS B. BARROSO Y AVELINA MARTINEZ.)

SONETO.

¿Por qué así place á mi fatal destino
De mi dicha romper los dulces lazos?
¡Os vengo á dar mis últimos abrazos!...
¡Y no puedo seguir vuestro camino!

Por quieta mar y con hinchado lino
Iba mi nave del favonio en brazos;
Mas ¡vedla allí!... ¡cuál flotan sus pedazos!
El huracan á destrozarla vino!

Volveis por fin al bendecido suelo,
A la encantada y deliciosa tierra
Que el alma adora y que jamas olvida.

Adios!... Que os preste su favor el cielo,
Y ved por mí la tumba do se encierra
El polvo de la madre de mi vida!

A MI CARO AMIGO

EL SR. PRESBITERO

D. IGNACIO R. REBOLLEDO.

SONETO.

Vagando un desdichado peregrino
Por ignota region en noche oscura,
Cubierto de afliccion y de amargura
Iba llorando su fatal destino.

Mas de improviso á sorprenderle vino
La blanda luz de un astro que fulgura,
Y al derramarse encantadora y pura
Bañó su frente y alumbró el camino.

El astro fuísteis vos, y yo el viajero
Que se complace en repasar la historia
Del cariño mas santo y verdadero.

Y es dulce al corazon vuestra memoria;
Al pobre corazon fiel y sincero
Que anhela vuestra dicha y vuestra gloria.

A LA SEÑORA DOÑA

AMELIA C. DE BELAUNZARAN.

SONETO.

Del noble y puro y grande sentimiento
Que guarda el alma para vos, señora,
Recibid la expresion alhagadora
En las notas que alegre doy al viento.

Ora que en vuestro hogar reina el contento
Y de un dia feliz brilla la aurora,
De mi pecho que júbilo atesora
Salga lleno de júbilo mi acento.

Plugo al cielo por fin que el dulce esposo
A quien la suerte proscribió enemiga,
Volviera á vuestros brazos presuroso.

Que el mismo cielo, cariñosa amiga,
Turbar no quiera ya vuestro reposo,
Y el voto ardiente del amor bendiga!

CONCHA.

Yo soy la linda concha
De plata y nácar,
Que guardo hermosa perla
Dentro del alma;
Rico tesoro,
Mas valioso en el mundo
Que todo el oro.

¿Qué puede compararse
Con la inocencia,
Compañera amorosa
De infancia tierna;
Angel que al suelo
Para cuidar del niño
Baja del cielo?

Fresca rosa en su cáliz
Guarda escondido
Embriagador perfume
Blando, exquisito;
Y el alma hermosa
Es del niño inocente
Como la rosa.

Ay! perdido el tesoro
De la inocencia

¿Qué es del hombre infelice
Sobre la tierra?
¿Qué de las flores
Arrancadas, marchitas
Y sin olores?

Yo soy la concha bella,
Yo soy la niña
Inocente, dichosa,
Pura y festiva,
Que sin cuidado
Oigo bramar las ondas
Del mar airado.

Soy la blanca azucena
De grato aroma
Que embalsama las brisas
Alhagadoras:
Y aun en capullo,
De amante jardinero
Formo el orgullo.

Y pues tan afanoso
Me quiere y cuida,
Sean para él mis gracias
Dulce delicia;
Y nunca el viento
Me destroce y le cause
Rudo tormento.

LA IMPRENTA.

AL ILLMO. SR. OBISPO DE PUEBLA, DR. D. CARLOS M. COLINA.

SONETO.

*Nisi Dominus edificaverit domum, in
vanum laboraverunt qui edificant eam.*

Allá, Señor, en el Germano cielo
Brilló de Guttemberg el astro un día
Que nítidos fulgores esparcía
Por cuanto abarca el anchuroso suelo.

¡Ilustre Guttemberg! Por tu desvelo
Saliera el mundo de la noche umbría,
Y al horizonte que tu mano abría
El genio del saber tendió su vuelo.

¡Bendito aquel á quien tu invento afana!
Mas ¿qué su obra será tras tanta pena
Sin Dios, y sin su diestra soberana?

Edificio que se alza sobre arena,
Y en cuyas ruinas soplará mañana
El viento del error que el mundo llena.

SALUTACION

dirigida por los alumnos del Colegio de San Luis Gonzaga de Chalchicomula al Illmo. Sr. Obispo Dr. D. Carlos Colina y Rubio, al visitar el establecimiento.

SONETO.

Nolite timere, pusillus grex.

Mínimos en la Grey que tu apacientas
Bajo tu excelso y paternal llamado,
Que, cual de Aaron depósito sagrado,
Con noble brillo y majestad sustentas;

Mas los primeros, cuyo amor alientas
Con tu tierna bondad y tu cuidado,
De gozo henchidos, Padre idolatrado,
Vemos que á nuestro asilo te presentas.

Pobre es á fe; mas dentro de sus muros,
Por la eterna verdad fortalecidos
Laten de gratitud cien corazones;

Que en la Barca de Pedro al ir seguros,
No temen ser del Noto combatidos
Si tu les das tus santas bendiciones.



EL CAMINO DE LA AMARGURA.

(A BENIGNO DE UGARTE.)

Diez y ocho siglos han trascurrido; persecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una madre que viene á llorar sobre su hijo.

CHATEAUBRIAND, Itinerario.

A la hora que marchitas dobléganse las flores
Cediendo á los rigores del astro abrasador;
Y de las claras fuentes consume los raudales
En tristes arenales el estival ardor;

Odiosa muchedumbre se lanza enfurecida
Del Dios que dá la vida la muerte á contemplar:
Así las negras ondas se chocan y se agitan,
Así se precipitan en el salobre mar.

No clama ya esa turba cual otro tiempo inquieta
Al Hijo del Profeta salud y bendicion:
Insultos y blasfemias y horrendas amenazas
Se escuchan en las plazas y calles de Sion.

Mirad: hácia el Calvario con lentitud camina
Un hombre á quien inclina la mas pesada cruz;
Sus ojos celestiales ya no despiden bellos
Los plácidos destellos de su fulgente luz.

Espinas punzadoras coronan la cabeza

Del Rey cuya grandeza domina por do quier:
Sus labios están cárdenos, su rostro ensangrentado
Y el cuerpo lacerado pronto á desfallecer.

Verdugos inhumanos le ultrajan, le escarnecen
Y los sarcasmos crecen del odio mas feroz:
En tanto que los justos exhalan conmovidos
Tristísimos gemidos marchando dél en pos.

Por medio de la turba penetra silenciosa
Tendiendo cuidadosa su lánguido mirar,
La Madre immaculada del Dios Omnipotente,
La Virgen inocente, transida de pesar.

No tienen sus mejillas divinas, pudorosas,
De las tempranas rosas el brillo ni el color:
No hay en su labio quejas, ni hay en sus ojos llanto,
Es mudo su quebranto, sublime su dolor.

Al ver en su almo rostro la pena indescriptible
Que destrozaba horrible su tierno corazon,
Las hijas de Solima: "¡oh madre! ¡cruel tormento!"
Dijeron con acento de grande compasion.

Mas ella nada escucha, su pensamiento fijo
Encuétrase en el Hijo que espira ya tal vez:
Y vuela á todas partes cual desprendida hoja
Y crece su congoja y aumenta su avidez.

Al fin entre las olas del pueblo alborotado
Contempla ensangrentado, cubierto de sudor,
Al hombre que se inclina jadeante y abatido
Y cae desfallecido á impulsos del dolor.

Del fondo de su pecho se escapa un ¡ay! terrible
Que espresa indefinible su padecer atroz;
Y el Hombre Dios en ella clavando la mirada
La dice ¡Madre amada! con angustiosa voz.

La Madre oyó ese acento tan triste y lastimero;
Aquel adios postrero del Hijo celestial:
Se doblan sus rodillas y presa del tormento
Se queda sin aliento su cuerpo virginal.

¡O Madre sin mancilla á quien la pena abruma!
¡Qué humana voz, qué pluma pudiera describir
De tu fatal encuentro el sufrimiento rudo
Que fué cual dardo agudo tu corazon á herir?...

Cuando la triste Virgen salió de su letargo
En su dolor amargo buscando al Redentor,
Al monte del suplicio llegaban presurosas
Las turbas procelosas bramando de furor.

Tras ellas fatigada la víctima inocente
Dirijese impaciente al fúnebre lugar...
¡Perdon, oh santa Virgen! ¡olvída los dolores
Que ingratos pecadores te hicieron apurar!



LOS DIAS DEL JUSTO.

(A MARIANO DE J. MORALES.)

Beatus vir qui timet Dominum.

¡Feliz, cual tú, quien adora
Y teme y sirve al Señor,
Y dentro el pecho atesora
De la virtud bienhechora
El gérmen consolador!
Porque ese hombre, en cuyo labio
La mentira no se asienta,
Que no hace á su hermano agravio
Y con la ciencia del sabio
A su espíritu alimenta;

Ese hombre que tiene abierta
Para el huérfano la mano,
Para el mendigo la puerta,
Y á quien hallan siempre alerta
Las miserias de su hermano;

Ese hombre que su desvelo
Consagra á la noble ciencia
Y que imparte su consuelo
Con caritativo anhelo
Del enfermo en la dolencia;

Con fidelidad siguiendo
Va la huella que en el mundo

Trazó el Dios-Hombre, viniendo
A hacer el mas estupendo
Prodigio de amor profundo.

¡Con qué imponderables creces
Paga ese Dios de bondad,
A quien haciendo sus veces,
Endulzando va las heces
Que apura la humanidad!

Serena se halla su frente,
Tranquilo su corazon,
Y hay en su mirada ardiente
El reflejo indeficiente
De una santa inspiracion.

A su alma el crimen horrible
Con su torcedor no aqueja
Ni su tormento indecible;
Que es como un lago apacible
Donde el cielo se refleja.

Y halla inefable ventura,
Una ventura sin fin
De su esposa en la ternura
Y en esa inocencia pura
De un amado serafin.

Sus amigos cariñosos
Vienen en risueños dias,
En dias como éste hermosos,
A acompañarle gozosos
En sus dulces alegrías.

Y con ellos se compasa
 En la mas grata efusion,
 Al ver que el Señor sin tasa
 Manda el júbilo á su casa
 Con su santa bendicion.

Ella te siga doquier,
 Hermano del alma mia,
 Y pueda esta dicha ser
 Preludio de aquel placer
 Que encierra el eterno dia.



Ofrenda Infantil.

(VERSOS RECITADOS POR UNA NIÑA EN EL CUMPLEAÑOS DE SU PADRE.)

A tí, padre amoroso,
 De la virtud modelo,
 De esposos el dechado,
 De caridad ejemplo;
 A tí que cual solícito
 Y amante jardinero
 De aquesta humilde planta
 Cuidas con afan tierno,
 Como en su nido el ave
 Cuida de sus polluelos;
 Consagro hoy los latidos
 De mi inocente pecho,
 Si alcanzan á espresarlos
 Estos sencillos versos.

La gratitud embarga
 Mi voz, cuando te veo
 Tan dulce y cariñoso,
 Tan apacible y bueno.

Mis infantiles años,
 Oh Padre, van corriendo
 Cual corre entre las flores
 Tranquilo el arroyuelo;
 Y tú, que del Dios santo
 Me enseñas los preceptos,
 Con mi querida madre

La dicha dividiendo
De hacerme tan felice
Cual sueña tu deseo;
Eres, en union suya,
Mi encanto y embeleso,
Y de ambos las caricias
Son todo el bien que anhelo.

Quisiera en este dia
Darte un tesoro inmenso;
Mas como débil niña
¿Qué cosa ofrecer puedo
De tus virtudes digna
Y digna de tu afecto?
Tan solo puedo darte
De mi boquita un beso,
Puro, como el que suele
Dar á la flor el céfiro.
Un beso, mas mi madre
Dice que en ese beso
Va un mundo de ternura
Que yo á explicar no acierto.
Y el Angel de mi guarda
Me dijo anoche en sueños
Que mi besito al darte
De amor y de respeto,
En tí, padre, mirara,
La imágen del Dios bueno,
Y que hoy por tu ventura
Fuera á rezar al templo.

A LA SEÑORA

DOÑA DOLORES BULNES.

(Con motivo de la bendicion y estreno de la hermosa casa de su hacienda de Santa Anna.)

Mandaisme, noble señora,
Pues vuestro ruego es mandar,
Que pulse el arpa insonora
Y la fiesta encantadora
Celebre de vuestro hogar.

Infunde al númen aliento
Esa dulce peticion:
Mas, si os digo lo que siento,
No afirma vuestro talento
Lo que pide el corazon.

Mi alma á la vuestra sujeta
Por mágica simpatía,
Os vió siempre tan discreta,
Que hoy, señora, se halla inquieta
Por vuestro nombre y valía.

Llega en lance tan tremendo
Mi perplejidad al colmo;
Y aunque estoy la verdad viendo,
Es la verdad que no entiendo
Cuál pedís peras al olmo.

Vuestro genio ha fabricado
Albergue tan grato aquí,
Que, cual Túsculo afamado,
Es digno de ser cantado
Por Horacio y no por mí.

Es vuestro gusto perfecto,
Como gusto que engendró
De Albion el gusto correcto:
Mas no hay gusto sin defecto
Y aquí es el cantarle yo.

Y si juzgais que no fundo
Mi sincera convicción
En algo serio y profundo,
Referid á todo el mundo
Que venga á vuestra mansion,

Que al estrenar sus salones
Y del cielo al implorar
Las augustas bendiciones,
En vez de dulces canciones
Se oyó mi rudo cantar.

Y, apelo á vuestro talento,
Esa circunstancia sola
Hará, Lola, que al momento
Se dude con sentimiento
Del gran talento de Lola.

De Lola, que es un modelo
Superior á mi lenguaje;
Estrella del patrio cielo,
Y á quien los de estraño suelo
Rindieron pleito-homenaje.

Con razon están quejosas
Las rosas de ese jardin
Y las auras vagarosas
Se lamentan con las rosas
En este bello confin.

El geranio y la azucena
Hablan de mí con enfado:
La Petunia, de horror llena,
Le está contando su pena
Al lirio aterciopelado.

Y son tales los enojos
De aquellos rojos claveles,
Que hasta se ponen mas rojos;
Y en el jazmin ven mis ojos
Palidez de ansias crüeles.

La preciosa trinitaria
Reniega del pensamiento,
Y la triste cineraria
Escondida y solitaria
Fué á llorar su sentimiento.

Y hasta la dulce amapola
Y la tímida violeta
De perfumada corola
Se están quejando de Lola
Y maldiciendo al poeta.

—“¿Para esto, bella Dolores,
Por tus flores afanarte?”
Así os increpan las flores,
Y sus ecos gemidores
Recoje la brisa, y parte!

—“Son justas nuestras querellas,
Pues aquel tierno cuidado
De sus blandas manos bellas,
(Prosiguen diciendo ellas
Al céfiro enamorado,)

“Fué para que el grato día
Que se estrenará el verjel,
En la mas dulce armonía
Se uniera la poesía
Con las galas que hay en él.

“Fué porque naturaleza
Con el arte se juntara:
Porque el genio en su grandeza
Un idéal de belleza
Con su acento celebrara.

“Y miéntras brisas y flores
Alegaban el jardín,
Las flores con sus olores,
Las brisas con los rumores
Que traen del bello confín;

“El bardo con dulces sonos
Dijera su inspiracion,
Y á tan tiernas impresiones
Latieran mil corazones
Con un solo corazon!”

¡Oh flores! si el aura inquieta
Que va á besar vuestras galas
Así el lenguaje interpreta

Con que mandais al poeta
Vuestras quejas en sus alas;

Os dice quien os adora
Y vuestras quejas oyó
Que su justicia no ignora:
Mas...quiso vuestra señora
Y héla obedecida yo.

Si no alcanza, bellas flores,
A calmaros mi respuesta,
Hareis oficios mejores
Brindando vustros olores
En tan espléndida fiesta.



LOS OJOS AZULES.

(PRIMERA PARTE.)

A LOS INSPIRADOS VATES G. GONGORA, N. CARDELLACH Y ANTONIO NOVOA.

“Ya de unos ojos de color de cielo
Devorar la simpática mirada,
Mirada en que un novicio al primer vuelo
Lee cien tomos y no dice nada.”

CAMPRODON.

Vates ilustres de las arpas de oro
Que aliento respirais de sacro fuego;
Dulces poetas cuyo nombre adoro,
Cuyo lauro inmortal envidio eiego;
Hijos mimados del Castalio coro,
Venid en mi favor, prestadme os ruego
Vuestra rica y ardiente fantasía,
Fecundo manantial de poesía.

Los que mil veces con sin par ternura
La gracia angelical habeis cantado
Y el imperio que ejerce la hermosura,
De azules ojos, cútis sonrosado,

De rubias trenzas y de frente pura,
No en este trance me dejeis cuitado:
Que yo, como vosotros, con anhelo
Canto los ojos de color de cielo!

Nada importa que Góngora levante
Grito de maldición contra mi musa;
Que Cardellach altivo y arrogante
Deje mi mente atónita y confusa,
Y que Novoa entusiasmado cante
Con el ardor que en sus delirios usa
Esas beldades de los negros ojos
Cuyo fiero desden le causa enojos.

Nada me importa, ¡voto á san! que truenen
Todos los partidarios del mal gusto;
Ni que de injurias y baldon me llenen
Que á pechos esforzados no dan susto.
Porque, lectoras, no os canseis ¡qué tienen
(Y no pongais al vate ceño adusto)
De bello y raro para ser famosos
Ojos negros, ó pardos, ó verdosos?

Lo negro es sin disputa lo más triste,
Es del no sér la imagen espantosa.
¿Quién sin estremecerse, quién resiste
La oscuridad de noche pavorosa?
De negro paño el féretro se viste
Donde el hombre que fué, yerto reposa;
Y el consorte infeliz tiene por negra
La suerte de luchar con una suegra.

Negra es la tempestad que en el océano
 Gruesas montañas con furor levanta;
 Negra pintan el alma del tirano
 Que al pueblo oprime con osada planta:
 Negro es, en fin... mas discurrir es vano;
 ¿Por ventura no todo lo que espanta
 Desde el forzado atleta al niño tierno
 Es negro cual la boca del aver no?

¿Habrà pena mayor, ni mal tamaño
 Que vivir cual mochuelo triste y solo
 Entre tinieblas la mitad del año
 Cual los vecinos míseros del polo?
 ¿Y habrá infelicidad, ó grave daño
 Comparable siquiera, ó soy un bolo,
 A la del ciego que marchando á oscuras
 Va sufriendo infinitas desventuras?

¿Es negro aqueese ejército de estrellas
 Que retrata el cristal de la laguna?
 ¿Visteis jamas entre las rosas bellas
 Así de luto presentarse alguna?
 Claras las fuentes son, y ved en ellas
 Copia del cielo y de la blanca luna,
 Y clamareis: "no hay vida, ni hay amores
 Donde faltan la luz y sus colores!"

¿Cómo hay quien tenga ¡pésimos antojos!
 Valor para cantar una hermosura
 Y á sus plantas poniéndose de hinojos

Decir que aguarda un mundo de ventura,
 Un cielo de contento al ver sus ojos,
 Ojos más bellos que la noche oscura?...
 Pues llámelos en medio á su entusiasmo
 Ojos claros, serenos... ¡qué sarcasmo!

Mas dejemos color tan displicente
 (Si lo negro es color) ¿en dónde hay cosa
 Mas ingrata que el pardo y mas corriente?
 Allí teneis, si no, la piel cerdosa
 Los que dijereis que mi labio miento,
 De tanta fiera parda y horrorosa
 Que los pobres viajeros miran yertos
 De angustioso pavor en los desiertos.

Me devano los sesos, y no atino
 Con la gracia que dió naturaleza
 A los objetos pardos: no adivino
 Do la estética está, si la belleza
 Buscar en pardas nubes imagino
 En los peñascos y árida maleza:
 Mi gusto sólo en lo exquisito fundo,
 Y pardos ojos tiene todo el mundo!

Pero el color que ménos se acomoda
 De los ojos al plácido atractivo,
 Es el verduzco, que la gente toda
 Tiene por despreciable y poco vivo.
 Los ojos verdes solo están de moda
 Entre esa raza á quien se dió exclusivo

Privilegio, de ver en los rincones
A través de las sombras los ratones.

Mirad, mirad: los ojos que yo adoro
Y dan á el alma celestial consuelo,
Son los del ángel de cabellos de oro
Y que busca el artista por modelo:
Son los ojos que encierran un tesoro
De ternura y amor; que al limpio cielo,
Al blando lirio, á la cerúlea fuente
Robaron un color tan esplendente.

¿Queréis una expresion indefinible
De animacion, de fuego, de alegría;
Una mirada vaga y apacible
Que diga al corazon melancolía;
O bien ese desden irresistible
Que convierte el placer en agonía?
Pues todo, todo encontrareis, lectores,
En los ojos azules seductores.

Id al Norte, si os place, y ved mujeres
Que en el hechizo y garbo soberanas,
Burlarán los contrarios pareceres
Apocando de Oriente á las sultanas;
Y comparad de Albion los nobles séres
Con las morenas vírgenes indianas,
Y cantareis: ¡poder de la evidencia!
De los azules ojos la excelencia.

¡Oh jóvenes poéticas, divinas,
Angeles rubios como el sol dorado
Que con vuestras miradas peregrinas
Mi corazon habeis enagenado!
Vosotras merecis de arpas mas finas
El delicado son; mas yo he cantado
Vuestra gracia iumortal, porque el primero
Ser que vindique vuestros ojos quiero.

AUSENCIA.

¿Recuerdas, Clorinda,
La tarde feliz
Que al bosque llegamos
Gozosos, y allí
Los trinos oyendo
Del ave gentil,
Clorinda, te dije,
Yo muero por tí?

¿Recuerdas que entonces
Mi acento al oír,
Tu ardiente mirada
Fijabas en mí;
Y abriendo los labios
De rosa y carmin
Dijiste: "mi pecho
Se abraza por tí?"

Envidia nos tuvo
La rosa de Abril:
El aura á envidiarnos
Llegó del confín;
Y á Febo de envidia
Miramos huir:
¿Tan grande ventura
Gozamos allí!.....

Aquellos instantes

De dulce vivir,
Trocado no hubiera
Por joyas á mil:
Que al ver tu modesto,
Gracioso reír,
Delicias mayores
Hallar no creí.

Mas oye, Clorinda,
¿Do fuéronse, dí,
Aquellos encantos
Que dióme ¡infeliz!
La tarde serena
Que hermosa te ví
La sien coronada
De mirto y jazmin?

¡Oh cielos injustos!
¿Por qué permitís
Que tengan mis dichas
Tan rápido fin?
¿Por qué de Clorinda
Me apartais así,
Si veis que no puedo
Sin ella vivir?

¡Cuán lentas las horas
Oh Dios, para mí
Trascurren!...si oyeras
El triste gemir,
Que exhalo, Clorinda,
Sin cesar por tí,

Desde el día aciago
Que me vió partir!...

Pregunto á las flores
Del fresco jardín;
Al astro nocturno
Que miro lucir;
¿Do está quién cautiva
Mi mente? decid.....
Y el astro y las flores
Me dejan morir!

Clorinda adorada,
Si el viento sutil
Te lleva estos ayes
Que arranca el sufrir,
Recuerda que un tiempo
Gozé junto á tí,
Y hoy sólo me resta
Mirarte ó morir!

MI AMOR.

A LUPE.

¿Has visto del firmamento
La azul region estrellada
Do ansiosa nuestra mirada
Es delicioso tender?
¿Y por la tarde tranquila
No has mirado los destellos
Melancólicos y bellos
Del sol que se va á poner?

Pues en lo íntimo del pecho
Delicia guardo más pura:
Es la célica ternura
De mi ardorosa pasión.
El amor es el destino
Del hombre sobre la tierra,
Que sólo el amor encierra
La dicha del corazón.

Grato es ver las ondas claras
Con que va el sonante río
Saludando al valle umbrío
Con misterioso rumor:
Y los líquidos diamantes
Que á las encendidas rosas
Ferman diademas vistosas
Y de brillo encantador.

Grato es oír el concierto
 Con que llenan la enramada
 Las aves, á la llegada
 De las mañanas de Abril.
 Y mirar el regio manto
 Con que se viste la aurora
 Para ser la precursora
 Digna del astro gentil.

Mas ni las galanas flores
 Coronadas de rocío,
 Ni del trasparente rio
 El eco murmurador;
 Ni los celajes que flotan
 En Oriente purpurinos,
 Ni de las aves los trinos,
 Me encantan como tu amor.

Amor!...sublime conjunto
 De inefables emociones,
 Imán de los corazones,
 De las almas dulce bien:
 Fuego incesante y activo
 Que al sensible pecho inflama;
 Voz misteriosa que llama
 A las glorias del eden.

Amor!...apacible sueño
 En que vemos cariñosas
 Blancas hadas vaporosas
 Que el éter cruzando van;
 Y en que extasiados oímos
 Los concentos celestiales,

Que en deleitosos raudales
 Alegres al viento dan.

Amor!...en el bosque umbrío
 Canta su amorosa pena
 En sentida cantilena
 El ardiente ruiseñor.
 Y la amante tortolilla
 Gimiendo vive cuitada,
 Al mirarse abandonada
 Del objeto de su amor.

Va por el amor, bien mio,
 La pintada mariposa
 Volando de rosa en rosa
 En el ameno pensil.
 Amor nos dicen los astros
 En sus misteriosos giros,
 Y son de amor los suspiros
 Que da el céfiro sutil.

Que en las selvas apartadas
 Como en la verde llanura,
 Del firmamento en la altura
 Y del mar en la extension;
 Acordada voz repite
 Sin cesar, querida mia:
 Que el amor es la armonía
 De la bella creacion!

Mujer! mujer!...tambien el pecho mio
 Agita esa dulcísima emocion!

Tambien yo con ardiente desvarío
Contemplo absorto celestial vision!

Y esa hermosa vision que á cada hora
Con amoroso afan busco doquier,
Es la del ángel que mi mente adora,
Del ángel bello que robó mi ser.

Cuando tus dulces ojos me miraron
Y tu sonrisa seductora ví,
Al instante mis venas abrasaron
Gotas de fuego que jamás sentí.

Y desde entónces bonancible calma
Sucedió á la tormenta del dolor;
Y no encontró felicidad el alma
Comparable al tesoro de tu amor.

Cuando contemplo el fúlgido lucero
Que se alza, de las tardes al caer,
Doy al viento suspiro lastimero
Si no me es dado tus encantos ver.

Y al extenderse por el ancho cielo
De la luna lá blanca claridad,
Viene á aumentar mi triste desconsuelo
Si no miro tu púdica beldad.

Porque yo te idolatro, amada mia,
Y mi único delirio es el pensar
Que lucirá radiante el bello día
En que Dios nos bendiga ante el altar.

Ay! entretanto que benigno el cielo
De tal ventura llena el corazon,

Oye, mujer, con cariñoso anhelo
El canto de mi férvida pasion.

Cierto es que pobre, y abatido, y triste
Voy cruzando este valle de dolor,
Cual débil navecilla que resiste
Los embates del noto bramador:

Y ni aun se ve sobre mi mustia frente
Ese laurel que ambicioné por tí,
Cuando al soñado templo refulgente
Penetrar de la gloria pretendí:

Mas tengo un corazon con que te adoro
Como quieren las auras á la flor,
Y este es, mi bien, el único tesoro
Que te puede ofrecer mi casto amor.

Tú lo aceptaste un dia, virgen pura,
Mi afan ardiente coronando así...
¿Qué turbará mi cielo de ventura?
¿Quién, dulce amor, te arrancará de mí?

LOS OJOS AZULES.

(SEGUNDA PARTE.)

(PARA EL ALBUM DE MARIA REYES.)

Yo soy quien otro tiempo cantó los dulces ojos
Que al cielo de zafiro robaron el color:
Los ojos que á los lirios del valle dan enojos
Y encienden en el alma la llama del amor.

En los primeros años de aquea edad dichosa
Que entre dorados sueños de mágico placer
Se escapa cual las nubes que de ópalo y de rosa
De las serenas tardes se miran al caer;

Miré por vez primera un ángel peregrino,
De rúbia cabellera, de rostro celestial,
Y de ojos azulados cuyo mirar divino
De inspiraciones era purísimo raudal.

Le ví tan hechicero, que le adoré, señora,
Con ese amor intenso del alma juvenil,
Tan puro como el astro que con su luz colora
Las flores primorosas del encantado Abril.

Mil veces delirando le supliqué de hinojos
Que la perdida calma volviera al corazón,

Mas no escuchó mi acento, y en sus hermosos ojos
Ni un rápido destello brilló de compasion!

Señora, desde entonces vagué meditabundo
Llevando dentro el pecho abrasador volcan,
Y triste y sin consuelo yo cruzo por el mundo
Como la débil planta que arrastra el huracan.

Y pasan ¡ay! los años, y nunca mi tormento
Desde que la hermosa jóven objeto de mi amor
Burlóse de mis penas y desoyó mi acento
Del alma desojando la mas querida flor.

Y ¿lo creéis, señora?... Su imagen todavía
Grabada en la memoria me sigue por doquier:
De noche la contemplo, y al despuntar el dia
Ella es el pensamiento que me hace padecer.

¡Oh si el destino injusto que así anubló la estrella
En cuya luz radiosa mi porvenir cifré,
La vida me arrancara, pues que jamas en ella
De mi soñado cielo las dichas obtendré!

Os he contado la historia
De mi pobre corazón;
La causa de mis tormentos,
La desdicha de mi amor.

Perdonad si en la corona
Que la amistad os tejió
He colocado, María,
Las espinas de una flor

Cuyas hojas delicadas
Destrozara el aquilon.
Perdonad si de tristeza
Escribo páginas yo
En este libro que debe
Por sus galas y primor
Ser como el discreto amigo
Que en las horas de afliccion
Vierte bálsamo suave
No tósigo matador
De los séres que se aman
En el tierno corazon.

A vuestros ojos azules
Que robaron el color
De las transparentes ondas
Culpad de esta indiscrecion;
Pues ellos han avivado
Mis recuerdos de dolor:
Los ojos color de cielo,
Fuente de mi inspiracion
Y origen de los pesares
De mi infortunado amor.

¡Comprendeis, bella María,
Cuán profunda es la afliccion
De quien ama ojos azules
Que le desdeñan?.....¡Por Dios,
Que si algun ser os declara
Una ardorosa pasion
Cual yo al ángel de mis sueños
Cuanto esquivo encantador,
No le despreciéis, María,
Dadle vuestro corazon;
Sed en la sombría noche

De su vida el almo sol;
La estrella que guie su paso
Al puerto de salvacion;
El cielo de su ventura,
De su esperanza la flor,
El aliento de su vida
La paz de su corazon:
Sed la mitad de su alma,
Y no olvideis que el amor
Vuestros ojos apacibles
Por su dulzura escogió.

DECLARACION.

Virgen de los dulces ojos
Y del rizado cabello,
La de alabastrino cuello,
La de labios de coral:
Tu en cuya frente espaciosa
La modestia se retrata,
Como en un lago de plata
De blanca luna el fanal:

Yo te amo desde aquel día
En que por la vez primera
Galana, pura, hechicera,
Te ví lleno de placer;
Y en que tu voz armoniosa
Como el canto de las aves,
Con vibraciones suaves
Vino el alma á conmover.

¿Quién eres, dí, que al mirarme
Sonries tan pudorosa
Que en tu mejilla graciosa
Se enciende el dulce carmin?
¿Eres el ángel hermoso
De la paz y del consuelo,
Que envía piadoso el cielo
A dar á mis penas fin?

¿Eres la mujer querida

De gracia y virtud conjunto
Cuyo mágico trasunto
Absorto en mis sueños ví?
¿O la estrella refulgente
Que brillando en lontananza
Fué mi plácida esperanza?
¿Quién eres, oh virgen, dí?

Bellas como el limpio cielo
Que ofrece á un triste en la tarde,
Cuando el sol apenas arde,
Sublime consolacion;

Así contemplo gozoso
Tus angélicas miradas,
Que vuelven apasionadas
La paz á mi corazón.

Yo te adoro, linda jóven,
Con esa llama tan pura,
Como la luz que fulgura
Tras la negra tempestad.

Y si un día conmovida
Me dijeras: *yo te adoro*,
Fuera mi único tesoro
Tan grande felicidad.

Cuando á cantar el jilgero
Sus amores se apresura;
Cuando el arroyo murmura,
Y abre su cáliz la flor:

Y cuando al mundo la noche
Cubre con su oscuro manto,
Para que oculten su llanto
Las víctimas del dolor;

Fijo en tí mi pensamiento,
 Pasan rápidas las horas,
 Cual las aguas bullidoras
 Que corren al ancho mar.
 Que tú eres la vida mía;
 Tú quien me roba la calma;
 Tú el delirio de mi alma;
 Tú mi genio tutelar.

Abre, niña, esos labios
 De fresca rosa,
 En que blanda sonrisa
 Se vé graciosa;
 Y apasionada,
 Júrame que por siempre
 Serás mi amada.

Cuando en el bosque umbroso
 La filomena
 Del ruiseñor desoye
 La cantilena,
 Sin esperanza,
 El pájaro sus notas
 Flébiles lanza.

Yo que cifro mi dicha
 Y mi sosiego,
 En que tu pecho acoja
 Mi humilde ruego,
 Preferiria,
 A tu desden, la muerte,
 Querida mía.

Abre, niña, esos labios
 De fresca rosa,
 En que blanda sonrisa,
 Miro graciosa;
 Y apasionada,
 Júrame que por siempre
 Serás mi amada.

Júrame, niña bella,
 Cual yo te juro,
 Que si protege el cielo
 Fuego tan puro,
 Vendrá dichosa
 Una hora en que te llame
 Mi tierna esposa.

Y en que unidos latiendo
 Dos corazones,
 Sientan de un amor casto
 Las impresiones.
 ¡Abre, querida,
 Tus amorosos labios,
 Dame la vida!

EN SU ALBUM.

Ylondra enamorada cuyo acento
Resuena al disiparse noche umbría:
Oh, si cual tú, pudiera el arpa mia
Sentidas notas regalar al viento!
Inspirados por noble sentimiento
Tu ilustre gloria ensalzan á porfia
Yridentes bardos que en dichoso dia
Contemplaron absortos tu talento.
Yngel venido del celeste coro;
Qui señor que de encanto el bosque llenas,
Repite tu cantar puro y sonoro.
Escuchando tus blandas cantilenas,
He debe el corazon rico tesoro,
Olvida el alma sus amargas penas.

Contestacion al anterior.

(DE ROSA CARRETO.)

Y mí llegó tu melodioso acento,
Tirino del ave en la enramada umbría:
Inspirado cantor! ¡que la voz mia
Fauda te lleve el apacible viento!
Solo de gratitud el sentimiento,
Oh dulce hermano, te dirá á porfia,
Repitiendo á la vez que cada dia
Comprendo más tu espléndido talento.
Oyendo tu cantar, de aves un coro
Resuena, Tirso, y de contento llenas
De tí aprenden el cántico sonoro.
Otra vez y otras mil tus cantilenas
Bellas quiero escuchar, que tal tesoro
Oliviará del corazon las penas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A PEDRO ESPINOSA

en su ascension aereostática del 15 de Marzo de 1874.

En alas de tu genio y tu osadía
Como rauda Condor tiendes el vuelo,
Y del Anáhuac en el limpio cielo
Vas á escribir tu nombre en este día.

¡Con cuánta admiracion, con qué alegría
Los hijos ven del mexicano suelo
Ese nuevo laurel que en su desvelo
Tu noble pecho con ardor ansía!

Si de un pueblo entusiasta y generoso
Puede ser recompensa á tu fatiga
Aplauso codiciado y sonoro;

Que su eco inmenso tu carrera siga,
Y que tu nombre al repetir famoso
De tu patria tambien el nombre diga.

15 de Setiembre de 1810.

(A MANUEL A. MERCADO.)

¡Patria! nombre feliz, númen divino!
Eterna fuente de virtud, en donde
Su inextinguible ardor beben los buenos!...

QUINTANA.

¡Juventud entusiasta, en cuya frente
Brilla de libertad la pura llama
Que con su resplandor indeficiente
Al mexicano corazon inflama:
Ven á mi derredor; y el himno ardiente
Que el deber mas sagrado nos reclama,
Entonemos aquí con voz sonora
Por esa patria que mi pecho adora!

La patria, sí!... cuando su nombre bello
En mis oídos mágico resuena,
Del Númen inmortal vivo destello
La osada inspiracion mi mente llena.
¡Salve, oh matrona, cuyo hermoso cuello
No oprime del esclavo la cadena!
¡Salve, madre gentil, que en grato anhelo
Los ojos alzas á tu limpio cielo!

¡Salve! y así con cariñoso alhago
Te saluden las brisas rumorosas
Que de uno y otro trasparente lago

En esta bella noche presurosas
A refrescarte van, y en eco vago
Vuelven á las campiñas silenciosas,
Repitiendo de júbilo el hossana
Que da la libre gente mexicana!

¡Con qué belleza y majestad se mira
En tu morena frente la corona
Que la heroica virtud que el mundo admira
Y que la fama por doquier pregona
Tejiera para tí! La blanda lira
Del vate excelso que su canto entona
Por la Grecia inmortal, ¡oh quién me diera
Pulsar en esta noche placentera!

¡Con qué fuego cantara al noble anciano
Que, cual otro Moisés, mira la suerte
Del generoso pueblo mexicano
Que, sentado á las sombras de la muerte,
Por otro tiempo suspiraba en vano
En que fué libre, poderoso y fuerte,
Y concibe el grandioso pensamiento
De arrancarle á su largo sufrimiento!

Era una noche lóbrega, sombría,
Que al desplegar su pavoroso manto,
Del vasto Anáhuac la extension cubría
Y de sus hijos ocultaba el llanto.
Todo en silencio sepulcral yacía
Y solo un hombre se agitaba en tanto
Porque sonase la hora bendecida
De proclamar la libertad, la vida.

Era Hidalgo aquel hombre, el gran caudillo
A quien el Dios potente concediera
Alma elevada y corazón sencillo
Para que á sus hermanos redimiera.
En su mirada reflejaba el brillo
De los ojos del águila altanera.....
Y crece su ansiedad, y activa llama
Con insólito ardor su sangre inflama.

Escúchase por fin la hora sublime;
Hiende los aires el glorioso grito:
Grito de un pueblo que infelice gime
Como el pueblo de Dios gimió proscrito;
Pero á quien ese Dios también redime
Del baldon que en la frente lleva escrito,
Marcando el *hasta aquí* con dedo augusto
Que horroriza al tirano y al injusto.

No es tan grata la plácida armonía
Con que llenan las aves la espesura,
Ni del arpa la tierna melodía,
Ni el son del arroyuelo que murmura,
Como esa voz de angélica poesía,
Que resonando indefinible y pura
Alza un eco en los grandes corazones
Diciendo: *libertad á las naciones!*

Tras de la noche triste, pavorosa,
En que el hombre se oculta amedrentado,
Cuando el rayo los árboles destroza
Y ronco zumba el aquilon airado;
Suele brillar la luz esplendorosa
Del astro-rey que iluminando el prado,

Nos deja ver mas galas y primores
En las fuentes, las aves y las flores.

¡Oh centurias! ¡oh noche, que del llanto
Mas triste y doloroso eres testigo;
Noche de cautiverio y de quebranto
Que no viene á alumbrar un astro amigo;
Tú cesarás tambien: el negro manto
Que prestaba á los déspotas abrigo,
Se rasga al fin, y surge aquella aurora
Que aun hoy los bellos horizontes dora!

¡Juventud apasionada,
Entusiasta juventud,
En quien la patria adorada
Tiene su gloria cifrada
Por tu ciencia y tu virtud!

Tú que podrás algun dia
Defender ese tesoro
De inestimable valía,
Que un patriota no daria
Del mundo por todo el oro;

Ven á mí, juntos cantemos
La dulce felicidad
Que á nuestros padres debemos,
De que hoy las auras llenemos
A la voz de libertad!

¡Libertad, mágico nombre,
Libertad, sublime don

Que el cielo ha otorgado al hombre
Porque al universo asombre
El rey de la creación.

Libertad! rica corona
De los pueblos soberanos:
Cadena que no aprisiona,
Cual los hierros que amontona
La furia de los tiranos:

Sino que une en dulce lazo
A la inmensa humanidad,
Y la estrecha en santo abrazo
En el materno regazo
De sublime caridad:

¿Te perderemos? ¡quimera!
Si alguna vez un menguado
Subyugarnos pretendiera,
Esta juventud muriera
Por tesoro tan sagrado.

Que ántes prefiere un patriota
En la lucha perecer,
Que mirar hollada y rota
La bandera que allí flota
Y es mi orgullo y mi placer.

¡Juventud apasionada,
Entusiasta juventud,
En quien la patria adorada
Tiene su gloria cifrada
Por tu ciencia y tu virtud:

Ven á mí: juntos cantemos
 La dulce felicidad
 Que á nuestros padres debemos
 De que hoy las auras llenemos
 Al grito de libertad!



UN SUICIDA.

(A MI AMADO HERMANO VICTOR.)

SONETO.

“¡No más vivir!... ¡á qué, si los dolores
 Agostaron la rosa mas querida
 Que encanto fué de mi temprana vida
 Con su aroma, sus galas y colores?

¿A qué cruzar el páramo de horrores
 Con planta débil, vacilante, herida;
 Y, ya la fe del corazon perdida,
 Sin placer, sin consuelo y sin amores?”

Así clama un mancebo en voz doliente,
 Al ver las ondas de anchuroso rio
 Y en ademan de echarse desde el puente.

Y grita con extraño desvarío:
 “¡Sepúltame en tus aguas, oh torrente...
 Cuando sepa nadar y no haga frío!”...
 ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GENUS IRRITABILE.

A MI APRECIABLE Y DISTINGUIDO AMIGO EL SR. D. ANSELMO DE LA PORTILLA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

FABULA.

Prendado de las gracias de un perrillo
Seductor, si los hay, y cuco y mono,
Que una perra sacó, por darse tono
A lucir—como madre—en un pasillo;

Clamó Andres: “¡qué precioso falderillo,
En él las gracias de su padre abono!”
Y á acariciarle fué; cuando en su encono
Vino la perra y le mordió un tobillo.

El árnica al ponerle bienhechora
En el herido pié, de sangre enjuto,
Dijo así Andres con voz desgarradora:

—“¡Oh fiera ingratitud! ¡oh triste fruto!...
Mas ¡pesiamí y á quien lo bello adora!
No hay que andar en caricias con un bruto.”

EL PATRIOTERO.

BOLERAS NO MANCHEGAS.

(A JACINTO PALLARES.)

Quisiera con el alma
Ser patriotero,
Para ganar sin pena
Mucho dinero.
¡Patria querida,
Tu formas mi esperanza,
Mi dulce vida!

Tú das al infelice
Tanta riqueza,
Que admira al mundo todo
Por su grandeza:
Basta que grite
Que el Dios de sus mayores
Vale un ardite.

A los campos de Marte
Fué el patriotero,
Sin valor, ni pericia,
Novel guerrero;
Mas cien fazañas
Acabó ya, corriendo
Por las montañas.

Y vuelve mas altivo
 Que un Belisario:
 De cruces en el pecho
 Trae un Calvario;
 Y con decoro
 Ostenta verde banda
 Bordada de oro.

El otro estudiantillo
 Que aprendió leyes,
 A los indios embarga
 Sus flacos bueyes;
 Y satisfecho,
 Defensor se intitula
 Del buen derecho.

Con elocuencia rica
 Como ninguna,
 Dijo una vez mil cosas
 En la tribuna,
 Y diputado
 En un sufragio libre
 Quedó nombrado.

A hacerme voy compadre,
 Por mil razones,
 De aquel señor ministro
 De relaciones:
 Es la primera,
 Porque me de un obsequio
 De su cartera.

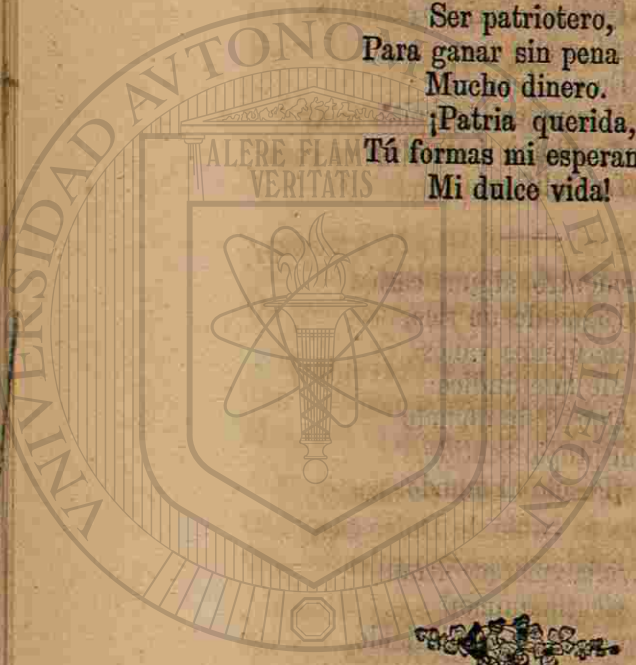
Objetará el ministro
 Que un patriotero
 Jamas fija sus ojos
 En el dinero;
 Mas no es bigornia
 Quien explotar pretende
 La California.

Si encuentro alguna casa
 Digna de un rico,
 Sin escrúpulos vanos
 Me la adjudico:
 Que al fin abundo
 En mi propio sentido,
 ¡Pésele al mundo!

Las viejas me acatarran
 Con la quimera
 De que me lleva el diablo
 Cuando yo muera;
 Y redarguyo,
 Que el diablo no se lleva
 Lo que ya es suyo.

Tan solo Gurrumiche
 Tiene el trabajo
 De cargar con los tontos
 Para allá abajo.
 Ya, ya veremos:
 Mientras la vida dure,
 Tiempo tenemos.

Quisiera con el alma
 Ser patriotero,
 Para ganar sin pena
 Mucho dinero.
 ¡Patria querida,
 Tú formas mi esperanza,
 Mi dulce vida!



EN EL ALBUM DE CONCHA PONTON.

¿Versos he de escribirte, Concha mía?
 ¿Y al correr de la pluma?... Pues no es cosa
 Que acobarde á mi *délfica* osadía!

Porque sabes muy bien, Concha graciosa,
 Que yo por ensartar dos consonantes
 Me salgo de la iglesia; y la vil prosa

(Con perdon de Marianas y Cervantes)
 No vale, en mi sentir, dos caracoles
 Para ensalzar á damas elegantes.

La prueba, sin andar en arreboles,
 Es que en prosa se habló de Dulcineas,
 Y en verso de muchachas como soles.

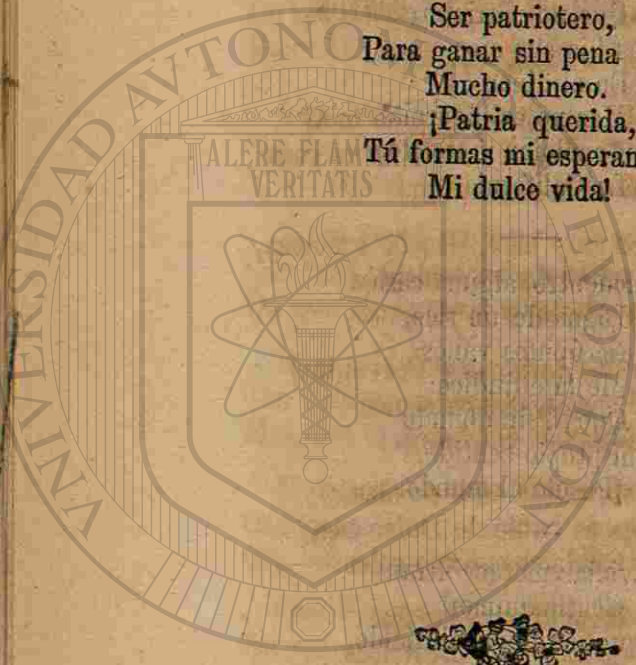
La prosa se inventó para las feas,
 Y para hablar de Lauras y Beatrices
 El escote pagaron las *Pimpleas*.

Y si, cual temo, Concha, tu me dices,
 Por hacerme poner el ceño adusto,
 Que no gustas de versos infelices;

No entiendas que me dé pena ni susto,
 Pues soy tan socarron cual mal poeta,
 Y mando versos *donde va mi gusto*.

¡Y hoy mi gusto eres tú!... la musa inquieta
 Está en el alma haciéndome cosquillas
 Y no hay poder que la mantenga quieta.

Quisiera con el alma
 Ser patriotero,
 Para ganar sin pena
 Mucho dinero.
 ¡Patria querida,
 Tú formas mi esperanza,
 Mi dulce vida!



EN EL ALBUM DE CONCHA PONTON.

¿Versos he de escribirte, Concha mía?
 ¿Y al correr de la pluma?... Pues no es cosa
 Que acobarde á mi *délfica* osadía!

Porque sabes muy bien, Concha graciosa,
 Que yo por ensartar dos consonantes
 Me salgo de la iglesia; y la vil prosa

(Con perdon de Marianas y Cervantes)
 No vale, en mi sentir, dos caracoles
 Para ensalzar á damas elegantes.

La prueba, sin andar en arreboles,
 Es que en prosa se habló de Dulcineas,
 Y en verso de muchachas como soles.

La prosa se inventó para las feas,
 Y para hablar de Lauras y Beatrices
 El escote pagaron las *Pimpleas*.

Y si, cual temo, Concha, tu me dices,
 Por hacerme poner el ceño adusto,
 Que no gustas de versos infelices;

No entiendas que me dé pena ni susto,
 Pues soy tan socarrón cual mal poeta,
 Y mando versos *donde va mi gusto*.

¡Y hoy mi gusto eres tú!... la musa inquieta
 Está en el alma haciéndome cosquillas
 Y no hay poder que la mantenga quieta.

¡Sus!... te voy á cantar! (Las picarillas
De tus lindas amigas seductoras
Entre las cuales por la gracia brillas,

Con carcajadas francas y sonoras
Me van á regalar por esta entrada
Y con frases asaz murmuradoras).

Sí, te voy á cantar, oh Concha amada,
Con toda el alma á fe, mas no haya miedo
De que se alarme nadie, ni por nada.

Pues este canto que entonar no puedo
Tan dulcemente como tú, que encantas
Mas que el favonio blando que va ledo

Murmurando entre flores; y que cantas
Ora como el clarín que el bosque alegra,
Ora como una tórtola.....de tantas

Que llorando se están la pena negra
En vez de dar acentos de alegría
Al ver que en su viudez quedan sin suegra;

Este cantar, oh Concha, te decia,
No es el de almibarado Cupidillo
Que rondando tu casa noche y día,

Aguarda en vano ver el dulce brillo
De los tiernos ojuelos con que mira
La hermosa habitadora del castillo.

No; que el ardiente amor con que delira
La loca juventud apasionada,
Para este vate de menguada lira

Cosa es que ya pasó como juzgada,
Como un meteoro de fugaz destello,
Desde que con mi Lupe idolatrada

A la santa coyunda rendí el cuello,
Y entré á gente formal, grave y sesuda,
A jefe de un hogar y.....á todo aquello.

Si hoy pues imploro la potente ayuda
De las deidades del Castalio coro,
Y evito así la prosa innoble y ruda;

No es para asegurarte que *te adoro*,
Ni que mi alma *prendida está en los lazos*
Que forman, Concha, tus cabellos de oro,

Ni que mi *corazon hecho pedazos*
Vengo á poner á tus pequeñas plantas,
Ni que *buseo la dicha entre tus brazos*,

Y lindezas así, tales y tantas,
Que llenaran este álbum exquisito
Que emborronando estoy, y tu lo aguantas!

Sino para decirte, y muy clarito,
Que acá en el fondo de mi pecho guardo
Un cariño por tí, que para escrito

No cabe en este libro, que no tardo
En ir á permutar por un *in-folio*
Del tamaño siquiera del Mascardo,

Para hacer de sus hojas monopolio,
Y en ellas escribir todo un poema
Que forme de mi gloria el capitolio.

De tan noble trabajo será el tema
De tu tierna amistad la grata historia:
Ya ves si al escribirla tendré flema,

Cuando tan larga es, que la memoria
Va á faltarme de cierto, y en mi apuro
Sudaré más que el mulo de una noria.

Mas entretanto, Concha, que procuro
Con mi garbo salir y mi osadía
De aquese trance para mí tan duro;

Sufre paciente en esta charla mia
Del prometido *in-folio* ese resúmen
Que á tu amistad ofrece mi hidalguía.

No dirás que en calor perdió mi númer,
(Ni tampoco que falta el amor propio),
Pues si otros cantan con mayor cacúmen,

Yo en cambio tanto verso y tanto acopio,
Que ya tienes aquí para una siesta
Y cuando insomne estés, no busques opio.

Mas, Concha, quiero en paz tener la fiesta
Y que no furibundo me maldiga
El que con pluma en mano ya se apresta

Para seguir de mí: cállome y siga,

Y dando á tus virtudes y hermosura
Merecida alabanza, tanto diga,

Que aun cuando ofenda tu modestia pura,
Virtud que brilla en tí con mas fulgores,
Quedes cubierta, angelical criatura,
De sempiternas y olorosas flores.

EPISTOLA ROMANTICO-PULCHERRIMA,

que un vástago de la prolífica progenie de los Argotes y Gracianes dirige á un barbiponiente y estupendo poeta de la Reina de Anáhuac.

A la hora que la sábana infinita
Con su infame palor tiende la noche
Sobre el Orbe que trémulo se agita;

Y en que crujendo el tenebroso coche,
Como el Condor que á sus adustas alas
Desprende audaz el opalino broche,

Rápido cruza las etéreas salas
Dejando atrás á la fecunda Céres
Y á su vecina la altanera Palas;

Cuando en raudo monton vuelan mil séres
En confuso girando remolino,
Cual enjambre de tétricas mujeres

Que del panal inmenso del destino
Corren en pos, las flores recorriendo
Que salpican el éter diamantino;

Cuando el rubio ginete ya durmiendo
En su lecho de sombras sueña acaso
Que un muerto de su túmulo saliendo

(Paréntesis de vida,) paso á paso
Viene al mundo auroral de las ideas
Que flotan bajo el cingulo de Ocaso:

Y cuando, en fin, de las nevadas teas
Condensada la luz se infiltra y cunde
Como el agua por nítidas zaleas;

Mientras el primo de la parca infunde
Soporífero aliento en el nacido
Que con fúlgido muerto se confunde;

Yo velo, y pienso en vos, vate garrido,
Y dejo blandas plumas por la pluma
Que flotaba en el limbo del olvido.

¡Perínclito y egregio Moctezuma,
Que allá en la universal y comun arca
Aguardas ¡ay! que el tiempo se consuma

Para abrir los candados que la parca
A sus puertas echó, cuando implacable
Trituró tu cerebro de monarca!

Ven, muda encarnacion y venerable
De las Indicas glorias, hoy que ardido
Un romántico pollo comfortable,

Abandonando el gigantesco nido
Donde cantan las águilas feroces,
Evoca tu linaje esclarecido.

Ven, espectro sublime, y que las voces
Primordiales del vate que á la fama
Va haciendo por el mundo dar de coces,

Cuando al cóncavo cielo se encarama
Y en los prados olímpicos saltando
Va, cual tierno pichon, de rama en rama;

En las regias orejas retumbando
De esos vástagos tuyos relucientes
Que Descortes acogotó Fernando,

Despierten del sopor á esos valientes
Que formar deben tu imperial cortejo
Saliendo de sus tumbas insurgentes.

Derramando palor, rayo bermejo
Lanza desde la cumbre de Cholula
Antorcha funeral, y á su reflejo

Que en las frentes-cadáveres circula,
La armada sombra nos descubre fiera
Del Extremeño á quien la historia adula.

Aun arde allí la furibunda hoguera
Que sediento de blanco y de amarillo,
Ese *malnato* en México encendiera:

Y aun las piernas hirsutas de ese pillo
Las ondas cruzan del bullente lago
De sangre que le llega hasta el tobillo.

La lengua sufre tan mortal estrago,
Tanto se pierde de dolor el seso
Al contemplar el horizonte vago

Donde sin redencion, sin luz y opreso,
Enclayado en la cima de los montes
Sufrir el pueblo una pena sin proceso,

Mirando solo aquí rinocerontes
Vestidos de vireyes en sus tiendas
Regalando á desnudos clerizontes

Fértiles Haceldamas-Encomiendas,
Girones cadavéricos patricios
De la bruma arrastrados por las sendas;

Que hasta vosotras, sombras, dais indicios
De temblar en el hueco mausoleo,
Segun observo yo por sus resquicios.

Valor, empero; y ántes que el *febeo*
Rubicundo esplendor las sombras mate,
Venid ante el Cantor de Prometeo.

Proteo quise decir, mas el dislato
Perdonad á la musa culterana
Que el bisoño magin sopla del vate.

¡Valor, tres veces! puesto que mañana,
Cuando alumbre la fé que enciende auroras,
No podreis en funérea caravana

Las notas escuchar encantadoras
Del polluelo del águila rampante
Que canta solo en las sombrías horas.

Y al asomar la luz reverberante
Que da la ensortijada cabellera
De aquel pastor flamígero y amante,

Al nido el ave volverá altanera
Y os quedareis vosotras contemplando
Del mundo azteca la implacable hoguera!...

Mas ya como de cuervos negro bando
En enjambre venís; tímido advierto
Que al fantástico vate rodeando

Una tras otra con abrazo yerto
Y con ósculo pálido saluda
Al que graba fulgor en cada muerto.

¡Cuánto el mísero á fé trabaja y suda!
Al huesoso entusiasmo da ya tregua
Tropa tan elocuente como muda.

Que como suele jerezana yegua
Aligera correr por las pendientes
Dando cada tiron como una legua,

Así de los permésicos torrentes
Baja ya la preñada catarata
A la frente mas docta de las frentes:

Y el filopatrio númen que dilata
Con insólito ardor las indias venas,
Ya al poeta la lengua le desata:

“Harapos de la tumba! de las penas
No mi labio infantil haga cobarde
Dolorida mencion; pues las cadenas

Que de poneros hizo torpe alarde
¡Hijos queridos del *Leon-Derecho*
El *Tuerto* del país de Calomarde,

Quebró jugando vuestro heroico pecho
Al grito poderoso de venganza
Que el ultraje dejara satisfecho.

No, que mi musa rauda se abalanza
A los evos dichosos que *en hoy* cruza
Nuestra generacion que los alcanza.

Dejad pues esa negra caperuza,
Palpitante giron de la mortaja,
Con que el clero al difunto engaratuza,

Y alegres como ríspida sonaja
Ledos batid entrambas las canillas
Y reíd mas contentos que una maja.

Pues tales hoy se miran maravillas
De aqueste perfumero en cuyo borde
El ámbar duerme en nítidas mantillas,

Que cual en son angélico y concorde
Los neófitos poetas y titanes,
De elefántica lira en cada acorde,

Flexibles como cándidos olanes,
Acentos dan que el tornavoz repite
Del límpido cristal de los volcanes.

¿Es moco de ave Junia? Es un ardite
Que otros pueblos de cresta y de espolones
Que allende están de la húmeda Anfitrite,

Aprovechen, oh sombras, las lecciones
De nuestro pollo pueblo, que ha sudado
En el Getsemaní de las naciones?

Allí teneis si no, del otro lado
Las nobles y riquísimas Españas,
No las viejas las nuevas que han brotado,

Que al fin dándose campo y buenas mañas,
Se ayuntaron ¡pardiez! con el progreso
Y ya bulle el infante en sus entrañas.

¡Y el Cisne de Occidente, que travieso
Juega, del mar en la anchurosa Cuba,
A si se traga ó no se traga el hueso?

Es que á sonar va ya la inmensa tuba
Del gran Apocalipsis, y triunfante,
Antes que el nuevo sol al zenit suba,

El destino con brazo de diamante,
En dos paletas solo y tres tirones,
Traerá la bestia horrisona y rampante.”

Dijo el vate, y al punto las visiones,
Cubiertas de medrura, desfilaron
Camino de sus viejos panteones.

Yo las iba á seguir, cuando estallaron
A mi espalda dulcisonas palmadas,
Y mil *hurras* los céfiros llenaron.

Y volviendo anhelante mis miradas,
Un inmenso teatro absorto veo,
Donde gentes sin fin regocijadas

Al Cantor del sublime Prometeo,
Que izado sobre bárbaras injurias,
Tiró del pedestal al Gran Tirteo,

Con hervidoras aplaudiendo furias,
“¡Viva, decian, el feliz poeta
Que México aguardó por tres centurias!”

¡Salve á tí, pues, rarísimo cometa,
Que agorero surcando por los cielos,
Tienes de tí colgado á este planeta!

Mágico redentor de mis abuelos
Que, en el limbo yaciendo del olvido,
Tres siglos te esperaron sus desvelos;

Viniste al fin, pimpollo el mas florido
De aquel tronco que ingratos castellanos
Olvidaron creyéndolo podrido.

¡Honor á nuestros *cultos* mexicanos!
Si en Francia hay un patriarca Víctor Hugo,
Y un Castelar asombra á los hispanos,

No hay para que pedirles un mendrugo,
Cuando por fundador de esa alta escuela
Aquí al destino designarte plugo.

Salve, y en tanto que tu fama vuela,
Hoy que las *letras con furor renacen*,
Quédate adios...que se apagó la vela
Y las sombras y espectros no me placen.



A la Señorita Josefa Gueto,

Que quebrantó su voto de no bailar, cediendo á las instancias de un caballero, y encargando á sus amigos el secreto.

(IMPROVISACION.)

Cual tímida violeta pudorosa
Tus gracias divinales escondías,
Esquivando las dulces armonías
De la música alegre y sonora.

Mas de un alma sensible y cariñosa
Te rindieron al fin gratas porfias,
Y al compas de la danza aparecias
Bella sílfide ó leve mariposa.

¿Quién puede contemplarte y ser discreto?
Quiero, sin que el alma envidia quepa,
Publicar por el mundo tu secreto.

Porque ese mundo con asombro sepa
Que Dominguez guardaba un amuleto
Para hacerte brillar, hermosa Pepa!

A LOS ARTISTAS

DE LA COMPAÑIA

DE ZARZUELA HISPANO-MEXICANA.

Leída en el Teatro de Chalehicomula,
en la función cuyos productos destinó la misma
Compañía á los fondos municipales.

Salud, artistas! el alma ardiente
Que con la gloria siempre soñó,
Y en ganar lauros para su frente,
Como vosotros, su bien cifró;

El alma que halla pequeño el suelo
Su afán intenso para calmar
Y al ancho espacio tendiendo el vuelo
Quiere los mundos señoréar;

El alma noble que en lontananza
Divina lumbré mira lucir
Y en sus delirios sueña que alcanza
Los horizontes del porvenir;

Esa alma viene de gozo henchida
Los triunfos vuestros á celebrar,
Dando una ofrenda que recibida
Será del Arte junto al altar.

Es ella pobre, si la conquista
Que el Arte hermoso llega á obtener,

A la Señorita Josefa Gueto,

Que quebrantó su voto de no bailar, cediendo á
las instancias de un caballero, y encargando á
sus amigos el secreto.

(IMPROVISACION.)

Cual tímida violeta pudorosa
Tus gracias divinales escondías,
Esquivando las dulces armonías
De la música alegre y sonora.

Mas de un alma sensible y cariñosa
Te rindieron al fin gratas porfias,
Y al compas de la danza aparecias
Bella sílfide ó leve mariposa.

¿Quién puede contemplarte y ser discreto?
Quiero, sin que el alma envidia quepa,
Publicar por el mundo tu secreto.

Porque ese mundo con asombro sepa
Que Dominguez guardaba un amuleto
Para hacerte brillar, hermosa Pepa!

A LOS ARTISTAS

DE LA COMPAÑIA

DE ZARZUELA HISPANO-MEXICANA.

Leída en el Teatro de Chalehicomula,
en la función cuyos productos destinó la misma
Compañía á los fondos municipales.

Salud, artistas! el alma ardiente
Que con la gloria siempre soñó,
Y en ganar lauros para su frente,
Como vosotros, su bien cifró;

El alma que halla pequeño el suelo
Su afán intenso para calmar
Y al ancho espacio tendiendo el vuelo
Quiere los mundos señoréar;

El alma noble que en lontananza
Divina lumbré mira lucir
Y en sus delirios sueña que alcanza
Los horizontes del porvenir;

Esa alma viene de gozo henchida
Los triunfos vuestros á celebrar,
Dando una ofrenda que recibida
Será del Arte junto al altar.

Es ella pobre, si la conquista
Que el Arte hermoso llega á obtener,

Cantar no puede quien del artista
Jamás el génio logró tener.

Más significa tesoro inmenso
Que vuestro pecho recojerá,
Si en ella un pueblo, cual blando incienso
Reconocido tributo os dá.

Un pueblo entero, culto, animoso,
Que si no explica, sabe el valor
Que hay en esfuerzo tan generoso
Como el que arranca nuestro loor.

¡Salud, artistas! Que vuestra gloria
De las edades vaya al través,
Y doquier quede vuestra memoria
Como en el pueblo de San Andres!

Pura, brillante, grata y querida,
De ideas nobles emblema fiel,
Sea por el mundo tan bendecida
Cual la ventura que busca él.

No en balde os llamara hermanos
El pueblo de San Andres:
Que solo en pechos hispanos
Cabe, y en los mexicanos
Tan noble desinterés.

¡Bendita la grata idea
De quien uniros pensó
Del arte en ruda tarea,
Y á la par bendito sea
Quien sus afanes premió!

Pues con la cadena de oro
Que forma el arte divino,
Supo juntar un tesoro
Con lo que en mi patria adoro
Y lo que de España vino.

Y supo al mundo probar
Con talento el mas profundo,
Que al arte no hay valladar
Y que él debe avasallar
Con sus encantos al mundo.

¡Arte sublime y grandioso
Que así cautivas al hombre!
¡Qué corazón generoso
No ama tu vínculo hermoso,
No guarda tu grato nombre?

Por tí la vista no mide
De un océano la extensión
Y un mismo afecto nos pide
La patria de Gaztambide
Y el suelo de Calderon.

Y por tí de gozo llena
Contempla la patria mia,
Cual dos joyas de la escena,
A la hispana Filomena
Y á nuestra perla María.

Encantados ruseñores,
Alondras que alzais divinas
Vuestras cantigas de amores,
En la senda, cuyas flores
Os punzan con sus espinas;

Y vosotros, que luchando
 Con el destino cruel,
 Vais, para el mundo cantando,
 Pero á solas apurando,
 Del mismo mundo la hiel;

No importa que ódios insanos
 Burlen vuestro afan intenso,
 Si en cambio hay pueblos de hermanos
 Do se os estrechan las manos
 Con cariño puro, inmenso.

Cuando espinas punzadoras
 Desgarraren vuestros pies,
 Recordad que hay dulces horas,
 Bellas y consoladoras
 Como estas de San Andres.

UN BOHEMIO COMO HAY MUCHOS.

LEYENDA

ESCRITA AL VAPOR.

I.

Buscando fama
 De hombre de letras,
 Cierta vecino
 De la Bohemia,
 De esos que tienen
 En la cabeza
 Mas de chorlito
 Que de manteca;
 De esos menguados
 Tristes poetas
 Que por dos duros
 El trapo sueltan
 A la endiablada
 Cínica vena;
 Y en las guardillas,
 Y en las tabernas,
 Y en los figones,
 Y en las callejas,
 Y hasta en los antros
 De las sirenas
 Frescos y orondos

Y vosotros, que luchando
 Con el destino cruel,
 Vais, para el mundo cantando,
 Pero á solas apurando,
 Del mismo mundo la hiel;

No importa que ódios insanos
 Burlen vuestro afan intenso,
 Si en cambio hay pueblos de hermanos
 Do se os estrechan las manos
 Con cariño puro, inmenso.

Cuando espinas punzadoras
 Desgarraren vuestros pies,
 Recordad que hay dulces horas,
 Bellas y consoladoras
 Como estas de San Andres.

UN BOHEMIO COMO HAY MUCHOS.

LEYENDA

ESCRITA AL VAPOR.

I.

Buscando fama
 De hombre de letras,
 Cierta vecino
 De la Bohemia,
 De esos que tienen
 En la cabeza
 Mas de chorlito
 Que de manteca;
 De esos menguados
 Tristes poetas
 Que por dos duros
 El trapo sueltan
 A la endiablada
 Cínica vena;
 Y en las guardillas,
 Y en las tabernas,
 Y en los figones,
 Y en las callejas,
 Y hasta en los antros
 De las sirenas
 Frescos y orondos

Van y se cueilan,
Y allí se inspiran
Y se enagenan;
Rodando siempre
Rueda que rueda,
Como las bolas,
Como las piedras,
Vino de bruces
A dar á Puebla.

Sordo ruido
Los aires llena
Cuando tal mole
Choca en la tierra,
Cual si aereolito
Tremendo fuera,
O cual enorme
Fatal cometa,
Nuncio terrible
De.....cosas feas.

Como tan boba
La gente nuestra,
A tan extraño
Rumor inquieta,
No diré corre
Sino que vuela
Y á aquella masa
De carne, cerca.

¡Ahl dicen todos,
Cosa como ella!...
Pues no, señores
No es un cometa,

Porque sin cola
Se nos presenta;
Si no es que viene
¡Y esta si es pieza!
Centro buscando
Rabo entre piernas.
Pero tampoco
Puede ser piedra,
Pues aunque es dura
Como una peña
Y se conoce
Que mucho pesa,
Mirad se arrastra
Como culebra,
Como azogado
Tiembla que tiembla,
Y hasta parece
Que baila diestra
Eso que llaman
La tarantela.

¡Ved cuántos saltos,
Qué reverencias,
Qué contorsiones,
Cuántas zalemas!
¡Habrás visto
Cosa como ella!

Así clamaban
Nuestros babiecas,
Nuestros *pelados*
Estos de Puebla;
Cuando el viajero
De la Bohemia,

Levanta altivo
 Su gran cabeza,
 Dirige en torno
 Mirada fiera,
 El lápiz toma
 Y al punto asienta
 Estos renglones
 En su cartera:
 "Los brutos hijos
 De la vil Puebla
 Al genio burlan
 Y menosprecian
 A quien ufano
 Lauros ostenta,
 Verdes muy verdes
 De gran poeta."

La turba entónces
 Osada suelta
 Cien carcajadas
 Francas y llenas.
 —¡Voto á mil diablos
 Con el cometa!
 —Vaya si es mono
 De la Huasteca!
 —¡Qué mono, dicen,
 Ni qué talega!
 ¿No ven que á loco,
 Trasciende á leguas?
 —Pues ¡sus! muchachos,
 Clama una vieja:
 ¡Al loco! ¡al loco!
 Y aquella inmensa

Turba de pillos
 Sobre el poeta
 Se lanza al punto
 De rabia llena.
 Quien coje un palo,
 Quien alza piedras,
 Quien saca un pincho
 De vara y terciá
 Quien un estoque,
 Quien una lesna.
 Lloran los chicos,
 Gritan las viejas,
 Silvan los mozos,
 Y es tal la gresca,
 Tal es la zambra,
 La pelotera,
 Que al hijo forman
 De la Bohemia,
 Que deja el lápiz
 Y la cartera,
 Y desolado
 Como una cierva
 Corre á ocultarse
 Dentro de Puebla.

II.

En un meson que llaman del *Ejemplo*
 (Coincidencia fatal y estraño caso)
 En un triste rincon y en dura cama
 Cual conviene á un filósofo que falto
 De aquello con que se entra en los hoteles,
 Busca un chiribitil de á doce cuartos;

Y cual conviene á un mísero poeta
 Que, de México á Puebla caminando,
 Ya para hacer algun descubrimiento
 Que á Cristóbal Colon deje hecho un ganso,
 Ya para componer una Odisea
 Que deje al buen Homero con un palmo
 De narices, no encuentra en el bolsillo
 Para papel y plumas ni un centavo;
 Tendido á la bartola está el bohemio
 En su menguada suerte meditando.

Es de noche: la luna macilenta
 Viene á aumentar con resplandor escaso
 La luz que moribunda lamparilla
 Presta con pena al reducido cuarto.

De pronto un eco sordo á turbar viene
 El silencio que reina, y es que dando
 Nuestro vate un suspiro que remeda,
 El acento apacible de un marrano,
 Acompaña suspiro tan doliente
 Con un soberbio y rudo puñetazo
 Que deja en la pared unos fragmentos
 De la piel de su ebúrnea y fina mane.
 —¡Mil bombas! ¡voto á san! ¡Y este es el premio
 Que al genio colossal reserva el hado?
 ¡Venganza! maldicion! raza maldita
 De estúpidos, malsines y bellacos!

¡Ah! yo en mi furia es mostraré, belitres,
 Como se trata á un hijo del Parnaso,
 Y como ¡vive Dios! no aguanta pulgas
 Un viajero cual yo, que viene á honraros,

Difundiendo en la Angélica sus luces,
 Con mengua de los buenos mexicanos
 Que ausentarse miraron de su cielo
 Este divino y refulgente astro.
 ¡Venganza, maldicion! con que de loco
 Trata aquí el insolente populacho
 A quien en pos de altísimo destino
 Y de fé lleno el corazon hidalgo,
 Abandona de México los juiles,
 La blanca rana y oloroso pato,
 El catre do mil huéspedes rebullen
 Y el perfumado y espacioso cuarto
 Donde pasan su vida los poetas
 Moradores cual yo de los tapancos?.....

¡Venganza, maldicion! dice el bohemio
 Y con los puños de furor crispados
 Y abierta la nariz y echando espuma
 Por los ya negros y turgentes labios,
 Y erizado el cabello, y con los ojos
 Cual fiero basilisco centelleando,
 Al modo con que brincan, cuando afianzan
 Sus aturdidas víctimas los gatos,
 Salta el bohemio de su duro lecho,
 Y fué tan grande, tan tremendo el salto,
 Que es fama en la posada consabida
 Que dió con todo y musas en el patio.

A un estrépito tal, que resonara
 En el meson con temeroso espanto
 De los cansados prójimos babiecas
 Que allí dormían, sin saber ¡zanguangos!
 Que tan cerca pasaba sus viglias

El mexicano é ingenioso hidalgo,
 Presurora acudiendo la patrona:
 —¿Quién es?... ¡ladrones!... grita, y esforzando
 Las voces más y más, á su aposento
 Cuitada corre cual veloce gamo.
 —Callad, exclama entónces el bohemio;
 Callad, vieja patrona ó con mil diablos!...
 Y en pos de la infelice mesonera
 Se cueula de rondon el poetastro.
 —¿Que se ofrece?—Pardiez! y lo pregunta
 Semejante vestiglo á todo un sabio!
 —Habrá loco mayor!—Y dale bola!
 —Qué busca usted aquí?—Busco un recado.
 —Yo no soy mensajera.—¡Torpe bruja!
 A dividirte voy en mil pedazos.
 —¡Favor! el loco! el loco!...chist!...¡el loco!
 —Callad! que ¡no entendeis el castellano?
 ¡Como de Puebla al fin! ¡suerte maldita!
 Señora, de escribir quiero un recado!...

Calmada un tanto la infeliz patrona
 Y como es natural, refunfuñando,
 Por quitarse de encima aquel furioso
 Pone al instante en sus convulsas manos
 Una pluma, un papel y un gran tintero
 Con que triunfante vuelve á largos pasos
 El mexicano apolo, que se encierra
 Con doble llave en su mezquino cuarto.

III.

Tú lo quisiste,
 Puebla infeliz,

¡Quien te ha mandado
 Ser baladí
 Ser tan ingrata,
 Tan...tan así
 Con todo un sabio,
 Sabio sutil,
 Con un poeta
 Vaya que sí!
 Tan inspirado
 Pulcro y gentil;
 Con un viajero
 Cual D. Magin.
 Tu lo quisiste,
 Puebla infeliz,
 Sufre callada
 Por baladí.

En negra hora
 ¡Por San Crispin!
 Loco llamaron
 Esos de aquí,
 Al astro hermoso
 Que en el zenit
 Del mexicano
 Puro zafir,
 Brilla radiante
 Como un candil.
 ¡Oh quién pudiera,
 Puebla, decir
 La desventura
 Que sobre tí

Va á hacer el hado
Triste venir
Por el insulto
De ese Magin!
Tú lo quisiste
Súfrello, sí,
Sufre callada
Puebla infeliz!

Ya ese grande hombre
Cuyo alto *esprit*
Coco es de sabios
De cuchitril,
Grave y severo
Como un Jurpin
La pluma coje
¡Pobre de tí!
Que á Chole Aycardo
Y al chusco Ruiz
Y al buen Rodriguez
Y á otros cien mil
Mortales ansias
Hizo sufrir.
¡Ay! triste Puebla
Que D. Magin
Sátira amarga
Te va á escribir;
Tú lo quisiste
Puebla infeliz,
Chúpate hoy esa
Por baladí.

Los siglos todos

Del porvenir
¡Qué juicio, Puebla,
Se harán de tí,
Cuando recorran
De D. Magin
El ingenioso
Parto sutil
De la invectiva
Que hace allí
En tan modesto
Chiribitil?
¡Cómo es que osaste
Pecar así
Contra un bohemio,
Que es cual decir...
¡Oh triste Puebla,
Puebla infeliz,
Cuánto te aguarda
Por baladí!

El mundo entero
Va á descubrir
Por las endechas
De D. Magin,
Que hay muchas cosas
Muchas aquí,
Tan raras tanto
Que hacen abrir
La boca de ese
Chisgaravís.
¡Con que hay campanas
Y torres, y
Muchas iglesias

Como hay á mil
Allá en la patria
Del noble Cid?
¿Pues que se hicieron
Oh Puebla, dí,
Los minaretes
Que oyó decir
Ese pedazo
De zascandil,
Y las mezquitas
Que por allí
Tiene doquiera
Nuestro país?
¿Vaya que suelo
Tan infeliz;
Vaya un orgullo
Nécio y ruín!

—
¿Y tienes piedras!
¿Pues ésta sí
Que una cosa
Para reír!
¿Con que no sabes
Que son de anís
Las cosas todas
Fuera de aquí;
Y que hay aceras,
Segun Magin,
Que se componen
De ajonjolí?
¿Con que no sabes
Que el consentir
Que hay mercados

Sólo es de tí,
Y que el camote
Como incivil
Lucir no puede
Junto á Magin,
Que es de otra masa
Que es de otro...sí,
Que los jabones
Por no sufrir,
Nos dará el susto
De irse á Peckin?
¿Oh Puebla inculta,
Puebla infeliz,
Sóplate el huevo
Por baladí!

—
Pues ¡y las flores
De tu jardín!
Uy ¡qué groseras
Ay! qué pensil!
Vaya, qué pobre!
Qué chiquitin!
Cuán poco huele!
No es como allí
Del otro lado,
Do en carros mil,
Nocturnas rosas
A la nariz,
Perfumes blandos
Dejan sentir
Que aunque no de ámbar,
Ni de jazmin,
Que son salubres

Fuerza es decir.
 ¡Oh! ¿quién oliendo
 Cosas así,
 No sueña al punto
 Con un París?
 ¿Ya ves, oh súaia
 Puebla infeliz,
 Cómo te aplastan
 Por baladí?

Ya de los pollos
 Habla Magin:
 ¡Qué diferentes
 De los de allí!
 Aquellos valen
 Poco es decir
 Las minas todas
 Del Potosí:
 Son de otra raza
 Muy mas gentil
 De Tlacotalpan
 O Medellin;
 Vivos, alegres
 Como un abril;
 De chispa llenos,
 De gran magin.
 ¡Qué gregoritos!
 Qué sal, qué *chic*!
 Aquello es gloria
 Puebla infeliz,
 Esos son pollos,
 No como aquí
 Do todos tienen

Alma de zinc,
 O bien de cántaro,
 Cual D. Magin,
 Que no es mal sastre,
 Quiere decir.

Mas ni tus hijas
 Se han de evadir
 Del ciego encono
 De D. Magin.
 Que es muy hidalgo
 Para omitir
 Al sexo hermoso
 Puro y gentil.
 ¡Hermoso dije?
 ¡Vaya un deslíz!
 ¡Si dice el vate
 Del cuchitril,
 Que solo ha visto
 Llegando aquí
 Fieras tarascas
 Con su monjill!
 Lo dice claro,
 Lo asienta allí:
 Y aunque no es voto
 Tal malandrín,
 Que en ciertas telas
 Se va á adherir,
 Como las moscas
 Torpe y ruín,
 Siempre eres Puebla
 Muy infeliz,
 Pues solo encantan

A ese catrin
Tus lavanderas
Y otras así,
Con que yo afirmo,
Pese á Magin,
Que da la cabra
Siempre en cerril.

IV.

De cansancio y de cólera rendido,
Al acabar su literaria pieza
El poeta lanzó feroz rugido,
Y á poco tiempo se quedó dormido
En el muro apoyando la cabeza.

A la luz de la pobre lamparilla
Que aun arde con un soplo intermitente
Del bohemio infeliz la frente brilla,
Y sin duda terrible pesadilla
Está agobiando sin piedad su mente.

Porque suspira, y tiembla, y habla, y ronca,
Gesticula, y aun hace mil pucheros
Y grita de repente con tan bronca
Voz, como el huracan cuando destronca
Los árboles bramando en los oteros.

Acaso sueña el iracundo vate
Con la escena fatal del pueblo insano
Que juzgándole un pobre botarate,
Como agua para hirviente chocolate
Ay! le dejó con proceder villano.

O bien que la graciosa lavandera
Dando á sus labios maliciosa risa,
Entra en el cuarto, acércase lijera
Y le pide coqueta y hechicera.....
"Que le pague al momento la camisa."

O ya sueña Magin con la patrona
Cuya cara parécele de esparto,
Porque severa, mustia y regañona,
Por afable que sea una persona,
Se nos presenta cuando cobra el cuarto.

O bien...mas basta ya de conjeturas:
El hecho es que el satírico poeta,
Que á muy poco por fin quedóse á oscuras,
Salió en breve de tantas amarguras
Como asediaban á su mente inquieta.

Y fué que al despertar, y ver tan alto
Al rubio sol en la azulada esfera,
Y al sentirse tambien de fuerzas falto,
Al vecino figon se fué de un salto;
Llegó, comió, pagó, lanzóse fuera.

Y como aquellos canes que en la cola
Prendido llevan tronador cohete
Y huyen de la algaraza y de la bola,
Así Magin á Puebla deja sola
Y en el tren cual relámpago se mete.

Mas no anduvo tan listo, que un poblano
De estos de alma de cántaro, no viera

La fuga del poeta mexicano,
Y al mirarle partir, en chavacano
Torpe rimar, cantó de esta manera:

V.

¡Adios, inclito vate
De la region azteca!
¡Adios, cantor insigne,
Píndaro de las pulcras lavanderas!

¡Cuán triste y desolada
Sin tí se queda Puebla;
Sin tí, bello reemplazo,
De los monos que aquí dizque *pollean!*

Ay! negro de mi vida,
Te vas? y la receta
¿Quién nos dará ¡cuitados!
Para formar la casa de manteca?

Te vas? oh trance duro!
¡Y dejas las iglesias
Y dejas las campanas
Colgadas siempre de las torres mismas!

Te vas? y no nos quitas
Esas prosáicas yerbas
Que crecen en la plaza
Del fino gusto mexicano en mengua!

Te vas, te vas, ingrato,
Y sin llevar cazuelas

Y sin llevar jabones,
Con que obsequiar allá tu lavandera!

Aciago y triste día
En que se va que vuela
El astro luminoso
El gran censor de la atrasada Puebla.

¡Oh lágrimas amargas
Que el Atoyac aumentan,
Corred como ese vate
Que cual fugaz exhalacion nos dejal!

Ninfas, dulces driadas,
Bulliciosos napeas,
Venid, la sien ceñidas,
Cual corresponde, con amarga adelfa;

Y acompañad mis ayes
Con vuestras notas tiernas,
En este rudo golpe
Que sufrimos los míseros babiecas.

Qué ¡tan dolientes voces
A tí, Magin, no llegan?
¿No te mueve el ruido
Que acá en Puebla producen las pesetas?

¡Vuelve querido jóven,
Alumno de Minerva:
Vuelve, que los políticos
Que aquí tan torpemente dragonean,

Sin tí se vuelven locos,
Sin tí se desesperan,

Sin tí que de esa máquina
Formabas la motriz *rueda* que *rueda*.

Ah! por consuelo escribe,
Escribenos siquiera,
Mientras que se prolonga,
Noble escritor, tu dolorosa ausencia.

Escribe tus letrillas,
Que de ática sal llenas,
Enseñan altas cosas
A estos borricos de la inculca Puebla!



¡CHIST!.....MAS BAJO!

LETRILLA.

(A JOSE M. SOSA.)

Dicen que Doña Joaquina,
la vecina
De la casa de adelante,
La viuda de aquel cesante
Fantasma de mi oficina;
Heredó del buen esposo,
Tal cariño al Ministerio,
Que no halla dicha y reposo
Si no interrumpe el trabajo
Del ministro Don Quiterio.
—Chist!...mas bajo.

Dicen que Doña Julita,
la que habita
En esta casa de al lado
Con D. Pedro Coronado
En union la más bendita;
Llama á un su primo á deshoras
Cuando le da la terciana,
Y horas van, y vienen horas,
Sin que vuelva de allá abajo
D. Pedro con la tisana.....
—Chist!...más bajo!

Sin tí que de esa máquina
Formabas la motriz *rueda* que *rueda*.

Ah! por consuelo escribe,
Escribenos siquiera,
Mientras que se prolonga,
Noble escritor, tu dolorosa ausencia.

Escribe tus letrillas,
Que de ática sal llenas,
Enseñan altas cosas
A estos borricos de la inculca Puebla!



¡CHIST!.....MAS BAJO!

LETRILLA.

(A JOSE M. SOSA.)

Dicen que Doña Joaquina,
la vecina
De la casa de adelante,
La viuda de aquel cesante
Fantasma de mi oficina;
Heredó del buen esposo,
Tal cariño al Ministerio,
Que no halla dicha y reposo
Si no interrumpe el trabajo
Del ministro Don Quiterio.
—Chist!...mas bajo.

Dicen que Doña Julita,
la que habita
En esta casa de al lado
Con D. Pedro Coronado
En union la más bendita;
Llama á un su primo á deshoras
Cuando le da la terciana,
Y horas van, y vienen horas,
Sin que vuelva de allá abajo
D. Pedro con la tisana.....
—Chist!...más bajo!

Dicen que al pie del altar
 fué Pilar
 Con el jóven Celestino,
 Pero que del templo vino
 Sin llegarse á desposar.
 Que entabló Pilar querella,
 Pero un testigo importuno
 Perjudicó á la doncella,
 Diciendo con desparpajo
 Que tuvo amores con Bruno.
 —Chist!...más bajo!

Me dicen que D. Alberto,
 aquel tuerto
 Que es de mantequilla un rollo
 Y está hoy fresco como un sollo
 Cuando ántes parecia muerto;
 Es un químico de fama,
 Que borró á Doña Jacinta
 Del elogio de una dama,
 Y el juez: "*Alberto Pingajo*"
 Leyó en la cláusula quinta.
 —Chist!...más bajo!

Y me dicen que el señor
 Bellaflor,
 Aquel médico de enfrente,
 En quien pasmada la gente
 Ve al mas ilustre doctor;
 Es anatómico diestro,
 Pues fué en Francia galopin,
 Mozo de un sabio maestro,

Y honrosos títulos trajo
 De Calcuta y de Pekin.
 —Chist!...más bajo!

Y dicen que el licenciado
 Juan Aguado,
 Pues, el del piso segundo,
 En pleitos tan furibundo
 Que ningun pleito ha acabado;
 Ardiendo en aquiva furia,
 Demandó ayer á Crispin
 De un escrito por la injuria,
 Pues que Crispin á destajo
 Citó textos en latin.
 —Chist!...más bajo!

Dicen que D. Olegario,
 el notario
 Que mora en aquel portal,
 Es filósofo cabal,
 Y de Pirron partidario;
 Que de Dios y del Demonio
 Y hasta de sí mismo duda;
 Pero al dar su testimonio
 De lo que ante él se contrajo,
 Dice la verdad desnuda.
 —Chist! más bajo!

Y dicen que Legorreta,
 el poeta
 Que allá en el último piso
 Se ha formado un paraíso
 Por una humilde peseta;

Descolorido y enjuto
 Se pasea por su eden,
 Buscando el prohibido fruto
 De un elegante trabajo
 En que á Homero copió bien.
 —Chist!...más bajo!

Y dicen...¡vaya una gente
 maldiciente!
 Que el autor de esta letrilla
 Es vate de pacotilla,
 Calumniador indecente.
 Que sin gongorina sal,
 Sin ser de Iglesias remedo,
 Y á Ochoa imitando mal,
 Pretencioso escarabajo
 Dizque la echa de Quevedo! ...
 —Chist! más bajo!

LO QUE VA DE AYER A HOY.

(A NEMESIO CARDELLACH.)

Nemesio, desde el instante
 Que se me puso en la cholla
 Escribir para las bellas
 En la "*Michoacana Rosa*,"
 (Ocurrencia que pasmará
 No debe, si reflexionas
 Que no ser escritor público
 Es no ser hombre á la moda;)
 Me está quemando los sesos
 Idea la mas exótica
 Que si no sale, mi cráneo
 Revienta como una bomba.

Hablar de la educacion
 Que tienen nuestras hermosas
 En el siglo diez y nueve,
 Aunque no entiendo una jota;
 Azuzando tu cacúmen
 Para que al punto respondas,
 Tal es la maldita idea
 Que mi cabeza incomoda.

“¿Hablar de la educacion?
 Dirás; no las tiene todas
 Consigo, el poeta mísero
 Que á tal empresa se arroja.”

Mas te diré, buen Nemesio,
 (Y mis preámbulos perdona)
 Que ni todos los que escriben
 Entienden sus palabrotas,
 Y sin embargo en su nave
 Viento favorable sopla;
 Ni yo á regalarte vengo
 De educacion una obra
 Filosófica, moral,
 Política y religiosa.

No señor: de antiguos usos
 Y de las actuales modas
 En punto á la educacion
 Del sexo que mi alma adora
 Quiero hablarte, pues de aquí
 La consecuencia forzosa
 Sacarás, de que no es bueno
 Sino lo que está de moda.

¡Mal haya un siglo de hierro
 De tan infausta memoria,
 En que vivian las muchachas
 Como un preso en su mazmorra,
 Logrando mirar apenas
 La luz por la claraboya.

En que á través de las rejas
 Tender la mirada ansiosa
 Para ver un jovencito
 Que en vano la casa ronda,
 Era materia bastante
 Para que llamasen loca
 A la paloma inocente
 De jaula tan espantosa.

En que aprender á escribir
 Era empresa de tal monta,
 Cual lo fuera conquistar
 En cuatro meses la Europa:
 Que la pluma es el vehículo
 Para dos que se enamoran,
 Y los padres de aquel tiempo
 No eran amigos de bromas.

¿Qué las jóvenes leyesen?
 Ni por la Virgen de Atocha
 Se las dejaba mirar
 De un libro una letra sola:
 ¡No fuera que tropezaran
 Con esas malignas obras,
 Donde hay amores y duelos,
 Desmayos y ¡tantas cosas!...

¡Ir al teatro, al paseo,
 A algun baile ó comilona
 Donde música y placeres
 El alma robaran? ¡toma!
 Lo mismo se viera entónces
 Que echarse al cuello una sogá.

Y con tan rancias ideas
 Y costumbres tan despóticas,
 ¿Qué mucho que las muchachas
 Fuesen heladas y bobas
 Y que á millares de leguas
 Dejasen ver que eran tontas?

Hoy todo ha cambiado, gracias
 A la mision portentosa

De este siglo en que vivimos
De progreso y de reforma.

¡Mira nuestras bellas! mira
¡Qué de trajes! ¡uy qué modas!
¡Cuanto peinado exquisito!
¡Qué diversidad de aromas
Con que el ambiente perfuman
Esas chicas seductoras
Que salen á todas partes
Y los corazones roban!

Ya en los balcones ostentan
Sus dulces ojos, su boca,
Su talle, sus blondos rizos,
Y en suma sus prendas todas;
O bien allá en el paseo
(Marchen á pié ó en carroza)
Con saludos expresivos
Y con modales graciosas,
El alma del mas pacífico
(Ejemplo soy yo) trastornan.

El teatro, no hay que ver
Otro pensil dó mas rosas
Descubran sus atavíos,
Sus colores y sus formas.

Basta ver el abanico
Movido por una hermosa,
Para que al punto, Nemesio,
Su fino trato conozcas.

¡Pues en el baile? No hay mas:
Allí á un eden te trasportas,
Si baila una jovencita

Contigo el wals, ó la polka,
O la mazurca y las danzas
Que Cuba nos manda pródiga.

En un salon hoy te quedas
Abriendo absorto la boca;
Porque te hablan el francés,
O bien la lengua española,
Con tal gracia, tal pureza,
Como si (y esto no es broma)
Hablara Madama Stael
O la Avellaneda hermosa.

Escuchas á cada instante
Los encomios de esas obras
Colosales, de Alejandro,
Víctor, Eugenio y mil otras.

¡Se trata de los auxilios
Que prestan las de helicon?
Bah! en la dulce poesía
Se encuentran versadas todas.

Muchas hay que te reciten
(Se entiende que de memoria)
Del sublime Manuel Carpio
La oda del Turco; habrá otras
Que de Zorrilla y Breton
Te den cuenta minuciosa.

En la música ¡no es nada!
De la guitarra las notas,
O las cadencias del piano
Que diestra una mano toca,
Harán pasar á tu vista
La escuela italiana toda.

¡Adviertes pues, caro amigo,
La diferencia tan gorda
Que hay entre aquellas muchachas
Y las muchachas de ahora?

Mas ya te miro que á un lado
El rostro enojado tornas;
Y porque yo digo berzas
Vas á decir nabos ¡cócera!
Así te quiero; colérico,
En sangre la pluma moja
Y dí tu opinion; tranquilo
Te aguarda *Tirso de Córdoba.*

A LA MEJOR DE LAS MADRES
Y AL MAS TIERNO DE LOS HIJOS.

(RECUERDO FESTIVO Y GRATULATORIO EN UN ANIVERSARIO
DEL NACIMIENTO DE LA SEÑORA DOÑA ANA RITA GIRON Y D. MARIANO LOAIZA.)

No son las cabras y ovejas,
Los pastores y los indios,
La majada y los corrales
Los montes y áridos riscos,
El deleite ponderado
De los hijos del Olimpo;
En éste respírase ámbar,
Se bebe néctar purísimo,
Se come, si acaso hay hambre,
Pechugas de Paraninfo
Y se canta de tal suerte,
En tan celestiales himnos,
Que saltan locos los vates
De entusiasmo y regocijo,
Cual si fueran azogados,
O mas bien como chiquillos,
O mejor cual si apuraran
Cuatro cántaros de vino.

No es, por más que nos lo jure
El ranchero de Virgilio,
La fuente de inspiraciones
Que engendra los versos lindos

Verdura tanta, que es buena
 Para los mansos borricos,
 Y no para racionales
 Que comen algo mas fino,
 Que huelen algo mas grato,
 Que traen el cuerpo vestido
 Y que descanso no buscan
 En la arena y el granito.

Ni ménos, oh buena madre,
 Ni ménos, hermano mio,
 Causan emoción poética,
 O plácidos raptos líricos,
 Esos enormes montones,
 De cuadernos mal cosidos,
 A que llaman expedientes
 Y son poco expeditivos,
 Que en cada mugrienta foja
 Representan muy al vivo
 Ora el mantel de un Colegio
 Ora el babero de un niño.

Padrones de eterna infamia,
 Carteles dó están escritos
 Con caracteres mal hechos,
 Como rasguños ó chirlos,
 Todos los pecados gordos
 Los medianos y los chicos
 De la descendencia larga
 Del ex-rey del paraíso.

Páginas escandalosas
 De la historia de los vicios,

Donde ora sale un amante
 Con la muger del vecino,
 Siendo aquel todo un José
 Que no quiebra ni un platillo
 Y ésta una casta Susana
 Del décimo nono siglo.

Donde aparecen hombrones,
 A la fé caritativos,
 De esos que alivian al prójimo
 Del peso de sus bolsillos,
 Y lloran el triste pago
 Con que el juez empedernido
 Premia la constancia heroica
 Con que andan por los caminos,
 Deshaciendo los agravios
 Que ciega fortuna hizo.

Donde saltan otros muchos,
 Y no ménos compasivos,
 Que por ahorrar sufrimientos,
 A un ser que mucho han querido,
 Por quitarle de trabajos
 Y del mundanal fastidio,
 Y á fin de que con Caronte
 Haga un paseo marítimo,
 Ya le tuercen el pescuezo,
 Ya le mondan un carrillo,
 Ya le abren un par de fuentes
 Con puñal, espada ó pincho.

Donde en fin, se ven chuscadas
 Por el mencionado estilo,
 Despues de preparatorias
 Careos muy divertidos
 Y certificados clásicos
 De los cuerpos del delito.

O bien trasladados, exhortos,
 Chicanas ó sea artículos,
 Forenses galimatías
 Con que en los civiles juicios
 Pretenden los peces grandes
 Tragarse á los peces chicos.

¿Qué bello discurre un juez
 Hundido entre sérios libros
 Leyendo siempre las páginas
 Del gran código Alfonsino
 Y platicando por fuerza,
 Y por ende dado á *Pingo*,
 Con *Serna* que causa *sarna*,
Cañada que es un abismo,
 Sancho *Llamas* que es un hielo,
Pareja que todo es *riscos*;
 Con *Paz* que da tanta guerra,
 Con *Vela* que está *dormido*,
 Con *Febrero* que no es loco,
 Bien le sigan advertidos
 Quien no es sordo siendo *Tapia*
 Y es *Pascua* sin ser *florido*:
 Con quien *Olea* y no es *Cura*
 Con *Gomez Negro* que es *pinto*,

Con *Angelis* que es un diablo,
 Con *Barbosa* que es *lampiño*;
 Y por fin con ese *Sala*
 Que es cuarto de quinto piso
 Donde en estrechez confusa
 Se encierra tanto embolismo?

¿Podrá en aquestos estrados,
 Enfrente de los archivos,
 Y escuchando las lindezas
 De clientes y tinterillos,
 Llamar las alegres musas
 En su socorro y auxilio,
 Quien sabe que solo habitan
 A la márgen de los rios
 Que bordan las gayas flores
 Y donde andan confundidos
 Los delicados aromas
 Con los mas tiernos suspiros
 De las voladoras auras,
 Y de las aves los trinos
 Que llenan en dulces notas
 El callado bosque umbrío?

¿Podrán las leyes de Toro,
 Y los Fueros y el Estilo,
 Y Ordenanzas de Intendentes,
 Y el bodrio y el baturrillo
 De tantas disposiciones
 De modernos y de antiguos
 Avivar, enardecer,
 El muerto númen de Tirso,

Para que cante gozoso,
 Cual otro tiempo lo hizo,
 A la mejor de las madres
 Y al mas tierno de los hijos?

No por cierto; mas si al fin,
 Regocijarse es preciso,
 Saco fuerzas de flaqueza,
 Sacudo el negro fastidio,
 Tomo de un rincon el arpa,
 Pongo cuerdas de improviso,
 La tiemplo, se halla algo sorda;
 Pero prestando el oído
 Noto que aun produce acordes
 Agradables, si no dignos,
 De la mejor de las madres
 Y el mas tierno de los hijos.

Lleva, céfiro, en tus alas
 Estos alegres sonidos,
 Con tal rapidéz volando
 Como el pensamiento mio.
 Lleva esas notas ardientes
 Como ardiente es el cariño
 Que acá en el fondo del alma
 Guardo á seres tan queridos,
 Y ellas digan armoniosas
 Con ese idioma sencillo
 Que nace del corazon
 Y jamás fué comprendido
 Mas que de las almas grandes
 Que guardan un amor fino;
 Cuáles son los tiernos votos,

Cuáles los hondos suspiros
 Que exhala un hijo amoroso
 Y un hermano agradecido,
 Por la mejor de las madres
 Y el mas tierno de los hijos.

A LA TIERNA MEMORIA

DEL BENEMERITO CURA PARROCO

D. José María Izquierdo y Reyes.

OCTAVAS

colocadas en el túmulo que los alumnos del Colegio de San Luis Gonzaga de Chalchicomula, levantaron en la Iglesia Parroquial, al celebrar las exequias de aquel sabio y virtuoso sacerdote.

I.

¡Nuestro padre murió!... Copioso llanto
Brote del corazón, y la voz nuestra
Publique por doquier nuestro quebranto,
Doquier resuene de dolor en nuestra!
Omnipotente Dios, el Justo, el Santo,
Bendita sea tu poderosa diestra,
Que así extingue la antorcha que nos guía,
Para que brille en sempiterno día!

II.

Su labio fué de la verdad asiento;
Su pecho fué de caridad tesoro;
Fecundo manantial fué su talento;
Su virtud de la Iglesia fué el decoro.

Tenga la envidia el venenoso aliento
Ante esta tumba que con triste lloro
Riegan de aquel plantel los buenos hijos
Que El formó con afanes tan prolijos.

III.

Del Justo corren las tranquilas horas
Cual van cruzando por florido suelo
Las transparentes linfas bullidoras
De apacible y purísimo arroyuelo.
Fecundando campiñas seductoras
Va su corriente que retrata al cielo,
Hasta que al fin la inmensidad encuentra
Del hondo mar y en sus abismos entra.

IV.

Tu voz conmovedora y elocuente
Ya no resuena, oh Padre, en el santuario:
Ante el trono del Dios Omnipotente
No eleva ya tu mano el incensario:
En vano el pueblo, con afán doliente,
Viene á buscarte: el fúnebre sudario
Que aquí tan solo á descubrir alcanza
Da el postrimer adiós á su esperanza.

EN EL SEPULCRO

De la niña Guadalupe Barrientos,

Ocultá aquí la funeraria losa
Las galas de un boton de blanca rosa
Que el cierzo destrozó; mas su perfume
Subió al Jardín que el tiempo no consume...
¡Oh rosál infeliz!...oh flor dichosa!

¡QUE CASUALIDAD!....

LETRILLA.

(A MI QUERIDO AMIGO EL SR. LIC. D. IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO.)

¡Qué bueno es el mundo!
¡Qué lindo que va
Rodando sin tino
Rodando al azar.
Su bola tremenda
¡Cuándo acabará,
Con tanto embolismo,
Y enredo y afán,
Tantas peripecias
Que hacen exclamar
A vulgo y no vulgo:
Qué casualidad?.....

Virginia la hermosa,
La honesta ¡ya, ya!
El día de difuntos
Casó con Fabian,
Y á luz dió dos nenes
Luego en Navidad.
Ruidoso bautizo
Prepárase, y van

Las buenas amigas
De la vecindad.
En esto, Febronia
Le dice á Colás:
"Pero hace dos meses....
¡Qué casualidad!"

De un rico vejete
Fué criado Julian,
Muchacho travieso,
Vivo si los hay,
Audaz como pocós,
Cual nadie leal.
Cierta repentina
Ruda enfermedad
Se lleva al sepulcro
Al viejo, y Julian
Unico heredero
Es, y universal,
Y es hoy personaje.....
¡Qué casualidad!

A Pedro pagaron,
No importa el lugar,
Por crédito añejo
Cierta cantidad.
El pobre babieca
Se pone á contar
Aquel dinerejo
Que dizque le dan,
Delante de varios
Y del juez de paz.

Y apénas D. Pedro
Sale del lugar,
Lo asaltan y roban.....
¡Qué casualidad!

Atado y bien fuerte,
Vendado, y á mas
Con grillos y esposas,
Un pelafustan,
Montado en un mulo
Prisionero va:
Dizque le conducen
Ante un tribunal.
Per cierto camino
Sus custodios ¡tras!
Sans façon lo quitan
De tanto penar;
Se fugaba el pillo.....
¡Qué casualidad!

El otro pelele
De D. Sebastian,
Infanzon muy rico,
Pollo principal,
Va todas las noches
A cierto portal
Do juegan alburess
Que hasta miedo da.
¡Con cuánta limpieza!
Que pedir no hay mas;
Pero es desgraciado

Este Sebastian,
Y un albur no atina.....
¡Qué casualidad!

A la guerra fuese
Cierta general,
Bravo como un César,
Hecho un Tamerlan.
Doquier encontróse
En lucha tenáz,
Y fué cada lucha
Su triunfo cabal.
Solo prisioneros
No logró tomar,
Porque era el camino
Fragoso, y á mas
Se cerró la noche.....
¡Qué casualidad!

Aquel D. Sabiendo
Que del *b, a, n,* ban
Inmediato ascenso
Tuvo ¡ja, ja, ja!
A jefe de un diario
Muy ministerial:
¡Oh cuán erudito!
¡Qué profundidad!
Al ver sus trabajos
Digo ¡voto á tall
Piezas tan insignes
Solo pude hallar
En la Enciclopedia.....
¡Qué casualidad!

Yendo á cierta cita
Mi primo Pascual,
La casa de Concha
Se puso á rondar;
Y apenas las nueve
Dan en Catedral,
En vez de la niña
Viene un ganapan
Que favorecido
Por la oscuridad,
Soberbia paliza
Le endosa al galan,
Y espira al momento.....
¡Qué casualidad!

Ante un imponente
Recto tribunal
Llevaron á Luisa,
Moza, que á lo mas
Quince abriles cuenta,
Y tiene un caudal
De cuatro millones,
Y es bella sin par.
Que diera un veneno
A su amante Blas
Jura por mil santos
El señor fiscal;
Mas pone tres puntos
Y los prueba Juan,
Y Luisa es absuelta.....
¡Qué casualidad!

En ciertos Comicios

Que hubo en mi lugar
 Para honor y gloria
 De la libertad,
 Ví que el libre pueblo
 Con crédulo afán
 Colocó en las urnas
 El nombre de Aznar.
 Lo que fué yo ignoro,
 Pero es la verdad
 Que para conscripto
 Se dió credencial
 A un D. Homobono.....
 ¡Qué casualidad!

Yo al ver tantas cosas
 Que vienen y van,
 Y tantas rarezas
 De esta sociedad
 Que mas que con pasos
 Con vuelos se va,
 Progresa y progresa,
 Con gloria inmortal;
 Cual nuevo Ermitaño
 Me vengó al volcan;
 Mas no estoy seguro,
 Dígalo ese tal,
 De que no me cojan
 ¡Por casualidad!

MI DESEO.

No del vapor en alas
 Surcar quiero las ondas
 Que los hirvientes mares
 Levantan espumosas;
 Ni ver las maravillas
 Que de la culta Europa
 La fama vocinglera
 Sin descansar pregona.
 Contentos otros miren
 Ciudades populosas
 Que grandes monumentos
 Y alcázares adornan.
 No busco esos jardines
 Donde la bella Flora
 Construye sus palacios
 De mil varidas formas.
 Ni aun escuchar pretendo
 Las divinales notas
 Que en aquellos tēatros
 Resuenan melodiosas,
 Y con que el genio ilustre
 Las almas deja absortas.
 Tampoco de la ciencia
 Desvérame la gloria;
 Ni sueño que mi frente
 Recibe la corona
 Que á los excelsos vates
 Ofrecen cariñosas

De sacra Mnemosina
Las hijas protectoras.

Lo que la dulce calma
Dos años ha me roba,
Y que en mi vida triste
Hacé que, gota á gota,
Apure hasta las heces
La mas amarga copa;
Es el tornar á verte
Mujer encantadora,
Arcángel de mis sueños,
Luz de mi cielo, gloria
Que delirante busca
El alma que te adora:
Volver ¡ay! á tus brazos,
Elvira seductora,
Estrella que me guía
Por las espesas sombras,
Flor pura que me embriaga
Con su exquisito aroma:
Decirte mis tormentos,
Contarte mis zozobras,
Para que tú:—"bien mio,
Soy tuya," me respondas,
Y formen nuestras almas,
Elvira, un alma sola.

EN UN FESTIN.

Versos recitados en loor de distinguidas damas
y bellas Señoritas que á él concurrieron.

No cual Dominguez en el arpa de oro,
Ni pulsando su lira de marfil,
Vengo á ensayar un cántico sonoro
Que decir pueda con gentil decoro
Vuestros encantos y virtudes mil.

¿Cómo, hermosas, cantar vuestros loores
El errante poeta michoacano,
Si ha olvidado las cántigas de amores
Y solo va diciendo sus dolores
Con su infeliz bandurria de gitano?

No es bastante la nieve de los años
Para extinguir la inspiracion ardiente:
Fuéranlo acaso rudos desengaños,
Si la suerte alcanzara en sus amaños
Del vate excelso hasta la altiva frente.

Pero ¿quién echa ménos los abriles
De aquella alegre juventud dichosa,
Si aun le es dado vagar por los pensiles
Donde mecen los céfiros sutiles
A tanta bella y perfumada rosa?

Aspirando su aroma regalado,
Aroma de ternura y poesia,

Al Olimpo me siento trasportado:
Y se agita mi pecho alborozado,
Y tiembla de placer el alma mía.

Busca el tomillo zumbadora abeja;
Suspira el aura por la blanca flor;
Y la paloma á quien su amado deja
Lanza en el bosque su sentida queja
Por el objeto de su tierno amor.

Así os buscamos, ángeles del cielo,
Astros de diamantina claridad
Que la noche alumbráis de nuestro duelo,
Y derramais torrentes de consuelo
De nuestra alma en la inmensa soledad.

Para contaros lo que el pecho siente
Henchido de profunda gratitud,
Es mi rudo cantar insuficiente:
Que hable el latir del corazón ardiente
Y el afán de esa alegre juventud.

Hijas hermosas de la patria mía,
De esta región tan bella cual ninguna,
Que á las rosas ganáis en lozanía,
A la palma excedeis en gallardía
Y en lo apacible á la argentada luna.

Azucenas blanquísimas y puras
Que matizáis la alfombra de esmeralda
Con que México adorna sus llanuras,
Orizaba sus gratas espesuras
Y San Andrés su pintoresca falda.

Vosotras las tiernísimas esposas,

Las madres mas sublimes que espartanas,
Las vírgenes modestas, pudorosas,
Que solo erguís las frentes orgullosas
Para decir que sois las mexicanas:

¡Gloria á vosotras! Que espumoso vino
En relucientes copas se derrame,
Por vuestro hechizo angelical, divino,
Porque forméis de México el destino
Y vuestro nombre por doquier se aclame!

MIS TRINITARIAS.

(A ADELA MERCADO DE DIAZ.)

Preciosas trinitarias,
Amadas florecillas,
¿Por qué os encuentro mustias?
¿Por qué os hallais marchitas?
Ayer del prado hermoso
Donde mi dulce Elvira
Entre suspiros tiernos
Y angélicas sonrisas
De su pasión ardiente
Los votos repetía,
Formabais el encanto,
Galanas florecillas.
En vuestras lindas hojas
Que el terciopelo envidia,
Y do se mezcla el oro
Con primorosas tintas,
Del manto de la aurora
Las perlas desprendidas
Temblaban á los besos
Del aura matutina
Y cual menudo aljófara
En ellas relucían.
Cuando os cortó en la tarde
La dulce amada mía
Y me mandó en vosotras,
Hermosas florecillas,
El sin igual tesoro

Que de su pecho explica
Las amorosas ansias,
El don que simboliza
Los pensamientos únicos
Que sin cesar la agitan:
¿Pensó, mis bellas flores,
Que lejos de su vista,
Privadas de su aliento,
Mas blando que la brisa,
Acá en mi pobre estancia
De pena moriríais?
¿Pensó que al contemplaros
En mágica delicia,
Mis labios ardorosos
¡Ah! tanto os besarian,
Que á poco vuestras hojas
Quedáranse marchitas?
¿Pensó que en vez del riego
Del agua cristalina
Y de las frescas gotas
Que amante aurora envía,
Acá sólo mis lágrimas
¡Oh tristes florecillas!
Vuestros hermosos pétalos
Humedecer debían?
Quisiera con el alma
Volveros á la vida;
Mirar de vuestras hojas
La antigua lozanía;
Y que ese aroma blando
Que ya la muerte os quita,
Me regalara siempre
Con su fragancia rica.

¡Así, mis pobres flores,
 Acabarán un día
 Los tiernos pensamientos
 De mi adorada Elvira?...
 Si así lo quiere el hado,
 Vosotras, florecillas,
 Acompañadme siempre
 Y en la congoja mía
 Sed mi consuelo grato
 Mi prenda mas querida,
 Hasta que, cual vosotras,
 Sucumba á mis desdichas.

NO ME CUENTEN ESO!

LETRILLA.

(A VICENTE MORENO.)

Que nos diga Sacramento,
 La sábia de tomo y lomo
 Y de mil sabios tormento,
 Que las mujeres de aplomo,
 Que las hembras de talento
 Vástagos á luz no dan,
 Pase por afan.
 Pero que al mirar á Elena
 De pimpollos rodëada,
 No quiera, de envidia llena,
 Contemplarse retratada
 En una gentil docena
 De copias de carne y hueso,
 No me cuenten eso.

Que el Señor D. Emeterio
 Diga que la poesía
 Es indigno gatuperio
 Que el espíritu extravía:
 Que con hombre grave y serio
 Las musas de pleito están,
 Pase por afan.

¡Así, mis pobres flores,
 Acabarán un día
 Los tiernos pensamientos
 De mi adorada Elvira?...
 Si así lo quiere el hado,
 Vosotras, florecillas,
 Acompañadme siempre
 Y en la congoja mía
 Sed mi consuelo grato
 Mi prenda mas querida,
 Hasta que, cual vosotras,
 Sucumba á mis desdichas.

NO ME CUENTEN ESO!

LETRILLA.

(A VICENTE MORENO.)

Que nos diga Sacramento,
 La sábia de tomo y lomo
 Y de mil sabios tormento,
 Que las mujeres de aplomo,
 Que las hembras de talento
 Vástagos á luz no dan,
 Pase por afan.
 Pero que al mirar á Elena
 De pimpollos rodëada,
 No quiera, de envidia llena,
 Contemplarse retratada
 En una gentil docena
 De copias de carne y hueso,
 No me cuenten eso.

Que el Señor D. Emeterio
 Diga que la poesía
 Es indigno gatuperio
 Que el espíritu extravía:
 Que con hombre grave y serio
 Las musas de pleito están,
 Pase por afan.

Mas que luego al escuchar
El aplauso sonoro
Que el vate logra arrancar,
Y al ver el lauro glorioso
En sus sienes colocar,
Se quede impassible y tieso,
No me cuenten eso.

Que mi amigo de colegio,
El virtuoso D. Pelagio,
Que es en caridad egregio,
Diga que el crimen del agio
Ya pasa hasta sacrilegio,
Pues al pobre roba el pan,
Pase por afan.

Mas que rezando en su tienda
No venda por liebre gato,
Ni cobre por plata venda;
Que preste ni por un rato
Sin que primero no atienda
A sacar dos por un peso,
No me cuenten eso.

Que Pánfilo, el amador
Mas romántico y profundo,
El constante soñador
Diga que no hay en el mundo
Mas riqueza que el amor,
Que es su sólo y dulce imán,
Pase por afan.

Mas que no ande desalado
Tras la viuda de Cienfuegos,
Dama del siglo pasado,
Y que en sus grandes talegos
No quiera verse encerrado
Como raton en el queso,
No me cuenten eso.

Que el bravo don Anatolio,
Patricio de corazon
Y demócrata de á folio,
Como rayado cañon
Truene allá en el Capitolio
Contra el inicuo desman,
Pase por afan.

Pero que tal energía
Y espartano patriotismo
No han de naufragar un dia
En el insondable abismo
De aquella tesorería
Que atrae con dulce embeleso,
No me cuenten eso.

Que el celebrado Facundo,
Aquel orador portento
Y en historia sin segundo,
Tenga lelo al parlamento
Con su talento profundo
Y su cómico ademan,
Pase por afan.
Pero que el rumbo no pierda

Si algun osado replica
Que la historia no concuerda
Con lo que Facundo explica;
Y que, acabada la cuerda,
Siga pasmando al congreso,
No me cuenten eso.

Que porque aquestas letrillas
Me dicta musa parlera,
Quieran bizarros Chinchillas
Con fuerza inaudita y fiera
Que lo paguen mis costillas,
Como si yo fuese un can,

Pase por afan.
Mas que tan ruda amenaza
Me tenga inquieto y sin gusto,
Cuando á nadie saco á plaza;
Y que de pena y de susto
Pierda mi genial cachaza:
Que por conservarme ileso,
Entre en muda, ó vil tramoya,
¡Hombres! cuéntenselo á Moya!
¡Por Dios! no me cuenten eso!

CANCION GRATULATORIA.

(A LA SEÑORA DOÑA DOLORES BULNES Y DON JOSE M. ORTIZ.)

¡Con que sigue el festin y alegre danza,
Las acordadas músicas sonoras,
Las muchachas festivas, seductoras,
De ojos de fuego y sonrosada tez?

¡Con que Euterpe, Tersicore y Erato,
Coronadas de mirtos y de rosas,
Del Helicon descenden presurosas
Por triunfar de nosotros esta vez?

¡De nosotros ¡pardiez! plural tan amplio
Sin duda á esta reunion escandaliza,
Pues mi pobre ilusion hecha ceniza
Comparo de las vuestras con la flor.

Pero ¿tiene la culpa el triste bardo
De que las musas con gentil donaire,
Le arrebaten sus cañas por el aire
Y le reanimen su apagado ardor?

¡Tiene acaso la culpa el Orizaba,
Ese coloso que álzase imponente

Y al cielo toca con su erguida frente
Que eternas nieves circundando están.

De que se agite en su profundo seno
Inmenso golfo de candente lava,
Como el golfo que el Dante contemplaba
En mudo pasmo y con febril afán?

Pues ¿á qué reprimir el océano
Que en mi pecho sensible se desborda?
¿Por qué en su agitacion latente y sorda
Playa anchurosa á su ímpetu no abrir?

Dejad que libre en las campiñas vague;
Que diga con las auras sus amores;
Que alegre el prado y sus galanas flores;
Que haga su influencia por doquier sentir.

Dejad que en estas horas fugitivas,
En que irradia la luz de la esperanza,
Y en que se ven flotar en lontananza
Vaporosos celajes de carmin;

El pobre vate con la dicha sueñe,
Y en acentos de júbilo prorrumpe;
Dejad por un momento que interrumpa
Los ecos clamorosos del festin.

El no viene á cantar la egregia pompa
Con que deslumbra el solio de los reyes,

Ni á los tiranos que en inícuas leyes
Con su nombre eternizan su baldon:

Ni viene con la lira mercenaria
A prestar á los vicios vasallaje,
Ni á rendir ¡vive Dios! pleito-homenaje
En las aras de infame adulacion!

Viene, con fe del corazon sencilla,
Viene, con fe del corazon ardiente,
A decir entusiasta lo que siente
Sin vil doblez, ó innoble falsedad:

Viene á contar las gratas impresiones
Que forman el encanto de su vida;
A saludar la estrella bendecida
Que siempre le alumbró de la amistad.

Hoy cual nunca levántase radiosa
En el azul bellissimo del cielo,
Y difunde suavísimo consuelo
Con su apacible y nítido fulgor.

¿Qué, no la veís en las serenas tardes
Alzarse majestuosa en occidente?
¿No habeis visto esa Vénus esplendente
Que anuncia la ventura y el amor?

Ella es testigo del anhelo grato,
E ha venido á agitar el alma mía:

Testigo de la insólita alegría
Que no puede ya el pecho contener.

Del fuego que quisiera en mis delirios
Trasmitir con mis débiles canciones
A los apasionados corazones
Que atrajo aquí purísimo placer!

¡El fuego! ¿y qué es el fuego de mi alma
Junto al que lanzan vuestros lindos ojos,
Junto al que enciende vuestros labios rojos
Y hace al púdico seno palpitar?

¿Qué es mi trémula voz ante las voces
Ya del bardo tiernísimo y ardiente,
Ya de esa juventud que está impaciente
Por mi rudo y monótono cantar?

Rápido cruza el misterioso carro
De la callada noche y tras sus huellas
Huyendo van de envidia las estrellas,
Al ver, hermosas, que os hallais aquí.

Mas no hace falta su apagado brillo
Para alumbrar de la amistad la fiesta:
A Lola preguntadlo, y os contesta
Que toda la razon está por mí.

Y es que Lola en su Túsculo famoso
Y el guapo Ortiz en cariñoso anhelo

Han conseguido hasta opacar del cielo
La indefinible y pura claridad:

Ingenio tal me asombra y maravilla:
Confuso estoy con sus galantes modos:
¿Y vosotros tambien? Pues ¡hurra! todos
Cantemos su ventura y su amistad!



PALINODIA.

(A A. SARMIENTO.)

Si canto al son de religiosa lira,
Se me encaran los libre-pensadores:
Si canto de mi pecho los dolores,
Mi triste voz hilaridad inspira.

Si á la natura, dicen que es mentira
La inmensa variedad de sus primores:
Si condeno del mundo los errores,
Me busca algun maton, ardiendo en ira.

Uno grita que soy ruin poetastro;
Otro que tengo seca la mollera;
Aquel que son mis versos vil rapsodia.

¿Habrá influjo peor de infeliz astro?
¿Y siempre he de cantar, quiera ó no quiera?
¡Pues cantaré desde hoy la palinodia!

UN CELIBE.

(A J. M. ALTAMIRANO.)

Que no hallas, Pepe, quien tu dicha labre,
Me dices al tratar de casamiento:
La risa ya me saca del asiento;
Tu quieres que al caer me descalabre.

¿Qué moza has de encontrar que se apalabre
Con un monje que, en triste apartamiento,
A la diosa de Chipre da tormento
Y á su niño la puerta jamás abre.

Taimado estás; sin duda que el demonio,
Que nunca fué casado, te aconseja
Que des á los solteros testimonio.

Pero tu calma sospechar me deja
Que al fin apostarás al matrimonio,
Cuando llesves segura alguna vieja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DESENGAÑO.

(A FERNANDO CARLOS LAVALLE.)

Pasaron, oh Fernando, aquellos días
En que tiernos suspiros exhalando,
Las filas engrosé del triste bando
Que engendró aquel romántico Macías.

¡Lástima, chico, de las ansias mías!
¿Qué locura me trajo, buen Fernando,
Al extremo de andar lloriqueando
Como anduvo el doliente Jeremías?

Si entonces ¡ay! al escuchar mis quejas,
Hubiese habido una ánima clemente
Que me diera un tiron de ambas orejas;

¡Cuándo pago al amor mi contingente,
Ni busco incauto las doradas rejas
Que engañaron al pájaro inocente!

UN JUEZ.

(A MANUEL MATEOS ALARCON.)

Tienes, Manuel, el rostro muy uraño
Y algo más que tirante la conciencia:
Del criminal te irrita la insolencia
Y te causa escozor el vil engaño.

Tienes cosa peor para tu daño,
Es tu apego á la ley y á su alta ciencia:
¿Y pretendes así que en su demencia
Te nombre juez la sociedad de ogaño?

Hoy requiere otras dotes el oficio;
Dotes de las que huyeron tus abuelos,
Como se huye de un hondo precipicio.

Si á imitarles consagras tus desvelos,
Dirán las gentes que has perdido el juicio,
Pues la justicia tiene otros modelos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CITLALTEPETL.

(A JOSE BATIZ.)

¡Cuál tu nivea corona resplandece
Al dulce rayo de argentada luna,
En esa frente enhiesta cual ninguna
Que al mismo cielo desafiar parece!

Mi agitacion al contemplarte crece,
¡Oh montaña, que ves una por una
Las mudanzas del tiempo y la fortuna
Y que una edad tras otra desaparece !

Como estrella de mágicos reflejos
Es fama que te mira alborozado
El marino en risueña lontananza.

Así, montaña, te miré á lo léjos
Desde otro golfo por mi mal airado,
Y á tu pié me condujo la esperanza.

Al caer la tarde.

A LEANDRO OTAHOLA.

Leandro, ¡cuán hermoso en la colina
Se eleva este convento solitario,
Desde cuyo gracioso campanario
El valle pintoresco se domina!

El sol va declinando tras el monte
Y de púrpura tiñe los celajes
Que flotan como ricos cortinajes
En el azul del límpido horizonte.

Y con sus rayos moribundos baña
La argentada corona reluciente
Que ostenta con orgullo en su alba frente
De la Estrella la altísima montaña. (1)

¡Con qué imponente majestad al cielo
Se levanta la cúspide altanera
De ese rey de la inmensa cordillera
De los vírgenes montes de este suelo!

Vense doquier en su extendida falda
Las ricas mieses que apacible viento
Hace ondear con dulce movimiento
Cual las olas de un golfo de esmeralda.

(1) No hay quien ignore entre nosotros que la palabra mexicana *Citlaltepétl* tiene la poética significación de *Cerro de la Estrella*, á que mas comunmente llamamos el Pico de Orizaba.

EL CITLALTEPETL.

(A JOSE BATIZ.)

¡Cuál tu nivea corona resplandece
Al dulce rayo de argentada luna,
En esa frente enhiesta cual ninguna
Que al mismo cielo desafiar parece!

Mi agitacion al contemplarte crece,
¡Oh montaña, que ves una por una
Las mudanzas del tiempo y la fortuna
Y que una edad tras otra desaparece !

Como estrella de mágicos reflejos
Es fama que te mira alborozado
El marino en risueña lontananza.

Así, montaña, te miré á lo léjos
Desde otro golfo por mi mal airado,
Y á tu pié me condujo la esperanza.

Al caer la tarde.

A LEANDRO OTAHOLA.

Leandro, ¡cuán hermoso en la colina
Se eleva este convento solitario,
Desde cuyo gracioso campanario
El valle pintoresco se domina!

El sol va declinando tras el monte
Y de púrpura tiñe los celajes
Que flotan como ricos cortinajes
En el azul del límpido horizonte.

Y con sus rayos moribundos baña
La argentada corona reluciente
Que ostenta con orgullo en su alba frente
De la Estrella la altísima montaña. (1)

¡Con qué imponente majestad al cielo
Se levanta la cúspide altanera
De ese rey de la inmensa cordillera
De los vírgenes montes de este suelo!

Vense doquier en su extendida falda
Las ricas mieses que apacible viento
Hace ondear con dulce movimiento
Cual las olas de un golfo de esmeralda.

(1) No hay quien ignore entre nosotros que la palabra mexicana *Citlaltepétl* tiene la poética significación de *Cerro de la Estrella*, á que mas comunmente llamamos el Pico de Orizaba.

¿Escuchas el cantar de los pastores
Que alegres tornan al campestre asilo,
Do grato sueño les dará tranquilo
Blanco licor de jugos bienhechores?
El fuego ves que el leñador enciende
Allá do empieza la region del hielo,
Y el humo que á perderse va en el cielo,
Cual gasa que del monte se desprende?

¿Y ves aquel lucero vespertino
Que á la callada luna se adelanta
Y como el signo del amor encanta
Con su fúlgido brillo diamantino?

¡Dulce amigo! las gratas impresiones
Que el ángel de la tarde nos envía,
Divida tu alma con el alma mia,
Juntos palpiten ambos corazones!

¿Qué tiene del crepúsculo el misterio
Con su luz melancólica y su calma,
Que suspirando al verle, ansía el alma
Por dejar su infelice cautiverio?

¡Hora bendita en que suspenso el mundo
La partida contempla silencioso
Del sol que va á ocultarse pesaroso
Del Occidente en el confin profundo!

¡Ah! mientras tú con rapidez avanzas
Bañando en dulce claridad el suelo,
¡Cuánto placer me das, cuánto consuelo,
Hora de los recuerdos y esperanzas!

¡Leandro! ¿qué busca tu mirada ardiente
Con hondo afan y agitacion extraña
Allá donde esa altísima montaña
Limita al cielo en el rosado oriente?

¿Qué buscas, dí, que en pensamientos graves
Me parece mirarte sumergido
Y sigues en silencio distraido
Con tus ojos el vuelo de las aves?

Una lágrima rueda en tu mejilla
¿Y la ocultas bajando la cabeza?
¿No sabes que comprende tu tristeza
Quien te juró amistad noble y sencilla?

¿No sabes tú que del dolor impío
Presa es mi corazon que sufre tanto?
¿Pues por qué has de ocultar el triste llanto
Que yo puedo enjugar, amigo mio?

De aquesse llanto que tu vista empaña
¿Piensas, Leandro, que la causa ignoro?
¿No estoy ausente yo de los que adoro
Como estás de los tuyos y tu España?

¿Piensas que cuando el sol apenas arde
No miro entre esas nubes vagarosas
Sombras que á sonreirme cariñosas
Vienen con los reflejos de la tarde?

Mira: ya el sol de despedirse acaba:
La noche empieza y con su triste velo
Cubre del valle el delicioso suelo
Despues de haber cubierto el Orizaba.

Así fué la postrera despedida
Que un dia con el pecho desgarrado
Diera á mi anciano padre idolatrado
Y á la madre adorada de mi vida!

Así tu corazon hecho pedazos
Se despidió de tus amadas prendas,
Y del destino por seguir las sendas,
Te apartaste llorando de sus brazos.

El sol radioso se alzará mañana;
 Desecha quedará la sombra oscura:
 ¡Mas quien disipará tanta amargura
 Que el alma triste en repeler se afana?

El sol dará mañana su luz bella:
 Pero la dulce madre á quien esconde
 Negra tumba, ni vuelve, ni responde
 De mi pecho sensible á la querella.

Tú sí contento cruzarás un día
 Las crespas ondas de salobres mares,
 E irás á ver en tus queridos lares
 A los séres que forman tu alegría.

¡Quiéralo Dios! y pongo por testigo
 De mi anhelo á este albergue silencioso.
 ¡Cómo envidia mi alma su reposo!
 ¡Qué consuelo me das, oh tierno amigo!

La última flor.

(A MI DISCIPULO Y AMIGO DON JOSE MARIA VELAZQUEZ.)

Te ví al pasar ayer: del triste prado
 Eras la única flor, la flor postrera
 Que su aroma y sus galas mantuviera
 En lo mas crudo del diciembre helado.

Hoy su furia por fin te ha destrozado,
 Orgullo de la hermosa primavera,
 Y en el color de la amarilla cera
 Tus pétalos purpúreos ha trocado.

Así del corazón la última rosa,
 La esperanza postrer del alma mía,
 El hado marchitó con sus rigores.

Mas el alma infeliz y pesarosa
 Su flor ya no verá, como algun día
 Verá ese prado renacer sus flores!



ADIOS A LAS MUSAS.

(A MI QUERIDO AMIGO EL SR. LIC. D. MANUEL M. DOMINGUEZ.)

¡Musas, perdon! el último registro
Voy á ensayar, dizque en la *lira de oro*:
No se ofenda ¡pardiez! vuestro decoro
Si contra el Helicon el plectro enrastro.

Ya me volví más duro que un Ministro;
Va menguándose ya vuestro tesoro;
Y en vez de regalar canto sonoro,
Narcótico en mis versos administro.

Pues que ya se agotó la de Hipocrene,
Y, segun lo que advierto, teneis trazas
Dn ausentáros de mí que os amé tanto;

El pelicano hacer no me conviene,
Y os planta, oh musas, verdes calabazas
El viejo cisne en su postrero canto!



INDICE.

	PAGINAS.
Prólogo.....	I
La oracion de un anciano.....	1
En un bosque.....	7
La Caridad.....	10
Himno al Santísimo Sacramento...	21
A María.....	23
Plegaria, á la Madre de Dios.....	27
Himno á la Virgen María.....	32
Al Sagrado Corazon de María.....	37
La Voz de María.....	41
Aspiracion.....	42
Rosa mística.....	43
El nombre de María.....	44
La fiesta de Mayo.....	45
Salve Regina.....	46
La Asuncion de María.....	47
Al Corazon de Jesus.....	48
Al Redentor del mundo.....	49
El Triunfo de la Cruz.....	50
La Compañía de Jesus.....	51
En un dia de difuntos.....	52
San Francisco de Asis.....	55
A la Madre de Dios en el Calvario	85
A la Santa Cruz.....	61
A María en el mes de las flores...	64

ADIOS A LAS MUSAS.

(A MI QUERIDO AMIGO EL SR. LIC. D. MANUEL M. DOMINGUEZ.)

¡Musas, perdon! el último registro
Voy á ensayar, dizque en la *lira de oro*:
No se ofenda ¡pardiez! vuestro decoro
Si contra el Helicon el plectro enrastro.

Ya me volví más duro que un Ministro;
Va menguándose ya vuestro tesoro;
Y en vez de regalar canto sonoro,
Narcótico en mis versos administro.

Pues que ya se agotó la de Hipocrene,
Y, según lo que advierto, teneis trazas
Dn ausentáros de mí que os amé tanto;

El pelicano hacer no me conviene,
Y os planta, oh musas, verdes calabazas
El viejo cisne en su postrero canto!



INDICE.

	PAGINAS.
Prólogo.....	I
La oracion de un anciano.....	1
En un bosque.....	7
La Caridad.....	10
Himno al Santísimo Sacramento...	21
A María.....	23
Plegaria, á la Madre de Dios.....	27
Himno á la Virgen María.....	32
Al Sagrado Corazon de María.....	37
La Voz de María.....	41
Aspiracion.....	42
Rosa mística.....	43
El nombre de María.....	44
La fiesta de Mayo.....	45
Salve Regina.....	46
La Asuncion de María.....	47
Al Corazon de Jesus.....	48
Al Redentor del mundo.....	49
El Triunfo de la Cruz.....	50
La Compañía de Jesus.....	51
En un dia de difuntos.....	52
San Francisco de Asis.....	55
A la Madre de Dios en el Calvario	85
A la Santa Cruz.....	61
A María en el mes de las flores...	64

Mater Purísima.....	67
Pio IX.....	68
El Angel de la guarda.....	74
El Angel de la inocencia.....	78
Un rebaño sin pastor.....	81
Una madre.....	87
La vuelta al hogar.....	92
Poesía leída en una distribucion de premios de San Ildefonso de México.....	97
Al Sr. Lic. D. Antonio Moran: oda	107
Al mar.....	114
Mi destino.....	119
En una selva.....	120
La noche.....	121
Gratitud.....	122
Recuerdos.....	123
Al Sr. D. J. M. Izquierdo y Re- yes.....	129
La primavera.....	130
A Rafael Gomez.....	134
Al Illmo. Sr. Arzobispo de México	135
Cancion epitalámica.....	139
En una distribucion de premios de la Sociedad católica.....	145
Morelos.....	153
Hidalgo.....	154
Bravo.....	155
Iturbide.....	156
El genio de las artes.....	157
Felicidad.....	163
Llanto del corazon.....	167
A Juana M. de Morales.....	170
Orfandad.....	174
En la inauguracion de una cátedra	

de dibujo lineal en la Academia de Puebla.....	179
Ante una imágen de Jesucristo...	185
Al Sr. Presbítero D. J. M. Izquier- do y Reyes.....	186
A la memoria del Sr. D. M. Pe- rez Salazar.....	188
La Oliva.....	192
¡Adios!.....	198
Al Sr. D. I. R. Rebolledo.....	199
A D ^a Amelia C. de Belaunzarán..	200
Concha.....	201
La Imprenta.....	203
Salutacion.....	204
El camino de la amargura.....	205
Los dias del Justo.....	208
Ofrenda infantil.....	211
A la Sra. Doña Dolores Búlnes ..	213
Los ojos azules: 1 ^a parte.....	218
Ausencia.....	224
Mi amor.....	227
Los ojos azules: 2 ^a parte.....	232
Declaracion.....	236
A Rosa Carreto: acróstico.....	240
Contestacion al anterior.....	241
A Pedro Espinosa.....	242
15 de Setiembre de 1810.....	243
Un suicida.....	249
Genus irritabile.....	250
El patriotero.....	251
En el album de Concha Ponton ..	255
Epístola romántico-pulchérriba ..	260
A la Señorita Josefa Cueto.....	268
A los artistas de la Compañía de zarzuela hispano-mexicana ...	269

